

 HARLEQUIN™

# Julia™



STELLA BAGWELL  
*Tiernos cuidados*

*Julia.*

STELLA BAGWELL

*Tiernos cuidados*

 HARLEQUIN™

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2005 Stella Bagwell  
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Tiernos cuidados, n.º 1766- marzo 2019  
Título original: Taming a Dark Horse  
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.  
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.  
® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.  
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.  
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.  
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.  
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1307-442-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

## Capítulo 1

UNA enfermera! ¡No necesito una maldita enfermera! ¡Sólo necesito salir de aquí!

Las protestas de Linc Ketchum resonaron en la pequeña habitación del hospital. Normalmente se consideraba un tipo tranquilo y pacífico, pero desde el terrible incendio que había calcinado los establos de T Bar K dos semanas antes se había convertido en una fiera.

El médico, un hombre alto y con canas, lo miró con severidad.

—Lo siento, señor Ketchum, pero sus manos y brazos han sufrido graves quemaduras, y no podré darle el alta a menos que una enfermera lo acompañe en todo momento. Eso significa estar pendiente de usted las veinticuatro horas del día. Su cuerpo aún sigue extremadamente propenso a las infecciones, y sus manos no pueden recibir la menor presión hasta que sanen por completo. Hay que cambiarle los vendajes a diario, y quiero que se haga correctamente.

Linc levantó la mirada hacia el doctor Olstead.

—Maldita sea, doctor, si va a obligarme a tener una enfermera encima de mí todo el día, más me vale quedarme en el hospital.

—Eso se puede arreglar. Personalmente, preferiría tenerlo aquí. Pero su familia opina que estará mejor en casa.

Linc puso una mueca y miró las sábanas que le cubrían la mitad inferior del cuerpo. Salvo los cortos paseos por el pasillo y los breves momentos que se sentaba en un sillón, había pasado demasiado tiempo confinado en aquella cama. Todo el cuerpo empezaba a dolerle. Y eso sólo era el suplicio físico... La eterna imagen de las paredes verdes y la pequeña televisión que colgaba en un rincón amenazaba con mandarlo al psiquiátrico. Si no salía pronto de allí empezaría a gritar y ya no podría parar.

—Está bien, doctor. Lo que usted diga. Si tengo que soportar a una enfermera... bueno, supongo que no puedo hacer nada al respecto. Al menos podré salir de aquí —levantó las manos y brazos, envueltos en pesados vendajes. Le recordaron a dos molestos tocones sobresaliendo en un pasto despejado. Si tenía que abrocharse los vaqueros sin ayuda o salir desnudo del hospital, se vería obligado a elegir la segunda opción—. Quiero salir de aquí, doctor. Quiero volver al trabajo.

—Pronto le retiraré los vendajes —le aseguró el médico—, pero pasarán al menos dos o tres semanas antes de que le permita volver a trabajar.

Linc abrió la boca para protestar, pero el médico no le dio ocasión de decir ni una palabra y siguió enumerándole las instrucciones y prohibiciones que debía cumplir a rajatabla cuando saliera del hospital.

Cuando el médico abandonó finalmente la habitación, Linc estaba abrumado y enojado por verse en un estado tan vulnerable. Era un hombre que nunca había necesitado ni pedido nada a nadie. Se valía por sí mismo desde que era un adolescente. No le gustaba depender de los demás. Pero parecía que en los próximos días tendría que hacer muchas cosas que no le gustaban.

Los recuerdos del incendio que lo había llevado al hospital se desataron en su cabeza. Vio las llamas avanzando por las paredes de las caballerizas y consumiendo las puertas de cada establo. Los aterrorizados caballos piafando y encabritándose mientras intentaban escapar del fuego que los cercaba. Sus frenéticos relinchos mezclándose con el crepitar de las llamas. El horrible sonido seguía despertando a Linc en mitad de la noche. Y por más que lo intentaba no conseguía olvidarse de aquella pesadilla.

Una y otra vez había vuelto a las cuadras, agarrando todas las yeguas que podía y abriendo las puertas que eran pasto de las llamas. Lo único por lo que podía estar agradecido era que todos sus amados caballos se habían salvado. Sólo una yegua había sufrido leves quemaduras, y su primo Ross le había asegurado que sanaría sin problemas. En cuanto a Linc, aquella experiencia infernal le había abrasado las manos y los brazos. Pero cuando pensaba en sus yeguas, sus potros y su semental, sabía que las heridas habían merecido la pena.

—Bueno, parece que al fin tenemos buenas noticias —dijo Ross, entrando en la habitación con su hermana Victoria—. Al menos vas a salir de aquí mañana.

Ross Ketchum era el primo de Linc. Los dos tenían la misma edad y habían

crecido juntos en el rancho T Bar K. Ross era mucho más extrovertido y hablador que Linc, quien valoraba excesivamente su intimidad, pero a pesar de sus diferencias eran como hermanos que no sólo compartían la responsabilidad de dirigir un negocio multimillonario, sino también sus rasgos físicos. Largas piernas, pecho esbelto y musculoso, pelo castaño oscuro y ojos verdes, si bien los cabellos de Linc eran más claros que los de Ross, y sus ojos más oscuros.

—Sí —murmuró Linc—. Pero ya me dirás adónde demonios puedo ir. No puedo tener a una enfermera paseándose por las mañanas entre un hatajo de vaqueros desnudos. A menos que sea un enfermero.

Victoria Hastings, la hermana de Ross y médico practicante, lo miró y se echó a reír.

—No creo que ninguna enfermera o enfermero fuera bien recibido en los barracones.

—Sólo si tiene buenas piernas —intervino Ross en tono jocoso.

Victoria puso una mueca.

—Ross, nuestro primo no necesita a una enfermera con buenas piernas. Lo que necesita es reposo y buenos cuidados.

—Y eso es lo que va a tener, hermanita —dijo Ross, sonriéndole a Linc—. En cuanto nos lo podamos llevar a casa conmigo y con Bella.

—¡Oh, no! No voy a ir a tu casa.

La casa del rancho había sido construida cincuenta años atrás por Randolph y Tucker, los padres de Linc y de Ross respectivamente. Por aquel entonces, los dos Ketchum habían sido socios, poseyendo cada uno la mitad del T Bar K al noroeste de Nuevo México. Al principio las dos familias habían vivido juntas en la enorme mansión de troncos y piedra. Pero cuando Randolph contrajo una enfermedad cardíaca, le vendió su mitad a su hermano y se construyó una casa más modesta al otro lado de la finca. Sus primos, Seth, Ross y Victoria, siempre habían tratado a Linc como a un hermano, permitiéndole el libre acceso a la casa y a los fondos del rancho. Linc siempre había agradecido su generosidad, pero nunca se había aprovechado de ella. Era un hombre que se había hecho a sí mismo, y quería demostrar que había ganado todo lo que tenía gracias al duro trabajo, no a las limosnas.

—Maldita sea, Linc. Esa casa también es tuya —le dijo Ross—. Nos pertenece a todos nosotros, aunque solamente vivamos en ella Bella y yo. Y ya sabes que hay espacio de sobra. De hecho, son tantas las habitaciones libres



que Bella no sabe qué hacer con ellas.

—Podéis llenarlas de críos —dijo Linc. Sería mucho mejor que alojar a un vaquero incapacitado que no podía ni abrocharse los pantalones.

Ross se echó a reír.

—Ya estamos intentando llenarlas de críos, Linc. Pero eso lleva su tiempo... Nos costará bastante llenar tanto espacio.

—Pues yo no quiero retrasar aún más esos esfuerzos —gruñó Linc—. Tú y Bella acabáis de casaros. Necesitáis estar solos.

—Díselo a Marina —intervino Victoria.

Marina había sido la cocinera y ama de llaves de la familia Ketchum desde que nacieron Linc y sus primos. La inmensa mujer latina sabía más de ellos que ellos mismos. Le tenía un cariño especial a Ross, y no se molestaba en ocultarlo. Siempre decía lo que pensaba, y sin duda insistiría en cuidar a Linc.

—Ésa es otra cuestión —dijo Ross rápidamente—. Marina estará disponible para la enfermera y...

—¡No! —exclamó Linc—. Marina ya tiene demasiado trabajo. No quiero cargarla con más problemas.

—Por Dios, Linc, te estás comportando como un crío.

Al no poder usar las manos ni los codos, a Linc le costó bastante elevarse del colchón, pero finalmente consiguió incorporarse en la cama y fulminó a su primo con la mirada.

—Escúchame, cerdo arrogante. Si crees que...

—¡Ya está bien! —gritó Victoria—. Esta discusión es del todo innecesaria.

—Tienes razón, lo es —corroboró Ross—. ¡Linc va a hacer lo que yo diga!

—¡Y un cuerno! —masculló Linc.

—Ya basta —volvió a intervenir Victoria—. Nadie va a obligar a Linc a hacer algo que no quiera —apoyó las manos en los pies de la cama y se inclinó hacia Linc con una sonrisa alentadora—. Yo tengo la solución, Linc. La vieja casa de tus padres está vacía. Grady, el capataz, se fue hace una semana. Se ha comprado una casa propia, así que tendremos la casa limpia y preparada para ti mañana.

El alivio se dibujó en el rostro de Linc.

—Victoria, eres una joya.

—Mi marido me dice lo mismo cada día —bromeó ella. Se acercó al cabecero de la cama y besó a Linc en la frente—. No te preocupes. No voy a dejar que nadie te dé la lata, y mucho menos mi hermano.



—Deja de mimarlo, Victoria —se quejó Ross, con una media sonrisa que suavizaba sus palabras—. O será inservible para el rancho cuando se recupere.

En esa ocasión, Linc optó por no morder el anzuelo. Ahora que sabía que iba a abandonar el hospital, había otro problema más acuciante que las provocaciones de su primo.

—Suena bien, Victoria, pero ¿qué hay de la enfermera? No creo que ninguna mujer quiera quedarse en el rancho, y mucho menos todo el día.

Victoria frunció el ceño.

—¿Por qué no? El rancho es muy bonito. Y la casa es muy agradable, aunque no sea ningún lujo.

Linc se encogió de hombros mientras lo asaltaban los recuerdos de su madre. Darla siempre había odiado el rancho. El polvo, el ganado, el aislamiento y los esfuerzos de su marido por sacar adelante la propiedad. Aún recordaba los gritos e increpaciones de su madre, amenazando a su padre con abandonarlo y largarse del rancho para siempre.

Finalmente lo hizo, pero no fue hasta que su padre murió de la enfermedad cardíaca que lo había estado consumiendo poco a poco. Linc era entonces un adolescente, y con frecuencia se había preguntado por qué su madre no se había marchado antes, cuando era obvio que no quería a su marido y tampoco había demostrado mucho interés por Linc. Se había contentado con dejar que su marido se ocupara del rancho y que apenas se cuidara a sí mismo.

Darla había vuelto a casarse poco después de quedarse viuda, y, para sorpresa de Linc, le había exigido a su hijo que se trasladara a la Costa Este con ella y con su nuevo marido. La idea era demasiado ridícula para tomársela en serio. Linc había pasado toda su vida en el T Bar K. Había crecido junto a sus primos, que tenían su misma edad. Aquel lugar era su hogar y siempre lo sería. No estaba dispuesto a mudarse a ninguna ciudad, lejos de todo lo que amaba. Por tanto eligió quedarse en el rancho, y su madre se marchó sin mirar atrás.

—Sí, bueno —le dijo finalmente a Victoria—. Pero algunas mujeres...

—No voy a contratar a cualquiera —le aseguró Victoria—. Si no es una mujer amable, sensata, trabajadora y completamente cualificada, no pondrá un pie en el rancho. ¿Está claro?

Linc quiso decirle que no había ninguna mujer así que estuviera dispuesta a vivir bajo el mismo techo que él, ni siquiera en una relación enfermera-

paciente, pero mantuvo la boca cerrada. Ya había protestado y discutido bastante, y Victoria lo estaba haciendo lo mejor que podía. Al menos debía estarle agradecido.

—¿Dónde vas a encontrar a una mujer así? —le preguntó Ross a su hermana—. No crecen en los árboles precisamente.

—Soy médico, ¿recuerdas? —replicó ella—. Confía en mí. Sabré encontrar a una.

Ross la agarró del brazo y tiró de ella hacia la puerta.

—Pues será mejor que salgas de aquí y empieces a buscarla. Linc y yo tenemos asuntos que discutir.

—Espero que sea sobre caballos —dijo Linc—. ¡Porque estoy harto de hablar sobre enfermeras!

—Oh, muy bien, ya me marcho —aceptó Victoria, sacudiendo la cabeza—. Pero recuerda, Linc, que no puedes volver a trabajar hasta que te hayas recuperado por completo. Y para eso necesitas a una enfermera.

—Sí, ya lo sé... —murmuró Linc—. Bueno, supongo que un hombre puede soportar lo que sea si no le queda otro remedio. Soberbio

Aquella misma tarde, Nevada Ortiz estaba intentando vacunar a un niño pequeño y chillón cuando su jefa, la doctora Victoria Hastings, la llamó.

—Nevada, en cuanto hayas acabado aquí quiero verte en mi consulta.

Nevada limpió el muslo del niño con alcohol, intentando contener sus patadas.

—¿Qué hay del señor Buckhorn? Está en la sala de espera y Joyce dice que ya ha salido dos veces a fumarse un cigarrillo.

Victoria dejó escapar un suspiro de frustración.

—De acuerdo. Yo me ocuparé de él y te veré después en mi consulta.

—Parece que es algo serio —comentó la joven madre que sostenía a su hijo en brazos—. ¿Qué has hecho, Nevada?

En el pequeño pueblo de Aztec, Nuevo México, todo el mundo se conocía. Nevada llevaba trabajando allí seis años como enfermera, por lo que era una persona muy popular en el pueblo.

Se encogió de hombros y sonrió.

—No mucho, la verdad. Pero el pequeño Henry puede que no esté de acuerdo —le frotó el muslo al crío y al cabo de dos segundos los gritos

dejaron paso a una encantadora sonrisa—. ¿Ves como no era tan horrible? Y mira lo que te has ganado...

Se metió la mano en el bolsillo del uniforme y sacó una piruleta roja. Le retiró el celofán y se la tendió al niño. Éste dejó escapar un grito de alegría y Nevada le dio una palmadita en la mejilla.

—Estate atenta por si le vuelve a subir la fiebre o los sarpullidos —le dijo a la madre—. No creo que tenga ningún problema después de esta reinyección, pero si es así, llámanos enseguida.

—Así lo haré. Gracias, Nevada.

Una vez que la madre y el hijo salieron de la consulta, Nevada corrió a buscar los gráficos del señor Buckhorn, que estaban entre otros cientos de tarjetas en las estanterías de recepción. Se inclinó y le susurró al oído de Joyce.

—¿Ha salido otra vez? ¿O sólo estaba maldiciendo?

No era necesario aclarar que se refería al señor Buckhorn, pues era el único paciente que quedaba en la sala de espera.

—Ninguna de las dos cosas, gracias a Dios —respondió la recepcionista—. Le puse el canal del Oeste en la televisión y está ensimismado con Sunset Carson.

Nevada sonrió y fue a la sala de espera con los gráficos del anciano.

—Señor Buckhorn, ya puede venir —lo llamó.

El viejo indio navajo bajó lentamente la cabeza y la miró con irritación.

—Ya he esperado demasiado, jovencita —dijo, apuntando con un dedo a la televisión—. Tengo que ver lo que este vaquero va a hacer con ese pistolero.

—Va a pegarle un tiro, naturalmente —dijo Nevada—. Y la doctora Hastings se lo va a pegar a usted como no venga inmediatamente. No tiene tiempo para esperar a los ancianos como usted.

El viejo murmuró unas ininteligibles palabras en navajo, se puso su desgastado sombrero y se levantó. Pero cuando llegó junto a Nevada ya estaba de mejor humor, con una amplia sonrisa y un brillo malicioso en los ojos.

—No soy tan viejo, señorita. Tengo una novia, y la veo todos los días.

—Por su olor parece que también se fuma un cigarrillo cada día. Sabes que a la doctora no le hará ninguna gracia.

El viejo soltó una carcajada.

—Lo superará.

Media hora después, Nevada pudo reunirse finalmente con Victoria. El día había sido muy largo y las dos mujeres estaban exhaustas. Nevada se dejó caer en el sillón junto al escritorio de la doctora.

—¡Vaya día! —exclamó—. ¿A cuántos pacientes hemos visto?

Victoria intentó sonreír.

—Dejé de contar cuando íbamos por el veinte.

Nevada se quitó las horquillas y su larga melena negra le cayó sobre los hombros.

—Bueno, ¿qué he hecho esta vez? —le preguntó a su jefa—. ¿Algún paciente descontento conmigo? Ya sé que el señor Tallman se quejó de la inyección, pero de verdad, Victoria, ese hombre siempre se está quejando de todo.

Victoria se recostó en su sillón y se rió cansinamente.

—No has hecho nada malo, Nevada. Y tienes razón, es un quejica. Pero no es eso por lo que quiero hablar contigo.

—¿No? —preguntó Nevada, mirándola con interés—. ¿Qué ha pasado? ¿Vas a quitarte trabajo de encima o algo así?

Victoria negó lentamente con la cabeza.

—Eso debería hacer, pero por el momento no es posible. El doctor Martínez está fuera de la ciudad y no volverá de sus vacaciones hasta la semana que viene. No tengo a nadie que me sustituya... al menos, a nadie a quien le confiaría mis pacientes —juntó las manos sobre la mesa y se inclinó para mirar fijamente a Nevada—. Tengo un problema. Necesito encontrar a una enfermera fiable con la que pueda contar.

Nevada se quedó aturdida.

—¿Quieres decir...? ¿Crees que no puedo ocuparme yo sola de todo? Creía que formábamos un buen equipo.

Victoria movió rápidamente una mano.

—Nevada, cariño, no podría trabajar sin ti. Eres mi brazo derecho. Y no sé cómo voy a sobrevivir durante las próximas semanas si accedes a esto...

—¿Esto? —repitió Nevada con cautela—. ¿Qué es esto?

—Tengo que pedirte un favor —dijo Victoria mientras se masajeaba la frente—. Un gran favor.

—Por supuesto. Lo que sea —se apresuró a corroborar Nevada.

—Espera un momento —dijo su jefa, dejando caer la mano—. Antes de

aceptar tienes que saber de qué se trata. Es muy posible que no quieras involucrarte.

Nevada se removió en el asiento.

—Has despertado mi curiosidad. Y ya sabes cuánto me gustan los desafíos.

Victoria volvió a reírse.

—Tengo el presentimiento de que esto va a ser todo un desafío. Ya sabes que mi primo Linc sufrió graves quemaduras en el incendio del rancho.

Nevada asintió seriamente.

—Sí. ¿Cómo está?

—Van a darle el alta mañana.

—Eso es estupendo —dijo Nevada con una radiante sonrisa—. Por lo que me contaste, sus quemaduras tenían muy mal aspecto. Debe de estar mucho mejor.

—Lo está. Y Ross y yo hemos convencido al médico que estaría aún mejor si pudiera irse a casa. El médico ha dado su visto bueno. Pero sólo con la condición de que busquemos a una enfermera para que lo atienda las veinticuatro horas del día. Y he pensado en ti.

—¡Yo! —exclamó Nevada, llevándose la mano al pecho—. ¡Victoria, no... no puedo hacerlo!

—Acabas de decirme que harías lo que fuera —le recordó su jefa.

—Sí, pero no imaginé que me pedirías algo así. ¡Ni siquiera conozco a tu primo! ¡Estaría viviendo prácticamente con él!

—Estarías viviendo con él —la corrigió Victoria—. No se puede quedar solo. Aún no puede usar las manos ni los brazos. Te podrás imaginar todo el cuidado que va a necesitar.

—Sí, me lo imagino —murmuró Nevada. Se sentía fatal por Linc Ketchum. Nunca lo había conocido en persona, pero se podía imaginar el dolor y el sufrimiento por el que debía de estar pasando. Había atendido a muchos pacientes con quemaduras a lo largo de los años, y sabía los cuidados especiales que necesitaban. Pero no quería dejar su casa durante dos o tres semanas. ¿Y vivir con un hombre? Siempre había sido aventurera, pero no hasta ese punto.

—No creo ser la enfermera que necesitas.

—Eres exactamente la enfermera que Linc necesita. Sus heridas no sólo lo han incapacitado físicamente. También lo han afectado mucho emocionalmente. Linc es un hombre amable y sociable al que todo el mundo admira y aprecia.

Pero esta mañana casi llegó a las manos con Ross. Necesita olvidarse del incendio y de este encierro. Y si alguien puede ayudarlo a conseguirlo, eres tú.

Nevada dejó escapar una carcajada incrédula.

—¿Cómo? ¿Jugando al dominó o al póquer? Victoria, no sé nada de él. Ni siquiera sé cómo hablarle.

—¿No sabes cómo hablarle a un hombre? —preguntó Victoria con una sonrisa—. Vamos, cariño, ese tipo de cosas surgen de un modo natural.

—Y luego hay otra cosa... Tengo una vida aquí, en el pueblo. ¿Cómo podría salir a divertirme si estoy atrapada en el T Bar K? Ya sabes que tengo muchos amigos. No lo entenderían...

—Si no lo entienden, es que no son tus amigos.

A Nevada se le escapó un largo suspiro. Lo había intentando, pero no había manera de convencer a Victoria.

—Tu decisión es firme, ¿verdad?

—Nevada, no conozco a nadie mejor que tú —respondió Victoria con voz suave—. Linc es un hombre que necesita un cuidado exquisito.

Nevada observó el rostro de Victoria y vio la angustia reflejada en su expresión.

—Quieres mucho a tu primo, ¿no es así?

Victoria asintió.

—Desde siempre. Linc es muy especial... para todos nosotros. Es como un hermano, aunque por alguna razón que ignoro siempre ha querido preservar su independencia. Pero es un hombre fuerte y compasivo, y no soporto verlo en su estado actual.

Nevada rodeó la mesa y puso una mano en el hombro de Victoria.

—No te preocupes. Ya sabes que aceptaré el encargo. No puedo negarte nada, aunque quiera.

Victoria levantó la mirada hacia ella.

—No lo hagas sólo por mí, Nevada. Hazlo por Linc, ¿de acuerdo?

Una incómoda sensación recorrió a Nevada, haciéndola dudar. Pero sus dudas apenas duraron un instante.

—De acuerdo —aceptó con una sonrisa—. Lo haré por Linc.

## Capítulo 2

LINC estaba sentado en el porche de la vieja casa de su padre, cuando un pequeño deportivo blanco se detuvo a pocos metros de la valla que rodeaba el jardín. Un jardín que apenas era más que una pequeña parcela cubierta de pedruscos, pinos y arbustos.

Se levantó lentamente de la silla y caminó hacia la valla con los ojos entornados, intentando distinguir a la ocupante del vehículo tras el polvoriento parabrisas. Y mientras esperaba a que la enfermera se bajara del coche, se dijo a sí mismo que no importaba qué tipo de persona fuera aquella mujer, siempre que se mantuviera lo más lejos posible de él.

La puerta del coche se abrió finalmente y Linc vio unas piernas enfundadas en unos vaqueros y una larga melena negra agitada por la brisa de la tarde. La mujer se sujetó el pelo con una mano bronceada y se giró hacia Linc.

—Hola —lo saludó alegremente—. Supongo que usted debe de ser Linc.

Cielo santo, pensó Linc. Aquella mujer no era una enfermera. No podía serlo. Era muy joven, y se asemejaba más a una sensual sirena que a una cuidadora profesional. Su pequeño cuerpo tenía más curvas que la sinuosa carretera que subía hasta la casa, y su rostro estaba salpicado de hoyuelos, con unos ojos marrones y brillantes y unos labios del mismo color que las cerezas maduras. No era el tipo de mujer que Linc necesitaba durmiendo al otro lado del vestíbulo.

—El mismo —respondió, preguntándose cómo podía despedirla sin ser grosero.

Ella caminó hacia él y sonrió.

—Le ofrecería la mano, pero como no puede estrecharla, me limitaré a decir que me alegra estar aquí.



Llevaba un jersey rojo que se había deslizado sobre un hombro y unas sandalias lo bastante altas para romperle los tobillos. Linc no pudo impedir que su mirada subiera desde las uñas pintadas de sus pies hasta lo alto de la cabeza, y que luego volviera a bajar.

—¿Se puede saber dónde la ha encontrado Victoria? —preguntó groseramente.

La descarada pregunta hizo que la mujer arqueara sus delicadas cejas negras.

—Bueno, no he salido de ningún agujero, si es eso lo que está pensando. Soy su enfermera. Supuse que lo sabía. ¿No ha estado nunca en la clínica de Victoria?

Él sacudió la cabeza. Odiaba que aquella mujer lo hiciera sentirse como un completo estúpido.

—Nunca he necesitado atención médica —dijo, frunciendo el ceño al mirarse las manos vendadas—. Al menos, no hasta el incendio.

—Vaya, ha debido de tener mucha suerte —dijo Nevada mientras se fijaba en el primo de Victoria.

Él la fulminó con la mirada y levantó los pesados vendajes delante de sus narices.

—¿Suerte? ¿Llama a esto tener suerte?

Ella asintió, sin que su sarcasmo la afectara lo más mínimo.

—Si ha vivido todos estos años sin necesitar atención médica, es usted un hombre muy afortunado, Linc Ketchum. Y en cuanto a esas quemaduras... mejor que fueran sólo sus manos y brazos a que fuera todo el cuerpo.

Tenía razón, y él lo sabía, pero eso no lo hacía sentirse mejor. Aun así, le dio gracias a Dios por haber escapado del incendio antes de morir abrasado.

—Sí —dijo. Pasó junto a ella y le echó un vistazo al asiento trasero del coche. Estaba cargado con suficiente equipaje para llenar dos armarios—. Parece que ha venido para quedarse.

Nevada se volvió hacia él y frunció el ceño.

—Pues claro que he venido para quedarme. Necesita a alguien con usted a todas horas.

Linc respiró hondo.

—Verá... no quiero parecer grosero, pero no me parece que sea usted la persona indicada.

—¿Cómo dice?

Él se encogió de hombros con expresión ligeramente avergonzada. Normalmente se esforzaba por tratar a las personas con delicadeza, igual que hacía con sus caballos. Pero la mujer que tenía enfrente estaba acabando con su paciencia.

—He dicho que no creo que sea la persona más adecuada para quedarse conmigo.

Nevada entornó la mirada mientras posaba las manos en la cintura.

—No lo cree, ¿eh? ¿Y dígame, ¿qué tipo de persona le gustaría tener con usted? —le preguntó dulcemente.

—¡A ninguna! Puedo arreglármelas solo, maldita sea. ¡No sé por qué Victoria la ha enviado! ¡Ni siquiera creo que sea usted enfermera!

Nevada cruzó los brazos contra los pechos. Aquella reacción del paciente no era ninguna sorpresa. Victoria ya le había advertido que Linc estaba muy nervioso desde el incendio. Y ella había oído mucho tiempo atrás que era como un recluso. Le había preguntado a Victoria si los rumores eran ciertos, y su jefa se los había confirmado. Linc Ketchum jamás salía del rancho.

Pobre hombre... Realmente necesitaba su ayuda.

—¿Por qué no? —le preguntó simplemente.

Él se acercó y fue entonces cuando Nevada se permitió mirarlo de verdad. Al bajarse de coche había atisbado unas largas piernas y unos músculos tan poderosos que podrían cargar a una persona dos veces más pesada que ella. Pero ahora observó su rostro de cerca y se quedó impresionada por sus rasgos.

Nariz romana, recio mentón y unos ojos verdes bajo cejas negras. Llevaba un sombrero vaquero de color canela, pero se atisbaban unos cabellos oscuros y rizados que pedían a gritos el roce de unos dedos. Victoria le había dicho que Linc tenía treinta y ocho años, y en aquel momento Nevada sólo podía pensar en lo bien que le sentaban esos años.

—Porque no parece una enfermera —respondió él.

Nevada no pudo evitar una carcajada.

—No me diga... ¿Es usted un experto en enfermeras?

Él puso una mueca de desagrado.

—No, pero...

Nevada se adelantó y le puso la mano en el hombro. Era cálido y robusto al tacto, y le provocó un hormigueo por toda la piel.

—Escuche, Linc. Victoria intentó buscar a otra enfermera que no fuera yo,

pero no encontró a nadie dispuesta a venir hasta aquí para quedarse dos semanas.

—No me sorprende —murmuró Linc—. Si una mujer tuviera que estar una hora sin electricidad, sufriría un trauma.

—Mmm. ¿En serio? El invierno pasado tuve que estar dos días sin electricidad. Los cables se habían congelado o algo así. La verdad es que no fue tan terrible... Y no recuerdo haber sufrido ningún trauma.

Él apartó la mirada.

—¿Intenta decirme que debería estar agradecido por su disposición para cuidar de mí?

Nevada sintió cómo le temblaba la mano sobre su hombro y la apartó, confiando en que cesara la extraña sensación.

—Bueno, no hace falta llegar tan lejos. Me conformo con una simple cortesía.

Él volvió a mirarla y Nevada sintió una punzada en el pecho cuando aquellos intensos ojos verdes se posaron en su rostro.

—Hace esto por Victoria, ¿verdad? —le preguntó, pero no le dio tiempo a responder—. No, no hace falta que responda. Ya sé que es así.

—Vaya, vaya... No sólo se considera un experto en enfermeras, sino que también se cree capaz de leer la mente. Es usted un hombre de muchos talentos, señor Ketchum.

—¿Lo ve? —dijo él, ignorando su sarcasmo—. Ni siquiera se molesta en negarlo.

Nevada le sonrió.

—¿Por qué iba a molestarme en negarlo? Parece tener muy clara la respuesta.

Él dejó escapar una profunda exhalación.

—Bueno, supongo que esa parte no importa. Simplemente, no me gusta estar en deuda con nadie.

La expresión de Nevada se tornó seria.

—Mire, estoy aquí por decisión propia. Soy enfermera y no puedo rechazar a alguien que necesita mi ayuda, sin importar con quién esté emparentando. Y ahora, si no le importa, tengo que sacar mis cosas del coche.

Pasó junto a él y abrió la puerta del coche. Linc la observó sin poder hacer nada mientras ella sacaba varias bolsas y las apilaba en el suelo. Normalmente no permitía que una mujer levantara nada más pesado que un

plato de lentejas en su presencia. Pero en su estado actual no podía ni agarrar su bolso.

—Si necesita ayuda, puedo llamar a alguien —ofreció finalmente.

—Gracias. Pero puedo hacerlo yo sola.

Linc vio cómo se sujetaba una de las bolsas bajo la axila y levantaba dos más con sus manos. ¿Cómo demonios iba a soportar a aquella mujer dos semanas o más? Ya había conseguido que se sintiera como un estúpido inútil. Y encima era irresistiblemente sexy.

—Yo... eh... la ayudaría si pudiera —se sintió obligado a decir.

Ella se encaminó hacia la casa y él se puso a su lado.

—Ya lo sé. No tiene por qué disculparse por su estado. No es culpa suya. Lo que tiene que hacer es intentar recuperarse lo más rápidamente posible.

Atravesaron el jardín y subieron los escalones del porche, donde Nevada se giró para contemplar la vista. La casa estaba orientada hacia el sur, y a lo lejos se podía ver el tejado de la casa principal del rancho, rodeado por montañas boscosas.

—Es precioso —dijo, sobrecogida.

Linc la miró, vagamente sorprendido por la sinceridad que transmitía.

—Sí, pero espere unos cuantos días... Estará desesperada por volver a la civilización.

Ella le echó una mirada fugaz.

—¿Cómo puede saberlo? Ni siquiera me conoce.

—Las mujeres no soportan el aislamiento.

Era obvio que Linc no sólo estaba resentido con su estado actual. Por alguna razón que a Nevada le encantaría saber, también les guardaba un profundo rencor a las mujeres.

—Perdone, pero Victoria pasó toda su vida en este rancho hasta que se marchó a estudiar medicina y se casó con Jess.

Él hizo un gesto con la mano.

—Victoria es diferente. Es una chica de campo. Una vaquera.

Nevada quería preguntarle qué se pensaba que era ella, pero se abstuvo de hacerlo. Aquél no era el momento para indagar en sus opiniones. Si quería aguantar las dos o tres próximas semanas, tenía que llevarse bien con aquel hombre.

—Bueno, no creo que yo vaya a sufrir un ataque de claustrofobia ni nada parecido. Estoy segura de que me mantendrá muy entretenida —dijo ella,

abriendo la puerta para pasar al interior.

Linc la siguió rápidamente al pequeño vestíbulo y al salón, donde ella se detuvo bruscamente para mirar a su alrededor.

—¡Oh! Es precioso. Se parece a la casa del rancho, sólo que más pequeña.

La habitación tenía las paredes encaladas y un techo alto con vigas de roble. El suelo estaba enlosado con relucientes baldosas marrones, y la pared norte estaba hecha casi enteramente de láminas de vidrio. El paisaje que se apreciaba a través de ella era impresionante, con las lejanas cumbres de las montañas de San Juan aún cubiertas de nieve, a pesar de estar a mediados de verano.

—Parece sorprendida —dijo Linc mientras ella soltaba las bolsas y se paseaba lentamente por la habitación—. ¿Qué se esperaba?

—Nada como esto, la verdad —respondió ella—. Victoria me dijo que era una casa muy pequeña que se la alquilaban a cualquiera de los trabajadores del rancho con familia.

—Y así es.

—¡Pero esto es demasiado bonito! —continuó paseándose y examinando los muebles, las fotos y cuadros de las paredes y la rueda de carro que colgaba de la viga central, recubierta de luces como las lámparas antiguas.

La buena impresión que le causó la casa sorprendió gratamente a Linc. No se había esperado una reacción semejante. Al mirarla, le parecía el tipo de persona acostumbrada a la vida urbana y los apartamentos modernos.

—Seguro que le parece viejo y mal ventilado.

—En absoluto —dijo ella, dirigiéndose hacia la cocina.

Linc la siguió. Junto a otra amplia ventana había una mesa de pino y varias banquetas. Desde allí se podía contemplar todo el rancho, y a la izquierda se veía un prado donde pastaban las Angus negras, atravesado por las relucientes aguas del río Animas.

—¿Dónde vive? —le preguntó Linc.

Ella apartó la mirada de la ventana y lo miró. Apenas estaban separados por medio metro de distancia, y podía oler la fragancia varonil que emanaba de su cuerpo. Un estremecimiento la recorrió mientras lo contemplaba, y esperó que aquella desconcertante sensación no se reflejara en su rostro. Lo último que necesitaba era hacerle pensar que se sentía atraída por él.

Porque no era así. No sentía la menor atracción por él. Era su paciente y nada más.

—En un apartamento en Aztec —sonrió—. Lo único que se ve desde mi cocina es un callejón, con un montón de gatos callejeros hurgando entre los cubos de basura.

—Hmmf... Seguro que es usted el tipo de persona que les arroja comida. Ella soltó una risita avergonzada.

—Bueno, los animales son mi debilidad —admitió—. Y nunca permitiría que pasaran hambre si yo puedo evitarlo.

—¿Le gustan los animales?

Parecía sorprendido una vez más, y Nevada volvió a preguntarse de dónde habría sacado su opinión sobre las mujeres.

—Muchísimo. Al comenzar la universidad quería hacerme veterinaria. Pero luego una amiga mía enfermó gravemente y decidí dedicarme al cuidado de las personas.

—¿Y consiguió ayudar a su amiga?

Nevada negó con la cabeza y se apartó de él. No quería mostrar el menor atisbo de tristeza o pesar. Linc Ketchum necesitaba recibir optimismo y alegría, y ella estaba dispuesta a que los tuviera.

—No, murió. Y aquello reforzó aún más mi determinación para ser enfermera —volvió a mirarlo y le sonrió—. Pero todo eso pertenece al pasado. Ahora debería meter el resto de mi equipaje y acabar de instalarme.

Se giró y salió de la cocina, y Linc se sorprendió a sí mismo deseando seguirla y hablar con ella, aunque sólo fuera para oír su voz.

No tenía sentido. Él no hablaba con las mujeres sólo por hablar. Como era natural, muchas mujeres iban al rancho a comprar potros o caballos, o a que sus yeguas procrearan con los sementales, y Linc no podía ser grosero con ellas. Pero en lo referente a su vida personal, hacía lo posible por mantenerse alejado de las mujeres.

No lo hacía porque despreciara al sexo opuesto. Las mujeres le gustaban tanto como los caballos que criaba. La mayoría eran muy hermosas, pero también eran muy nerviosas e impredecibles. Si se bajaba la guardia con cualquiera de ellas, incluso con la más dulce y encantadora, se corría el riesgo de sufrir heridas muy graves. De modo que siempre se mantenía alerta y rodeado por sus caballos cuando alguna mujer iba a hablar con él.

La puerta principal se abrió y se cerró por segunda vez, y Linc se dio cuenta de que Nevada ya había vuelto a la casa. Salió rápidamente de la cocina y fue al salón para verla con tres bolsas más.

—Si me enseña mi habitación, despejaré el salón de bolsas —le dijo ella.

Mientras avanzaba hacia ella, Linc pensó en acomodarla en el pequeño dormitorio del piso superior. Cuanto más lejos estuviera de él, mejor. Y la habitación tenía una bonita vista y buenos muebles de roble.

Pero en ese caso la estaría obligando a cargar con su equipaje por las escaleras, de modo que le indicó que lo siguiera por un largo pasillo embaldosado.

A mitad del pasillo, señaló hacia su izquierda.

—Ahí tiene dos habitaciones casi idénticas. Elija la que quiera. A mí me da igual —mintió.

Ella miró una y otra puerta y luego miró hacia las otras dos puertas que había al otro lado del pasillo.

—¿Cuál es su habitación?

—¿Y eso qué importa? —preguntó él con el ceño fruncido.

Ella puso una mueca de incredulidad.

—Es usted mi paciente. Tengo que estar lo más cerca posible. Será más fácil para ambos.

—No necesito ayuda para acostarme.

Ella dejó caer las bolsas al suelo y se volvió hacia él con expresión de disgusto.

—¿En serio? ¿Puede desabrocharse los vaqueros y la camisa y retirar las mantas?

Santo Dios, iba a volverse loco con aquella mujer. Por supuesto que no podía hacer esas cosas. Pero ¿cómo iba a permitir que lo desnudara? El roce íntimo de aquellas manos bronceadas sería su perdición.

—Puedo arreglármelas solo. No hay necesidad de...

—Escuche, Linc Ketchum. Aquí no hay lugar para la vergüenza o el pudor. Soy enfermera. Conozco muy bien la anatomía masculina. Ayudarlo a desnudarse no hará que se me suban los colores ni que quiera arrojarme sobre usted.

Era tan bonita, descarada y razonable que Linc tuvo que hacer un enorme esfuerzo para contener la furia y comportarse como el vaquero tranquilo que siempre había creído ser.

—Señorita Ortiz, acaba de borrar todas mis preocupaciones —le dijo con voz cortante.

Ella lo observó atentamente y esbozó una ligera sonrisa. Linc se obligó a



mantenerse firme, a pesar de que su proximidad lo estaba afectando tanto como el olor de una cierva excitaba a un caballo en celo.

—Me alegra que lo hayamos dejado claro —dijo ella—. Sería muy incómodo si nos rozáramos el uno al otro de la manera equivocada.

Para Linc sería incómodo cualquier tipo de roce, pero no podría rozarla aunque quisiera. No con unas manos que se asemejaban más a dos cachiporras blancas.

Intentando ocultar su mal humor, apuntó con la cabeza hacia una de las puertas.

—Ésa es mi habitación. Así que esa otra... —señaló la puerta que estaba tras ella— es la más cercana a la mía.

—Muy bien.

Se apartó y abrió la puerta, y Linc se sintió obligado a seguirla al interior de la habitación.

—¡Oh! También es preciosa. Victoria debe de haber enviado a un ejército de criadas. Todo está limpio y reluciente.

Pasó los dedos sobre los postes tallados de la cama. A Linc volvió a sorprenderlo que estuviera tan impresionada con la casa y el mobiliario. Siempre había creído que una enfermera cobraba un buen salario, y más si trabaja para Victoria, quien aspiraba a lo mejor para su clínica. Pero parecía que no estaba acostumbrada a muchos lujos.

—¿La habitación le parece bien?

Ella pasó la mirada por el dormitorio. En un rincón había una mesa, una silla y una elegante lámpara de pie.

—Es genial —murmuró, acariciando el edredón de la cama—. Nunca me había alojado en un sitio tan bonito. No sé cómo sentirme en una cama tan cómoda... —se echó a reír y se sentó en el borde del colchón—. Una cama sin muelles rotos y que no se hunda.

—Seguro que su apartamento también está muy bien —dijo él mientras observaba su regocijo. Se preguntó cómo sería ser tan joven y despreocupado. Habían pasado muchos años desde que echara carreras por el rancho con Ross y Seth, gritando a pleno pulmón y deleitándose con la alegría de estar vivo.

Su expresión taciturna hizo que Nevada dejara de sonreír.

—Está muy bien para lo que yo me puedo permitir. Cuesta mucho pagar el alquiler y salir adelante, y más aún cuando se intenta ahorrar un poco.

Linc se sintió avergonzado de sí mismo. Él nunca había tenido que

preocuparse por el dinero. Su padre le había dejado una cuantiosa herencia, y él también había ganado una fortuna con los caballos del rancho. En realidad, casi nunca pensaba en el dinero. Su hogar estaba en el rancho y no necesita lujos materiales. Pero parecía que Nevada no lo tenía tan fácil.

—¿Para qué está ahorrando?

Ella pareció sorprenderse por la pregunta, y él también se sorprendió por habérselo preguntado. No era asunto suyo en qué se gastara ella su dinero. Pero algo le había pasado a su sentido común desde que Nevada Ortiz se bajara del coche.

Ella se encogió de hombros.

—Oh, bueno, ya sabe... lo normal. El futuro. La familia...

Él arqueó lentamente las cejas, viendo cómo su ondulado pelo negro caía sobre uno de sus pequeños pechos.

—¿Ya tiene a alguien con quien esté pensando formar una familia?

Ella se echó a reír y se levantó de la cama.

—¡Oh, no! Tengo muchos amigos, pero ninguno de ellos valdría como marido.

Él frunció el ceño, disgustado.

—Si no sirven para maridos, ¿qué es lo que son?

—Bueno, estoy segura de que usted tiene amigas... Es lo mismo. Son solamente compañeros, personas con las que me divierto haciendo cosas.

Linc quiso golpearse a sí mismo por sentir una repentina desilusión. ¿Qué se esperaba de aquella mujer? Era joven y hermosa. Era lógico que tuviera muchos amigos con los que divertirse. Para ella no debían de ser más que juguetes.

—Siendo así, ¿qué tipo de hombre le serviría como marido?

Ella frunció los labios en una mueca de desagrado y sacudió la cabeza.

—En estos momentos no pienso mucho en ello. Sólo tengo veinticinco años. No estoy preparada para echar raíces. Ni siquiera estoy segura de que quiera casarme alguna vez.

—Acaba de decir que querría tener una familia —le recordó él.

Ella pasó a su lado para recoger una de las bolsas que había dejado en la puerta.

—Y así es. Pero no sé cómo podré tenerla sin tener que vivir con un hombre. Por desgracia, hace falta uno para tener niños —suspiró y dejó la bolsa sobre la cama para empezar a sacar la ropa—. Pero mantengo la

esperanza de que algún día conozca a un hombre que me haga cambiar de opinión sobre el amor.

El amor... Algo de lo que Linc nunca hablaba y en lo que no creía. Lo hacía sentirse muy enfermo.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde va?

—A llamar al rancho para ver si pueden conseguirle un televisor — respondió sin mirarla—. Va a necesitar algo para mantenerse ocupada.

Su risa cantarina llenó la habitación.

—No necesito un televisor. Ya lo tengo a usted para mantenerme ocupada.

Y un cuerno, pensó Linc.

## Capítulo 3

**P**ASÓ más de una hora hasta que Nevada acabó de deshacer su equipaje en el inmenso dormitorio. La cómoda y el armario eran tan grandes que podría haber guardado en ellos toda la ropa que tenía y no habría ocupado ni la mitad del espacio.

No podía creerse que aquella casa sólo se hubiera construido para alojar a los trabajadores del rancho. Era demasiado bonita y se conservaba en perfecto estado. Alguien se había esmerado en copiar la casa del rancho hasta el último detalle, como podía apreciarse en los marcos de roble de las puertas y ventanas, la exquisita solería y el rico mobiliario.

Nada más entrar en la casa había sentido algo extraño, una sensación desconocida que la había hecho preguntarse si sería la sensación que se respiraba en un hogar verdadero. No podía estar segura, pues nunca había sentido nada parecido a un vínculo hogareño. Al menos no como la gente normal. Había crecido en una casa con dos padres, pero su casa estaba muy lejos de ser un hogar normal. Sus padres siempre estaban discutiendo, llegando a las manos y tirándose objetos a la cabeza. Nevada se escondía en su armario y rezaba para que volviera el silencio, y también para que algún día pudiera escapar de aquella casa donde imperaba el odio.

No. No sabía qué sensaciones le provocaría un hogar verdadero, pero estaba casi segura de que aquella vieja casa tenía las respuestas.

Miró una vez más por encima del hombro y salió de la habitación. Su botiquín seguía en el coche y quería cambiarle los vendajes a Linc antes de la cena. Una cena que tendría que preparar ella, puesto que los restaurantes y establecimientos más cercanos estaban a treinta kilómetros de distancia. Nevada no era especialmente brillante en la cocina, pero si llegaba el caso

podía servir algo comestible en la mesa.

Tarareando una cancioncilla, salió al porche y de inmediato localizó a Linc, sentado a unos metros en una mecedora de madera. Tenía el sombrero echado sobre los ojos, pero nada más oír las pisadas de Nevada y el chirrido de la puerta al cerrarse tras ella, se levantó el sombrero y la miró.

—¿Qué está haciendo?

La pregunta le pareció tan cómica a Nevada que se echó a reír.

—¿Eso importa?

Él se incorporó en la mecedora.

—No. Ya que va a estar aquí una temporada, no puedo empezar a preocuparme si puede cuidar de sí misma o no.

Ella se acercó a él.

—¿Cuidar de mí misma? ¿A qué se refiere?

Él se encogió de hombros.

—Me refiero a que tenga el suficiente sentido común para no hacer tonterías, como caminar sola por el bosque.

Nevada frunció el ceño.

—¿Por qué no debería pasear por el bosque?

Él dejó escapar un largo suspiro.

—Por los osos, por ejemplo. Y porque podría extraviarse, también. Las montañas y los prados parecen siempre los mismos. Seguramente llegaría hasta la frontera de Colorado antes de darse cuenta de que iba hacia el norte.

Nevada tuvo que admitir que no tenía muy buen sentido de la orientación. Y en cuanto a los osos, lo último que quería era encontrarse con una de esas criaturas peludas.

—Seguramente tenga razón en lo que dice —le dijo, sonriendo—. Tengo que llevar un mapa conmigo para no perderme por Santa Fe. Pero eso no significa que no pueda salir al bosque. Usted estará conmigo para ayudarme a encontrar el camino.

—Y un... —se quedó boquiabierto, incapaz de pronunciar una palabrota delante de una dama.

Nevada sonrió aún más.

—¿Qué pasa ahora? ¿No le gusta pasear? —le preguntó.

Linc hizo girar los ojos.

—Mis piernas tienen otra función. Las uso para trabajar en el rancho, no para entretener a una mujer con estúpidos paseos.

—Pero ahora no está trabajando en el rancho —señaló ella dulcemente—. Y permítame que le pregunte... ¿Qué hace para entretener a una mujer? ¿Sabe cantar o tocar la guitarra?

Él frunció el ceño.

—Ninguna de las dos cosas.

—Oh —dijo ella, fingiendo estar decepcionada—. Creía que todos los vaqueros podían hacer esas dos cosas.

—Sólo por televisión —gruñó él.

—Pero seguro que usted tiene otros talentos. Y estoy impaciente por descubrirlos mientras esté aquí.

—No cuente con ello.

Nevada volvió a reírse y bajó los escalones para dirigirse hacia el coche. Sacó el botiquín del maletero y volvió al porche para indicarle a Linc que la siguiera al interior de la casa.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó él con desconfianza, sin mover un solo músculo para obedecerla.

—Mi botiquín. Y no contiene nada que pueda hacerle daño. Así que levántese y venga conmigo.

—No necesito medicinas. Ya las he tomado por hoy —dijo, levantándose sin usar los brazos ni las manos.

Debía de tener unos abdominales de acero para poder levantarse sin la ayuda de los miembros superiores, pensó Nevada.

Pero no tenía que pensar en los abdominales de Linc Ketchum ni en la fibra muscular de su cuerpo. Estaba allí para cuidarlo, no para soñar despierta.

—No voy a darle ninguna medicina —le aseguró, dedicándole una sonrisa maliciosa—. Hay otras cosas que necesito hacerle...

Linc se detuvo en seco.

—Un momento... —dijo con firmeza—. Si cree que voy a obedecer ciegamente sus órdenes, es que se ha vuelto loca.

Nevada levantó la mirada hacia el techo del porche y tataréó el estribillo de una canción sobre las mentes desconfiadas.

Linc maldijo en voz baja.

—No soy desconfiado. Sólo quiero saber lo que va a pasarme. Al fin y al cabo, se trata de mi cuerpo.

Nevada se sintió invadida por la compasión. Sonrió y se acercó a él para ponerle una mano en el hombro.

—Lo siento, Linc. Sólo estaba bromeando. Es un hecho demostrado que los pacientes se recuperan mucho más rápido si se ríen con frecuencia. Tienes que relajarte un poco y dejar escapar alguna que otra carcajada —le dijo tuteándolo.

—No tengo ningún motivo para reírme —espetó él.

Nevada tiró de su brazo para llevarlo hacia la puerta.

—Pues claro que sí. Puedes reírte de mí. No me importará en absoluto. Además, tengo una bonita sorpresa para ti.

Linc la siguió al interior y a la cocina sin preguntar nada más. Estaba sintiendo demasiado su brazo entrelazado con el suyo y el roce de su cadera.

No podía recordar la última vez que había tocado a una mujer, pero parecía haber transcurrido mucho tiempo desde que había tenido compañía femenina. De lo contrario no estaría experimentando una reacción tan fuerte a Nevada Ortiz. El apetito sexual debía de ser la única razón por la que estuviera oliendo la fragancia de sus cabellos y preguntándose qué aspecto tendría desnuda.

Entraron en la cocina y ella le señaló la mesa.

—Muy bien. Siéntate ahí mientras lo preparo todo.

Debido a su lamentable estado, iba a tener que confiar por completo en aquella mujer. Y si Victoria pensaba tan bien de ella, debía de ser una buena enfermera, aunque no se parecía ni actuaba como ninguna de las enfermeras que él había conocido. Y él no se sentía como debería sentirse un paciente normal cada vez que lo tocaba. Pero eso era algo que iba a tener que superar. Y rápido.

Con aquella firme resolución en su cabeza, se sentó en el banco y apoyó los brazos vendados en la mesa. Como si fuera un pajarillo de alegres colores revoloteando a su alrededor, ella hizo acopio de tijeras, toallas, esparadrapo y un cuenco lleno de una sustancia amarilla y viscosa, parecida a los ungüentos de azufre que él le aplicaba a sus caballos.

—Antes de venir aquí hoy —dijo ella mientras se sentaba a su lado—, fui a la consulta del doctor Olstead para recoger las instrucciones que tenía para ti. Dice que ya es hora de comprobar si aún tienes dedos.

Linc la miró con expresión desconcertada.

—He visto mis dedos desde que se quemaron. Aún siguen ahí.

—Sí. Pero esto va a llevar más que unos pocos minutos —dijo ella, sonriendo al ver la cara que ponía—. Espera y verás.



Agarró unas pequeñas tijeras que había sacado del botiquín y empezó a cortar el vendaje del brazo derecho. La gasa blanca estaba gruesamente envuelta, y las tijeras se abrían camino lentamente a través del material.

Mientras ella seguía cortando cuidadosamente por el brazo, Linc observó su brillante melena negra y sus oscuras y largas pestañas. Todo era lozanía y belleza en aquella mujer, que relucía como una estrella en el cielo nocturno.

—¿Te gusta ser enfermera? —le preguntó, también tuteándola, con la esperanza de que un poco de conversación lo hiciera pensar en cosas más normales.

—Mucho —respondió ella—. Me gusta ayudar a las personas.

—¿Tu madre también es enfermera?

La pregunta debió de sorprenderla, porque levantó la mirada y frunció el ceño.

—No, por Dios... Mi madre saldría corriendo como una histérica si tuviera que cambiar un vendaje o vaciar un orinal.

—¿A qué se dedica?

Ella devolvió la mirada a su tarea y se encogió de hombros.

—Trabaja como camarera en un bar de Bloomfield.

—Oh.

Linc no creía que su voz contuviera la menor nota de desprecio, pero ella no debió de pensar igual, porque volvió a levantar la mirada y apretó los labios en una expresión severa.

—Sí. Oh. No apruebo su trabajo, pero a ella parece gustarle. Dice que las propinas son buenas —suspiró y siguió cortando los restos del vendaje—. Créeme, Linc, mi madre no siempre fue... bueno, digamos que en los últimos años ha renunciado a sus principios y valores.

Linc no sabía por qué le había preguntado por su madre. Quizá porque esperase obtener más información sobre su personalidad, pero no parecía que la madre y la hija estuviesen cortadas por el mismo patrón.

—¿Por qué?

Ella mantuvo la vista fija en su tarea.

—Perdió la ilusión por casi todo y desistió de llevar una vida decente. Ya sabes, un marido, una casa, un buen trabajo...

—¿Tus padres están divorciados?

Ella asintió.

—Desde hace mucho. A mi padre le gustaban las mujeres. No podría

enumerar todas las aventuras que tuvo antes de que se divorciaran.

Linc quiso preguntarle si aquél era el motivo por el que ella aún no se había casado, pero prefirió no hacerlo. Nunca hablaba del matrimonio con ninguna mujer, ni siquiera de pasada. Y no quería que aquella chica pensara que él albergaba pretensiones matrimoniales de ningún tipo.

—Es una lástima —fue todo lo que dijo.

—Sí, lo es —dijo ella en tono de resignación—. A causa de mi padre, mi madre dejó de preocuparse por ella misma. Empezó a tener aventuras sólo para vengarse de él. Y a partir de ahí todo fue cuesta abajo.

Volvió a mirarlo y él pudo ver la vergüenza y la tristeza en sus brillantes ojos marrones.

—No sé por qué te estoy contando todo esto. No es algo de lo que vaya por ahí hablando con nadie.

—Nunca le cuento a nadie las confidencias que se me hagan —dijo, por si acaso ella temía que les hablara a los demás de su familia.

Ella negó con la cabeza.

—No me preocupaba que lo hicieras. Simplemente, es algo de lo que no suelo hablar.

Linc la entendía perfectamente. Darla, su propia madre, nunca era mentada por sus primos ni por él mismo. Años atrás, su nombre salía en la conversación de vez en cuando, pero ahora no tenía sentido hablar de ella. Ninguno sabía con certeza si seguía viva. Y no parecía que ella se preocupara por confirmarlo.

Se dio cuenta de que Nevada empezaba a retirar las capas de gasa del brazo y se alivió por la distracción. No quería pensar en madres, padres ni en matrimonios arruinados. Eran temas demasiado desagradables para él.

—Dios mío... Parece la piel de una cría de ratón —exclamó cuando ella le retiró la gasa por completo y le apoyaba el codo en una toalla limpia.

—Eso es buena señal. El color rosado significa que está viva y que la sangre fluye sin problemas.

Y debería estar fluyendo a borbotones, pensó Linc. Cada vez que esa mujer se acercaba, podía sentir cómo se le desbocaba el corazón. Era una reacción absurda que nunca antes había experimentado.

Bajó la mirada hacia su brazo e intentó no desanimarse al contemplar la triste imagen. La piel era tan fina que casi era transparente. Todo el vello había desaparecido, y podían verse las venas azules bajo la tenue superficie.

—Supongo que está sanando —concedió a regañadientes.

—Así es, y de la mejor manera posible —le giró el brazo con mucho cuidado para examinarlo por completo—. Cielos... te quemaste bien este brazo. ¿El otro está igual?

—Parecido.

Lo miró y él pudo sentir la caricia de sus ojos marrones mientras le recorrían el rostro.

—Victoria me dijo que eras un héroe. Dijo que si no hubiera sido por ti, muchos de los caballos habrían muerto en el incendio.

Él puso una mueca.

—Victoria no es objetiva. Me ve como si fuera su hermano. Nunca diría nada malo de mí.

Nevada esbozó una débil sonrisa.

—¿Y tú te ves como su hermano?

Linc nunca se había hecho esa pregunta, y por un momento se quedó sin saber qué decir. Durante todos esos años se había visto a sí mismo como el primo hermano que permanecía siempre al margen. Y no era porque Ross, Seth o Victoria hubieran intentado excluirlo. Más bien había sido al contrario. Los hijos de Tucker lo habían tratado como si fuera uno más de la familia. Y aunque no era uno de ellos, Linc los quería tanto o más que si fueran sus hermanos.

—Sí, supongo que sí —murmuró.

—Me alegro. Porque ella piensa que eres el mejor hombre del mundo.

Linc apartó la mirada.

—No hice nada especial. Cualquiera habría hecho lo mismo que yo por esos caballos. Únicamente fui el primero en llegar a los establos.

No era eso lo que Nevada había oído. Victoria le había contado que varios trabajadores del rancho estaban en los establos y que intentaron impedir que Linc entrara en el edificio en llamas. No habían logrado detenerlo, y cuando Linc volvió a salir todos habían empezado a temer que estaba muerto.

—Estoy segura de que tus caballos están muy contentos por ello, y apuesto a que te echan de menos.

—El doctor Olstead no me permite acercarme a ellos. Por las bacterias, dice —murmuró—. Demonios, esos caballos están más limpios que yo. Se los lava a diario.

Nevada esbozó una sonrisa comprensiva.

—El doctor Olstead tiene razón. No puedes arriesgarte a contraer una infección. No es que él piense que los caballos no están limpios, pero hay otras cosas en un establo que pueden transmitir infecciones, como moscas y demás insectos.

—Sí, lo entiendo. Pero eso no significa que tenga que gustarme.

—No, no tiene que gustarte —corroboró ella.

Volvió a agarrar las tijeras y empezó a cortar las vendas de las manos. Aquella tarea llevó más tiempo, pero a Linc no le importaba. A pesar de todas sus protestas, era delicioso recibir el tacto de aquella mujer, tocándolo como si de verdad se preocupara por su salud y bienestar.

«No sigas por ahí, Linc», se dijo a sí mismo. Sólo porque una mujer mostrara un comportamiento dulce y encantador no significaba que fuese especialmente buena y bondadosa.

Las quemaduras de las manos eran mucho peores que las de los brazos, y Nevada chasqueó con la lengua mientras desvendaba los dedos.

—Vaya... debió de ser muy doloroso. ¿Aún te duele? —le preguntó—. Si es así, dímelo. Tengo calmantes en el botiquín.

—No. No duele. De hecho, casi no siento los dedos —le dijo él—. Si te toco el brazo no creo ni que lo sienta —al menos no en la punta de los dedos, pensó. Pero seguro que el resto de su cuerpo sí lo sentiría.

Ella asintió seriamente.

—Las terminaciones nerviosas de la piel se quemaron.

—¿Y se quedarán siempre así?

Ella frunció el ceño y sacudió ligeramente la cabeza.

—No lo sé, Linc. Creo que mejorarán con el tiempo, pero no puedo prometerte nada. Sólo soy enfermera, no médico.

Procedió a limpiarle la mano y el brazo, para luego aplicarle el ungüento amarillo. A continuación, empezó a vendarle el brazo con una gasa limpia.

—Supongo que quedarán muchas cicatrices cuando la piel sane —murmuró él—. ¿Y qué pasará con el vello de mis antebrazos? ¿Volverá a crecer?

Ella lo miró y sonrió.

—Eso tampoco lo sé. Supongo que sí, al menos en parte. Pero, ¿a quién le importa que tengas o no vello en los brazos? Siempre puedes llevar manga larga. A mí me parece más varonil...

Él respiró profundamente.

—Tienes respuestas para todo, ¿verdad?

Ella lo miró enojada, pero enseguida se echó a reír.

—Escucha, Linc. Voy a ser muy sincera contigo. Unas cuantas cicatrices o la falta de pelo no es nada comparado con lo que te podría haber pasado. Es un milagro que estés vivo. Deberías estar agradecido.

—¿Crees que necesito tus sermones? —espetó él.

—No has recibido ningún sermón mío... de momento —le advirtió ella.

Él dejó escapar un bufido.

—Eres muy atrevida para ser tan pequeña.

—Es para compensar mi tamaño —replicó ella.

Linc no podía encontrar ningún defecto en su tamaño. Todo encajaba a la perfección en su cuerpo. Demasiado perfecto para su tranquilidad mental...

—¿Puedo mover los dedos? —preguntó, intentando concentrarse en cualquier otra cosa.

—Claro —dijo ella, apartándose—. Muévelos todo lo que quieras.

Linc intentó flexionar los dedos, que aún le recordaban a cáscaras de sandía.

—Cuando estaba en el hospital, no dejaba de pensar en lo estupendo que sería volver a mover los dedos. Pero... bueno —puso una mueca mientras intentaba cerrarlos en un puño—. No es una situación muy agradable. Están demasiado rígidos.

—No por mucho tiempo —le prometió ella—. Voy a vendártelos con más holgura para que puedas moverlos y quizá usarlos un poco. Pero sólo un poco, ¿de acuerdo?

Él la miró sorprendido.

—¿Quieres decir que no tendré que ir por ahí con mis manos inmovilizadas?

Ella le dedicó una alegre sonrisa.

—No. ¿Verdad que son buenas noticias? Y ahora, ¿te arrepientes de todas tus quejas y gruñidos?

Una expresión avergonzada cruzó el rostro de Linc, pero la ligera sonrisa que asomó a sus labios le dijo a Nevada que estaba definitivamente complacido.

—Puede que haya sido un poco gruñón —admitió.

Ella no pudo evitar una carcajada.

—¿Y así sueles ser siempre?

Él frunció el ceño.

—¿Por qué lo preguntas?

Nevada levantó las manos con las palmas hacia arriba.

—Porque no te conozco, Linc Ketchum. No sé si tu estado natural es gruñón, alegre, encantador, mezquino o lo que sea.

—No estás aquí para analizar mi personalidad —arguyó él—. Y no necesitas saber esas cosas para curarme las manos.

Nevada pensaba hacer mucho más que curarle las manos, pero no se lo dijo. Podía ver que su presencia en aquella casa lo estaba alterando. Hasta el momento había intentado mantener una situación alegre y distendida, y confiaba en que siguiera siendo así. La seriedad no les haría el menor bien a ninguno de los dos.

—Bueno, supongo que las averiguaré por mí misma —dijo ella mientras empezaba a envolverle el pulgar con un rollo de gasa—. ¿Crees que podrás decirme, al menos, lo que te gusta comer? ¿O eso también es un secreto?

—Tampoco tienes que preocuparte por eso —le dijo él—. Marina traerá la cena cada noche de la casa del rancho.

Aquello sí que era una novedad para Nevada. Victoria no había tenido tiempo el día anterior para discutir los detalles de su estancia en el rancho, y ella había supuesto que tendría que encargarse de las comidas.

—Eso está muy bien. Pero espero que me permita preparar el desayuno y el almuerzo.

Él la observó con los ojos entornados, y por primera vez en la vida de Nevada todo su cuerpo reaccionó ante un hombre de un modo puramente sexual. El calor le abrasó las mejillas y sintió que la piel le resplandecía como si fuera una polilla.

—¿Qué sabe una enfermera de cocina?

Nevada respiró hondo y se obligó a no mirarlo. No podía enfrentarse a su mirada sin perder el control de sus sentidos.

—Tanto como un vaquero, supongo —murmuró.

Él la pilló desprevenida al reírse entre dientes.

—Te sorprendería saber lo que puedo hacer en la cocina.

Nevada no pudo evitarlo. Lo miró a los ojos y el estómago le dio un vuelco. ¿Estaba hablando de cocina, o insinuaba algo más?

—Entonces quizá puedas enseñarme unas cuantas cosas —se aventuró a decir.

La expresión de regocijo se esfumó del rostro de Linc, y su mirada recorrió

a Nevada desde su cara hasta el busto.

—Estoy seguro de que ya has aprendido todo lo que hay que saber.

## Capítulo 4

**L**AS palabras de Linc impactaron profundamente en Nevada, y durante los minutos siguientes guardó silencio mientras le vendaba las dedos y repetía el proceso con su brazo izquierdo.

No sabía por qué aquel comentario la había afectado tanto. Tal vez fuera por la nota de disgusto que se adivinaba en su voz, o quizá por la mirada lasciva de sus ojos.

En cualquier caso no importaba, se dijo a sí misma. Linc Ketchum no era la primera persona que la tomara por una mujer promiscua. Algunos de sus supuestos amigos también la habían acusado de acostarse con una larga lista de novios. Pero nada más lejos de la verdad. Nevada era virgen. Y hasta el momento no había conocido a ningún hombre por el que quisiera dejar de serlo.

Aun así, no iba a explicárselo a Linc Ketchum. Su vida sexual no era asunto suyo. Así de simple.

Un rato más tarde, después de vendar las quemaduras de Linc, Nevada salió a explorar el jardín. Estaba en la parte trasera de la casa, deleitándose con la vista de las montañas lejanas cuando oyó el motor de un coche aproximándose.

Avanzó con mucho cuidado entre las rocas y matorrales y rodeó la casa para ver a Marina saliendo de una vieja camioneta roja.

—¡Hola, Marina! —saludó al ama de llaves.

La corpulenta mexicana con su gruesa trenza sujeta a la coronilla se volvió al oír su voz y sonrió al verla.

Nevada agitó la mano y corrió hacia ella para abrazarla efusivamente, sin pronunciar ninguna palabra de bienvenida. No veía a su vieja amiga muy a menudo, pero desde la primera vez que Victoria se la presentó, Nevada veía a



Marina como la madre que siempre había querido tener.

—Me alegro mucho de verte —le dijo con la voz trabada por la emoción.

El amplio rostro de Marina se iluminó con una radiante sonrisa mientras se echaba hacia atrás para darle a Nevada una palmadita en la mejilla.

—Yo sí que me alegro de verte, pequeña. Tienes un aspecto magnífico. Justo lo que Linc necesita...

—¡Marina! —exclamó Nevada, frunciendo el ceño—. No estoy aquí para tontear con Linc, sino para cuidar de él.

—Bueno... hay muchas formas de cuidar a un hombre.

Nevada decidió que era mejor no contestar y olió el delicioso aroma que salía por la ventanilla abierta de la camioneta.

—Mmm... Hay algo que huele muy bien.

Marina abrió la puerta de la cabina, en cuyo asiento había una caja de cartón envuelta con un trapo blanco.

—No es nada especial. Sólo un poco de carne en salsa con verduras. Oh, y unas galletas de masa fermentada.

Nevada dejó escapar un gemido.

—Marina, no puedes traer estas cosas todos los días... Pesaré una tonelada cuando me vaya de aquí.

—Te vendría bien poner un poco de peso —la reprendió el ama de llaves—. Además, sé lo mucho que le gusta comer a Linc. Y necesita una buena alimentación para ponerse bien.

Nevada se disponía a asegurarle que haría lo posible para que Linc se alimentara adecuadamente, cuando oyó cómo se abría la puerta principal.

Las dos mujeres se giraron y vieron a Linc saliendo al porche. Las miró por un momento y fue a sentarse en una de las sillas del jardín.

El rostro de Marina se ensombreció y agachó la cabeza para hablarle a Nevada en voz baja.

—Estoy muy preocupada por Linc, pequeña.

—No hay ningún motivo de preocupación —declaró Nevada con firmeza—. Sus manos y brazos están sanando sin problemas. Dentro de poco se habrá recuperado por completo y volverá a estar trabajando.

Marina sacudió la cabeza.

—No es eso lo que me preocupa. Su cuerpo sanará, sí. Pero las heridas del corazón son más profundas.

Aunque las dos estaban demasiado lejos de Linc como para que éste las

oyera, Nevada tuvo la sensación de que podía oír cada palabra que se pronunciaba sobre él.

Se volvió de espaldas a Linc y fingió que examinaba la comida que había llevado Marina.

—Linc ha sufrido una experiencia traumática, Marina. Es normal que esté un poco deprimido.

El ama de llaves elevó la vista al cielo.

—¿Deprimido? Por Dios... Linc nunca se ha comportado así en su vida. Siempre ha sido el más tranquilo y amable de todos. Pero ahora... ¡ahora es como un monstruo!

Nevada no había conocido a Linc antes del accidente, pero podía corroborar la impresión actual. Linc no se había mostrado precisamente amable y gentil desde su llegada. Era obvio que no confiaba en ella como enfermera, y prácticamente la había acusado de ser una fulana.

—Eso es porque seguramente se siente como un monstruo, Marina —dijo—. Piensa en ello. No puede hacer nada de lo que gusta hacer. A ti también te enojaría estar en una situación semejante. ¿No crees?

Marina ladeó la cabeza de un lado a otro, como si estuviera reflexionando sobre la observación de Nevada.

—Supongo que sí. Pero aun así estoy preocupada —volvió a bajar la cabeza para susurrarle—. No he hablado con nadie de esto, pequeña, pero he estado viendo a la madre de Linc en mis sueños. No sé por qué sueño con ella, pero me da miedo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Nevada. Nunca había sido una mujer supersticiosa y dudaba que nadie pudiera ver cosas invisibles a los demás. Pero Marina tenía una especie de don para presagiar sucesos. La noche anterior al incendio, le había advertido a Ross que algo estaba a punto de ocurrir. Por desgracia, no había visto los suficientes detalles para predecir lo que sucedería. Si el ama de llaves estaba soñando ahora con la madre de Linc, tenía que significar algo.

—He sabido desde hace mucho que Randolph, el padre de Linc, murió, pero no sé nada sobre su madre. ¿Sigue viva?

Una vez más, Marina levantó la mirada hacia el cielo.

—Sólo Dios lo sabe, Nevada.

Nevada la miró pensativa.

—¿Quieres decir que Linc no tiene ningún contacto con ella? ¿No sabe nada

de su propia madre?

Marina sacudió la cabeza con disgusto.

—Se marchó hace mucho tiempo, después de que Randolph muriera —murmuró—. Se casó de nuevo y quería que Linc se fuera con ellos.

Nevada desvió la mirada hacia la cresta de la montaña donde se divisaba el tejado del rancho sobre las copas de los árboles.

—¿Y él no se fue con ellos?

Marina volvió a sacudir la cabeza.

—No. Su casa y su familia siempre habían estado aquí. Su madre no podría haberlo separado de sus caballos y de sus primos para llevárselo a la Costa Este. Debería haberlo sabido, y supongo que en el fondo lo sabía. Pero ella quería largarse de aquí... con o sin su hijo —añadió en tono desaprobatorio—. Es una mujer muy difícil de entender. Supongo que porque nunca hablaba mucho. Linc también heredó ese rasgo... lo único que se le pegó de esa mujer.

Nevada empezaba a hacerse una idea de la situación. Y no le gustaba nada.

—Bueno, yo no me preocuparía por tus sueños, Marina. Parece que Darla Ketchum lleva tiempo sin dar señales de vida. Dudo que el malhumor de Linc tenga alguna relación con ella.

Marina puso una mueca.

—Puede que Darla Ketchum haya desaparecido, pero puede volver en cualquier momento.

Nevada resistió el impulso de mirar por encima del hombro para asegurarse si Linc seguía sentado en el porche.

—¿Hablabas en serio cuando dijiste que nadie sabe si está viva?

—Ésa es la verdad. Que yo sepa, nadie ha sabido nada de ella en muchos años —movió enérgicamente la cabeza—. Aunque Linc es un hombre muy reservado. Si ha recibido alguna noticia de su madre, es posible que ninguno nos enteremos.

Aquello no era nuevo para Nevada. Intentar sacarle alguna información personal a Linc sería peor que darte la medicina a un crío de dos años.

—¿Vais a quedaros ahí cotorreando? —las llamó repentinamente Linc desde el porche—. ¿O podremos comer algo antes de medianoche?

—¿Lo ves? —murmuró Marina, mirando hacia el porche por encima del hombro de Nevada—. Escúchalo... Ése no es el Linc que siempre he conocido.

Nevada le dio una palmadita en el hombro. La pobre mujer estaba realmente

preocupada.

—No te angusties, Marina. Te prometo que saldrá de esto.

El ama de llaves sacó la comida de la camioneta.

—Espero que tengas razón, pequeña. Si alguien puede devolverlo a la normalidad, eres tú.

Nevada no sabía qué era la normalidad para Linc Ketchum, pero por el bien de todos iba a averiguarlo.

Marina le dio la comida a Nevada y se sentó al volante para arrancar el motor.

—¿No quieres ir a saludarlo? —le preguntó Nevada mientras el ama de llaves metía la marcha atrás.

—No. Dile que ya no me gusta.

—¡Marina! No puedes...

—Sólo estoy bromeando. Pero no le hará daño pensar que estoy enfadada con él —sonrió y se alejó en la camioneta.

Nevada se despidió con la mano y volvió al porche, donde Linc la observaba pensativamente.

—No sabía que fueras amiga de Marina. ¿La conoces?

—Por supuesto. La he atendido en la clínica, y además he visitado el rancho varias veces. Su marido era un primo lejano de mi padre... Los dos eran igual de miserables —añadió tranquilamente—. Vamos adentro a comer. Me muerdo de hambre.

Él la siguió a la cocina. Nevada dejó la caja en la mesa y empezó a sacar los envases de comida.

—Traeré los platos —dijo él, volviéndose hacia los armarios de roble.

Nevada abrió la boca para protestar al tiempo que giraba la cabeza sobre el hombro, pero se detuvo a tiempo. Le había vendado las manos y los dedos de modo que estuvieran protegidos contra cualquier golpe. No le haría daño llevar un par de platos a la mesa. Y posiblemente lo ayudara a mejorar su actitud.

—Marina nos ha traído té helado —le dijo—. ¿Te parece bien?

—Cualquier cosa para beber estará bien.

Volvió a la mesa con dos platos, cuchillos y tenedores. Colocó un plato en el extremo de la mesa y el otro en el extremo opuesto. Por lo visto prefería estar lo más lejos posible de ella, pensó Nevada.

Bueno, pues que así fuera. Ella no tenía por qué acercarse a él más de lo

necesario. Había algo en Linc que la hacía sentirse nerviosa y alterada, y no tenía nada que ver con sus mordaces comentarios, sino más bien con su rostro curtido y atractivo y su fuerte y poderoso físico. Bastaba una simple mirada para ver que era un hombre muy varonil. Su cuerpo era el producto del duro trabajo, y a Nevada le parecía que sus músculos eran mucho más sensuales que los de sus amigos que se entrenaban a diario en el gimnasio.

Después de servir el té y colocar las servilletas, la sal y la pimienta, los dos se sentaron y empezaron a llenar sus platos.

—¿Crees que podrás hacerlo? —le preguntó Nevada—. Puedo servirte la comida yo, si quieres.

Él apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Limpiaré lo que derrame.

Nevada suspiró.

—No me refería a eso. No quiero que te hagas daño.

—¿Por levantar una cuchara con verduras? —preguntó él en tono sarcástico.

Nevada hizo un gesto de exasperación con la mano.

—Adelante... ¿Qué me importa a mí que te rompas los dedos? Victoria me despedirá, eso es todo. Pero, ¿y qué más da?

—Te preocupa mucho tu trabajo, ¿verdad?

Normalmente, Nevada podía controlar su temperamento... sobre todo con los pacientes. Pero Linc Ketchum conseguía sacarla de sus casillas una y otra vez. A pesar de su frágil estado, Nevada sintió deseos de darle una buena paliza.

Dejó el tenedor y lo miró fijamente.

—Creo que ya te he aguantado bastante por una noche.

—¿Quieres decir que estás lista para hacer el equipaje y volver al pueblo?

Nevada se dio cuenta entonces de que la había estado provocando a propósito, poniéndola a prueba para comprobar hasta dónde llegaba su paciencia. Bien, pues iba a llevarse una decepción si esperaba que saliera corriendo. Ella no se rendía tan fácilmente.

—No. Simplemente me gustaría tomarme la cena sin sufrir una indigestión. Me llevo la comida al porche, si no te importa. O aunque te importe.

Hizo ademán de levantarse, pero él la sorprendió al alargar un brazo y detenerla con su mano vendada.

—Siéntate.

—No quiero.

—Siéntate de todos modos.

Nevada volvió a dejar el plato sobre la mesa y le quitó el sombrero de vaquero.

—¡Eh! ¿Se puede saber qué haces? —le gritó él.

Ella dejó el sombrero en el banco e intentó no mirar el pelo castaño oscuro que había quedado al descubierto. Una melena oscura y densa que se rizaba sensualmente alrededor de su cabeza. Y de repente se sorprendió a sí misma preguntándose cuántas mujeres habrían entrelazados sus dedos en aquella reluciente cabellera. Cuántas habrían tocado su rostro y besado sus labios... No eran preguntas que se hiciera sobre otros hombres, y el hecho de que Linc Ketchum hubiera despertado su curiosidad bastaba para que quisiera morir de la vergüenza.

Bajó la mirada hacia su plato e intentó adoptar un tono sereno.

—Si vamos a comer juntos, lo menos que puedes hacer es mostrar el respeto suficiente y quitarte el sombrero en la mesa.

Linc se llevó la mano al pelo, pero la detuvo a medio camino cuando se dio cuenta de que no podía peinarse con los dedos vendados. La dejó caer a la mesa y miró a Nevada. Se sentía como un maldito idiota por ser tan antipático con ella. Pero algo parecía acuciarlo a decirle cosas que jamás le había dicho a nadie, y mucho menos a una mujer tan hermosa como Nevada. No estaba seguro de lo que le estaba pasando, pero se había sentido como un gallo alborotado desde que ella se había bajado del coche.

—¿Nevada?

Era la primera vez que pronunciaba su nombre, y por la expresión de su mirada parecía que la había sorprendido.

—¿Sí?

Linc se reprimió para no retorcerse en el asiento, sintiéndose como un crío que se negaba a reconocer una travesura.

—Eh... supongo que me he comportado como un cretino desde que has llegado.

Los ojos marrones de Nevada le recorrieron el rostro con cautela, y Linc se preguntó cómo sería tener su cuerpo pequeño y delicado sobre el suyo y hundirse en aquella mirada líquida.

—Oh, no sé qué decir... Aunque en vez de «cretino», sería más apropiado llamarte «burro» —dijo ella en tono burlón.

Su buen humor sorprendió a Linc, pues la mayoría de las mujeres ya habrían

salido por la puerta... ¿Sería eso lo que intentaba conseguir? ¿Echarla de su casa antes de que empezara a gustarle? ¿A gustarle de verdad?

Dejó escapar un débil suspiro.

—Antes me preguntaste sobre mi personalidad. No creo que nadie sepa cómo describirse a sí mismo, pero sí sé que desde que llegaste no te he mostrado cómo soy en realidad. Me he comportado muy mal, y lo lamento.

Lo último que Nevada había esperado de él era una disculpa, y por un largo rato permaneció sentada en silencio, observando su rostro.

—No tienes por qué disculparte, Linc. Imagino lo difícil que tiene que ser para ti no poder trabajar y hacer las cosas que te gustan.

La expresión de Linc se oscureció e intentó manejar el cuchillo entre sus dedos vendados.

—Mi invalidez temporal no me da derecho a ser un grosero o a olvidar mis modales.

—A veces es así —dijo ella con voz suave.

—Eres demasiado comprensiva, ¿lo sabías?

Ella sonrió y se levantó para rodear la mesa y acercarse a él.

—Déjame cortar la carne por ti —se ofreció.

Él quería decirle que era un hombre grande y fuerte y que no necesitaba que una mujer le diera de comer. Pero no podía decírselo si quería disfrutar de la jugosa carne que le había preparado Marina, de modo que le tendió el cuchillo y el tenedor.

—Adelante. Hazlo antes de que me derrame encima todo el plato.

Ella se echó a reír.

—Pronto lo harás mejor. Cuanto más intentes doblar los dedos, más flexibilidad ganarán. Y cuando vuelva a cambiarte los vendajes mañana por la noche, tal vez pueda aflojar un poco más la gasa.

Se inclinó hacia el plato y Linc se sintió invadido por la fragancia femenina de su piel y el calor de su cuerpo, tan cerca de él que casi lo rozaba.

—Eso espero —murmuró con voz grave y espesa.

Los segundos pasaron lentamente mientras ella cortaba la carne en pequeños pedazos. Linc intentó respirar con normalidad y pensar en cualquier otra cosa que no fuera ella, sin éxito. La mitad inferior de su cuerpo reclamaba atención inmediata.

—Ya está —dijo ella por fin—. ¿Crees que podrás manejar el tenedor?

Linc dejó escapar una profunda exhalación mientras ella se apartaba de su

lado.

—Sí —murmuró.

En el hospital había dependido de las enfermeras para poder comer, pero Nevada no se parecía en nada a ninguna de las enfermeras que lo habían atendido. De ninguna manera podría soportar que le llevara el tenedor a la boca hasta vaciar el plato.

—Bueno, en algún momento tendrás que empezar —dijo ella mientras volvía a sentarse frente a él—. Supongo que esta noche es tan buena como cualquier otra.

Sin mirarla, Linc consiguió controlar el tenedor entre el pulgar y el índice, y descubrió que no era tan difícil hincarlo en los pedazos de carne.

Durante los próximos minutos los dos se concentraron en la comida, hasta que finalmente Nevada levantó la mirada hacia él.

—Victoria me dijo que normalmente te hospedas en el barracón con el resto de trabajadores. Pero no me dijo por qué —pasó la mirada por la cocina, con sus bonitos armarios de roble y sus modernos accesorios—. ¿Por qué no vives aquí? ¿O en la casa del rancho con Ross y Bella?

Él no se molestó en mirarla.

—Porque me gusta estar con los trabajadores. Ellos también son como mi familia. Ross y Bella son geniales, pero acaban de casarse y necesitan intimidad.

Nevada lo observó pensativamente.

—La casa es muy grande. No se darían cuenta de tu presencia, a menos que tú quisieras.

—No pertenezco a esa casa —dijo él con voz cortante.

Ella arqueó las cejas, pero Linc no vio su reacción al brusco comentario. Parecía estar absolutamente concentrado en la comida del plato.

—¿Por qué? Tú también eres un Ketchum.

—Sí. Soy un Ketchum.. Pero no soy hijo de Tucker.

—¿Y qué? No creo que tus primos vayan a rasgarse las vestiduras por eso.

Él la miró finalmente, recorriéndole su bonito rostro con expresión pensativa.

—¿Qué sabes tú de eso?

Ella se encogió de hombros y se llevó un trozo de carne a la boca. Masticó lentamente y respondió después de habérselo tragado.

—No puedo hablar por los hombres de la familia, pero sí por Victoria. Ella



te considera su hermano. Cree que eres don Perfecto.

Un atisbo de sonrisa asomó fugazmente al rostro de Linc.

—Eso ya me lo dijiste antes. Está equivocada, pero tienes razón. A ninguno de ellos le ha importado nunca que yo fuera hijo de Randolph. Y antes de que sigas dándole vueltas a tu cabecita, te diré que no, no estoy resentido ni nada de eso. Vivo en el barracón porque me gusta, nada más. No necesito vivir en la casa del rancho ni aquí. ¿Para qué iba a necesitar tanto espacio? —preguntó, moviendo una mano alrededor de su cabeza.

—Te entiendo —dijo ella, frunciendo el ceño—. ¿Quién construyó esta casa? ¿Y por qué? Es demasiado bonita para alquilarla sin más.

Linc respiró hondo y se recostó en su silla.

—Eres muy curiosa, ¿verdad?

Nevada le sonrió.

—Sí, podría decirse que sí. Me gusta conocer a las personas a las que cuido. Hace que la tarea sea mucho más agradable. Y... —se interrumpió al tiempo que apartaba la mirada de él—. En la Facultad de Enfermería nos enseñaron a no intimar demasiado con los pacientes. Pero eso me parece una tontería. Una enfermera de verdad llega a sentir afecto por la persona que tiene a su cargo. Si no lo hiciera... no sería humana.

La idea de que Nevada Ortiz intimara o sintiera afecto por él hizo sonar las alarmas en la cabeza de Linc. Que Victoria lo quisiera como a un hermano y que lo considerara don Perfecto estaba bien. Al fin y al cabo era su prima. Pero que lo hiciera una mujer como Nevada era un asunto completamente distinto. Era una mujer hermosa y sexy, capaz de hacerle olvidar que él era un solitario.

—Mi padre construyó esta casa hace veinticinco años —dijo, pensando que era más seguro hablar de la casa que de las relaciones entre las enfermeras y sus pacientes.

Los ojos de Nevada se abrieron como platos.

—¿De verdad? ¿Hace tanto tiempo?

Linc asintió.

—Mi tío Tucker y mi padre eran socios y empezaron a construir juntos este rancho a finales de los cincuenta. Primero construyeron la casa principal. Y ésa es una de las razones por las que tiene tantas habitaciones. Las dos familias vivían juntas. Pero entonces mi padre enfermó del corazón y no pudo seguir realizando las labores de un rancharo. Le vendió su mitad del rancho a

Tucker y se construyó esta casa para él y mi madre.

—Entiendo. ¿Fue la enfermedad del corazón por lo que murió tu padre?

Linc asintió por segunda vez y Nevada pudo ver una sombra de pesar cruzándole el rostro.

—Sí. Yo apenas era un adolescente y fue un golpe muy duro. Mi padre y yo éramos amigos. Era un magnífico jinete y me enseñó todo lo que sabía sobre los animales.

Una sonrisa curvó los labios de Nevada.

—Debió de ser fantástico tener un padre así.

—Sí. Pero lo perdí muy pronto —hincó torpemente el tenedor en un pedazo de carne—. Mi padre era un hombre bueno y amable. Nunca levantaba la voz ni le hacía daño a nadie. Pero mi tío Tucker era todo lo contrario. Mis primos serían los primeros en hablarte de su mal carácter. Dos hombres completamente distintos, y sin embargo los dos murieron por una enfermedad cardíaca. Supongo que debería preocuparme de comer bien... —dijo con una nota de humor negro.

Nevada no iba a decirle que estaba genéticamente predispuesto a sufrir un ataque cardíaco. No era el momento de ser enfermera. Aquella noche, le estaba hablando a Linc como una mujer y como una amiga.

Tomó un sorbo de té y se atrevió a hacerle otra pregunta.

—¿Nunca te comunicas con tu madre?

Él levantó la cabeza y la miró con ojos entornados.

—¿Quién te lo ha dicho?

Nevada sintió cómo se ruborizaba.

—Marina.

Linc soltó un bufido.

—Marina es como una grabadora. No se olvida de nada, y si pulsas el botón adecuado, te lo repite todo.

Nevada dejó el tenedor en la mesa.

—Lo siento. Quizá no debería haber sacado el tema de tu madre.

—No te preocupes —murmuró él mientras devolvía la atención al plato—. No tengo nada que contar sobre mi madre. No nos hablamos.

—Oh, lo siento.

—No tienes por qué sentirlo —dijo él, mirándola de nuevo—. No tiene sentido comunicarse con una mujer que sólo es capaz de pensar en sí misma.

Dudas y preguntas de todo tipo acosaban a Nevada, pero consiguió

reprimirlas. Todas menos una.

—¿Es ésa la opinión que tienes de todas las mujeres?

Linc esbozó una sonrisa torcida.

—Tengo cosas más importantes que hacer que pensar en las mujeres.

Después de aquel sarcástico comentario, Nevada no se molestó en seguir hablando. Terminó de comer y se disculpó para levantarse de la mesa y preparar café.

Mientras esperaba a que se llenara la cafetera, se giró y descubrió que Linc había salido de la cocina. Estupendo, pensó. Le había dejado muy claro que no quería la compañía de una mujer.

La idea de que un hombre pudiera ser tan cínico e insensible la hacía hervir de furia. Pero enseguida se reprendió a sí misma por permitir que su actitud hostil la afectara. No estaba allí para hacer vida social. Ni siquiera para que Linc Ketchum le gustara como persona. Su trabajo era atender sus quemaduras y sus necesidades físicas. Y desde ese momento en adelante, aquello sería lo único que hiciera.

## Capítulo 5

UNA VEZ que el café estuvo listo, Nevada lo sirvió en dos tazas y salió de la cocina. El salón estaba vacío, de modo que se dirigió al porche para ver si Linc había vuelto a su silla favorita.

Efectivamente, allí lo encontró. Con las botas cruzadas por los tobillos y la mirada fija en la luna que se elevaba por el este.

—No sabía si te apetecería un poco de café o no, pero te he traído una taza de todos modos —le dijo ella—. Café solo.

Él giró la cabeza y a Nevada la pareció ver un destello de sorpresa en sus ojos.

—No tenías que haberte molestado. Me lo habría preparado más tarde.

—No es molestia.

Le tendió la taza, y tras asegurarse de que pudiera sujetarla se volvió hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

La pregunta la pilló totalmente desprevenida, y se detuvo para mirarlo por encima del hombro.

—Adentro. Tengo... algo que leer.

—Oh.

—Si necesitas algo, estaré en mi habitación —le dijo, y entró en la casa antes de que él pudiera decir nada más.

Estaba enfrascada en la lectura de su libro cuando el teléfono de la mesilla empezó a sonar. Dejó el libro y rodó de costado para agarrar el auricular.

—¿Diga?

—Nevada, soy Victoria. Sólo quería comprobar cómo van las cosas. ¿Está Linc contigo?

Nevada se incorporó en el lateral de la cama.

—Está fuera, en el porche. No puede oírme.

—Bien. Entonces cuéntame. ¿Te lo está poniendo muy difícil?

Nevada respiró hondo. Linc Ketchum no se parecía en nada a ningún hombre que hubiera conocido hasta entonces. Nadie la había hecho enfadarse tanto y al segundo siguiente moverla a la compasión.

—Cuando me dijiste que querías pedirme un favor, no especificaste que se trataba de un gran favor —recalcó con ironía.

—Oh, cariño. ¿Tan horrible está siendo? —preguntó Victoria con preocupación.

—No. No exactamente. Pero es... bueno, no es un hombre corriente. No diré más que eso.

Victoria suspiró.

—Tienes que entender, Nevada, que Linc no es un hombre corriente para ti. No es como los otros trabajadores solteros del T Bar K. Su única vida son sus caballos, y el incendio se la ha arrebatado. Intenta ser todo lo amable que puedas sin perder los estribos. Te prometo que recibirás una gratificación extraordinaria por esto.

Nevada frunció el ceño. No había aceptado aquel trabajo por dinero. De hecho, no quería recibir ninguna paga extra. Ya le debía demasiado a Victoria por haberle ofrecido un trabajo tan especial en la clínica.

—Eso no tiene importancia —le dijo a su jefa.

—Tonterías. Siempre has soñado con ir de vacaciones a Hawái. Cuando todo esto acabe voy a asegurarme de que tu sueño se cumple.

En cualquier otra circunstancia, Nevada se habría puesto a gritar de alegría por la perspectiva de viajar a la isla tropical. Pero no le gustaba valerse de la desgracia de Linc para conseguir su objetivo.

—Ya hablaremos de eso —dijo.

—De acuerdo. ¿Necesitas alguna cosa? ¿Algo que olvidaras llevar contigo? ¿Un libro que te enseñe a tener paciencia? —preguntó burlescamente.

Nevada no tuvo más remedio que reírse.

—Oh, no es para tanto —dijo, intentando aparentar seguridad—. Sólo es un pequeño fastidio. Y me estoy encargando de ello.

—Estupendo. Sé que lo harás muy bien, Nevada. Y sigo pensando que eres la mejor medicina para Linc.

Nevada volvió a reírse, esa vez con incredulidad.

—Parece que no conoces muy bien a tu primo. No le gustan las mujeres.

Victoria ahogó un gemido de asombro.

—¿Te lo ha dicho él?

—No me lo ha dicho con esas palabras. Pero lo ha dado a entender.

Victoria guardó silencio por unos segundos.

—Linc no confía mucho en las mujeres.

Nevada puso una mueca.

—Eso es obvio. Me... me habló un poco de su madre. Muy poco, en realidad. Pero me dijo que sólo pensaba en sí misma y que no había el menor contacto entre ellos. ¿Eso es cierto, Victoria?

Victoria volvió a guardar un largo silencio antes de responder.

—¿Linc te ha hablado de su madre?

—Sí. ¿Por qué?

—Bueno... Francamente, estoy muy sorprendida. Nunca habla de ella con nadie. Ni siquiera de una forma distante.

Nevada separó los labios en una mueca de asombro.

—No lo sabía...

—¿Se puede saber qué le has hecho?

—¡Victoria! ¿Qué clase de pregunta es ésa? ¡Yo no le he hecho nada!

Victoria se echó a reír.

—Me refiero a qué le has hecho para conseguir que te hable.

—Irritarlo, supongo.

—Pues parece que estás haciendo lo correcto. Sigue así. Y ahora dime, ¿estás cómoda en la casa? ¿Lo encontraste todo a tu gusto?

—Sí. Mi habitación es preciosa, y todo es perfecto —«salvo que el corazón se me desboca cada vez que miro a tu primo», añadió en silencio.

—Estupendo —dijo Victoria—. Entonces las dos próximas semanas no te parecerán un cautiverio.

Nevada le aseguró que no se sentía enclaustrada ni nada parecido, y durante los próximos minutos estuvieron hablando de los pacientes y los problemas de la clínica.

Finalmente, el pequeño Sam empezó a llorar y Victoria acabó la conversación para atender a su hijo.

Nevada colgó y reanudó la lectura de su libro, preguntándose cómo sería volver a casa cada noche junto a un marido y unos hijos.

Cuando se fijaba en la vida de Victoria, todo le parecía maravilloso.

Aunque Jess, el marido de Victoria, era abogado y trabajaba muchas horas al día, hacía lo posible porque el tiempo que le dedicaba a su esposa fuera especial, y ella hacía lo mismo por él. Sus hijos eran el centro de sus vidas, y cuando estaban todos juntos Nevada podía ver cómo la familia resplandecía de amor.

Pero ella sabía muy bien que los Hasting eran un caso particular. Casi todas sus amigas casadas se quejaban a menudo de peleas, discusiones, infidelidades y todo lo que ocurría cuando un hombre y una mujer compartían sus vidas.

Nevada no quería eso para ella. Ya había tenido bastante de niña, y era consciente de que la posibilidad de encontrar un amor tan especial como el que compartían Victoria y Jess era casi inexistente. No estaba dispuesta a apostar su corazón, por muy sola que estuviera.

Más tarde, después de haber leído varios capítulos de su libro, se levantó de la cama y se puso un pantalón de pijama negro y una bata blanca con ribetes negros.

Estaba cepillándose el pelo cuando oyó unos golpes en la puerta del dormitorio.

Linc estaba de pie en el umbral, con expresión disgustada y un poco avergonzada.

—¿Estabas dormida? —le preguntó.

Nevada le mostró el cepillo.

—Me estaba cepillando el pelo. Pero luego pensaba irme a la cama. ¿Necesitas algo?

Él puso una mueca, como si la pregunta le pareciera ridícula.

—¡Sí, demonios! —espetó, pero enseguida sacudió la cabeza y se disculpó—. Lo siento, Nevada. Es sólo que me siento como un completo inútil. Necesito que me ayudes a desnudarme. He conseguido quitarme las botas, pero la camisa y los vaqueros son otra cuestión. He intentado aflojarme los botones, pero los vendajes son demasiado gruesos para poder agarrar algo tan pequeño.

—Oh, Linc —dijo ella—. ¡Lo siento mucho! Había olvidado que tenías que quitarte la ropa... Y debes de estar muy cansado.

No estaba exactamente cansado, pensó Linc. De hecho, no recordaba haberse sentido nunca tan despierto y alterado. Una sensación absurda para un hombre de su edad.

—Sí. Ha sido un día muy largo —respondió, tan despreocupadamente como pudo.

—Déjame que acabe de peinarme, y si quieres esperarme en tu habitación, iré enseguida.

Él asintió, soltó una temblorosa exhalación y se dio la vuelta para volver a su dormitorio.

Se maldijo a sí mismo mientras encendía la lámpara de la mesilla. No debería sentirse tan nervioso. No sería la primera vez que una mujer lo desnudaba. Y cualquier hombre envidiaría su situación... una mujer joven y hermosa quitándole la ropa. Pero él no era como la mayoría de los hombres, y Nevada no era como la mayoría de las enfermeras.

Cuando Nevada llamó suavemente a la puerta, estaba intentando decidir si sería mejor sentarse en la cama o permanecer de pie. Dio un respingo al oír los golpes en la puerta y volvió a maldecirse en voz baja. Al fin y al cabo, ella no iba a comérselo. Y él no iba a morderla. No eran como las yeguas y los sementales que él criaba en el rancho.

—Adelante —espetó.

La habitación tenía forma de L y ella asomó la cabeza por la esquina.

—¿Preparado? —le preguntó con una sonrisa fugaz.

—No quiero dormir con la ropa puesta —le aseguró él.

Ignorando su sarcasmo, Nevada se acercó y se detuvo frente a él. La lámpara de la mesilla tenía forma de herradura y estaba recubierta por una fina pantalla de cuero crudo. La luz que proyectaba era bastante débil, pero suficiente para que Nevada pudiera ver dónde empezaban y acababan los botones de la camisa.

Alargó las manos hacia el primero y lo desabrochó rápidamente. La tela de la camisa era fresca y almidonada, en contraste con su piel cálida y suave. Intentó mantener los dedos lejos de su pecho, no sólo por el bien de Linc, sino por el suyo propio también. Pero era virtualmente imposible desabotonar la camisa sin rozarle la piel, y cada vez que lo hacía sus manos recibían una descarga eléctrica. Se preguntó si él estaría sintiendo lo mismo.

Uno, dos, tres, cuatro... Finalmente alcanzó el octavo y último botón y la camisa se abrió.

—Extiende un poco los brazos para que pueda quitarte las mangas sobre los vendajes —dijo, intentando no mirar la piel desnuda sobre el cinturón—. No quiero tocar la gasa.



Él obedeció y Nevada le apartó cuidadosamente la camisa de los hombros, dejándola caer contra la espalda. Cuando llegó a las mangas, apenas podía respirar con normalidad, horrorizada por la reacción física que estaba experimentando ante Linc. Y aunque le había asegurado que podía desnudarlo sin que se le subieran los colores, sintió cómo una ola de calor le abrasaba todo el cuerpo, incluidas las mejillas.

Linc permaneció rígido y sin apenas respirar mientras ella le retiraba lentamente la manga de un brazo y luego la otra. Cada vez que sus dedos le rozaban la piel, se le tensaban dolorosamente los músculos del cuello. Intentó pensar en otra cosa, en el tiempo, en sus caballos, en los hombres del barracón... pero en esos momentos sólo quería tocar a la mujer que tenía enfrente.

—¿No puedes darte prisa? —le preguntó con un débil gruñido—. A este paso empezarán a cantar los gallos antes de que pueda acostarme.

Ella lo miró con expresión sarcástica.

—Enseguida estarás en la cama. Además, dudo que haya un gallo en varios kilómetros a la redonda.

Él dejó escapar una áspera carcajada.

—No dejes la ventana abierta esta noche. Marina tiene dos gallos, y a los dos les gusta cantar.

—Como a todos los hombres... —murmuró ella.

—¿Cómo dices?

Ella respiró hondo.

—Nada. Dejaré las ventanas cerradas. Por cierto, ¿a qué hora te levantas?

Él la miró fijamente.

—Normalmente a las cuatro y media. Pero eso es cuando puedo trabajar. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Quieres pasearte por la casa en ropa interior? ¿O prefieres que te ayude a ponerte los pantalones?

Linc intentó disimular una mueca de desesperación. Aquel suplicio se repetiría durante varios días. Seguramente hasta que los vendajes de los dedos pudieran ser retirados. Y después de haber visto su frágil aspecto aquella noche, dudaba que eso ocurriera pronto.

Antes de que pudiera decidir qué respuesta quería darle, ella volvió a hablar.

—Quizá debería buscarte algunos pantalones holgados o de pijama. Podrías

ponértelos tú mismo y así no tendrías que soportar que te tocara —la camisa se deslizó finalmente por el brazo y ella la arrojó sobre la cama.

—¿Quién ha dicho que no quiera que me toques? —preguntó él, molesto por el comentario.

—Lo digo yo. Es obvio que estás sufriendo.

Sí, estaba sufriendo, pero no de la manera que ella creía. Linc no se había esperado nada tan íntimo y personal.

Y tampoco se había esperado que lo invadiera un deseo casi irresistible de tocarle el pelo y la piel de su rostro.

—Eres enfermera. Es tu trabajo —señaló, más para recordárselo a sí mismo que a ella.

—Así es. He hecho esto muchas veces —dijo ella mientras llevaba las manos hacia el botón de los vaqueros—. Estoy acostumbrada.

Linc ahogó un gemido, como si alguien le hubiera puesto un cuchillo en la garganta.

—Seguro que sí.

Los labios de Nevada se curvaron en una mueca y le clavó una dura mirada con sus ojos marrones.

—Ésta es la segunda vez que insinúas que soy una mujer promiscua. ¿De dónde has sacado esa idea?

—De ti. Me dijiste que tenías amigos. ¿O te entendí mal?

Ella negó con la cabeza y fijó la mirada en la bragueta de los vaqueros.

—No, no me entendiste mal. ¿No te gusta saber que tengo experiencia? De lo contrario, podría hacer un destrozo con la cremallera —añadió sarcásticamente.

Linc se dispuso a soltar un gruñido de advertencia, pero el ruido de la cremallera le hizo cerrar la boca. Aquél no era el momento para tentar su suerte, pensó. Y si ella no se apartaba pronto y se marchaba de su habitación, acabaría haciendo alguna locura, como agarrarla entre sus brazos vendados y besarla hasta dejarla sin aliento y sin palabras.

Ella tiró de los vaqueros hacia abajo y le puso una palma en mitad del pecho.

—Siéntate para que pueda quitártelos del todo —le ordenó.

Él bajó la mirada a la mano suave y bronceada que le presionaba el pecho y luego la miró a ella. Había algo en su mirada y en su manera de tocarlo que le provocaba sensaciones desconocidas hasta entonces. Y aquello le daba miedo.

Lo estaba seduciendo sin intentarlo siquiera, y él quería echarla de su habitación y que lo dejara en paz. No quería a una mujer revolucionándole las hormonas. Y menos a una que disfrutara haciéndolo.

Se sentó en la cama y Nevada agarró el dobladillo de los vaqueros para tirar de las perneras. Arrojó el pantalón sobre la camisa y dio un paso atrás, agradecida al comprobar que llevaba unos boxers blancos lo bastante holgados para ocultar la forma de su miembro.

Se aclaró la garganta e intentó adoptar el tono más profesional posible.

—¿Necesitas alguna otra cosa? ¿Puedes retirar las mantas sin mi ayuda?

—Sí —murmuró él—. Puedo hacerlo.

Ella paseó la mirada por la habitación y se fijó en las cortinas, agitadas por la brisa nocturna.

—¿Sueles dormir con la ventana abierta?

Él miró por encima del hombro para seguir la dirección de su mirada.

—Sí. En las noches frescas dejamos el barracón abierto. Pero no es necesario que apagues el aire acondicionado —le aseguró—. Estoy seguro de que te has acostumbrado a la ventilación artificial. No querría que estuvieras incómoda sólo por mí.

Si sus palabras hubieran sido sinceras, Nevada se habría sentido conmovida por su muestra de consideración. Pero el sarcasmo de su voz reflejaba la verdadera opinión que tenía de ella. La veía como a una especie de princesita mimada y melindrosa. La idea era tan ridícula que en cualquier otro momento se hubiera echado a reír.

—No me preocupo por mí —dijo tranquilamente—. Si no estás acostumbrado a dormir con corrientes de aire, acabarás pillando un resfriado. Y eso es lo último que tu cuerpo necesita en su estado actual.

A pesar de la pobre iluminación, Nevada pudo ver cómo Linc le recorría el cuerpo con la mirada. Inconscientemente, se apretó las solapas de la bata.

—Estaré bien —dijo él con voz cortante.

—Estupendo. En ese caso, buenas noches.

Se giró y se encaminó hacia la puerta, pero antes de que hubiera alcanzado la esquina, él la llamó.

Nevada se detuvo y ahogó un suspiro, preguntándose cómo se había metido en una situación tan embarazosa. Miró por encima del hombro y vio cómo él tragaba saliva. ¡Estaba tan nervioso como ella! Aquella certeza hizo que lo mirase de un modo completamente distinto, y que el corazón se le ablandara a

pesar de todos los ofensivos comentarios que él le había hecho.

—Gracias —dijo él—. Aprecio tu ayuda.

Ella se volvió ligeramente hacia él.

—Tienes una manera muy curiosa de expresar tu agradecimiento.

Él puso una mueca de disgusto.

—No esperes mucha comunicación por mi parte, Nevada. Prefiero hablarles a los caballos. Son mucho más inteligentes que las personas. Basta con unas pocas palabras para que te entiendan.

Nevada se acercó a él con curiosidad.

—¿Eso es cierto? ¿Los caballos entienden lo que les dices?

Un brillo asomó a los ojos verdes de Linc.

—Claro que entienden. En muchas ocasiones ni siquiera es necesario decirles nada. Saben lo que quieres antes que tú.

Ella sonrió tristemente.

—Debe de ser muy satisfactorio hacerse entender... Pero supongo que los animales tienen un instinto para ello. Yo no sé nada de caballos. Sólo he montado un par de veces en mi vida.

—Es una pena.

Nevada sabía que no debería estar en el dormitorio de Linc, hablando de cosas que nada tenían que ver con su estado de salud. Pero también sabía que Linc necesitaba hablar. Tenía que darse cuenta de lo positivo que era compartir sus pensamientos con otra persona.

—Algunos de mis amigos de la infancia tenían caballos, pero mi familia no podía permitirse uno. Me sentía excluida cada vez que se juntaban para salir a montar.

—¿Tu familia era pobre?

Ella asintió.

—No estábamos en la indigencia, pero no teníamos dinero para lujos.

La mirada de Linc volvió a recorrerle el rostro y los cabellos, y Nevada sintió cómo se le contraía el estómago. Era un hombre extremadamente atractivo y varonil, y ella no podía apartar los ojos de sus anchos hombros y su recio torso salpicado de vello oscuro.

—¿Cómo pudiste estudiar enfermería? —le preguntó él.

—Me pagué los estudios trabajando a media jornada. En una lavandería, en una cafetería, en una farmacia, en una aseguradora... Ese último trabajo estaba bien pagado, pero lo odiaba. Gente exigiendo el cobro de sus pólizas y

amenazando con acciones judiciales. No estaba hecho para mí. Pero al menos sirvió para pagar las facturas y las clases. Y también conseguí un par de becas para acabar la carrera.

—¿Y tus padres? ¿No te ayudaron?

Nevada negó con la cabeza.

—Mi madre tenía bastante con cuidar de sí misma. Y mi padre se marchó de casa hace mucho tiempo. De vez en cuando llama por teléfono o viene de visita, pero eso es todo —bajó la mirada a los dedos de los pies—. Siempre pensó que me cuidaría yo sola. Y siempre lo he hecho.

Linc intentó convencerse de que los logros de Nevada no eran gran cosa. No era extraño que las mujeres salieran adelante por sí solas, aunque normalmente lo hacían a una edad adulta y sobre unos cimientos sólidos. Pero Nevada lo había hecho desde que tuvo la edad suficiente para empezar a trabajar en los empleos más variopintos, y Linc la admiraba profundamente por ello, a pesar de no gustarle su lista de novios.

—Bueno... ahora no puedo hacer nada con los caballos. Pero más adelante quizá te guste montar un poco —no añadió «conmigo». Se dijo que no se lo estaba sugiriendo para pasar tiempo con ella. Quería compensarla de alguna manera, y un paseo a caballo era lo más natural para él.

Los labios de Nevada se curvaron en una lenta sonrisa, y Linc sintió el deseo de besarlos hasta que se abrieran para él.

—Supongo que ya debes estar planeando cómo vengarte de mí —bromeó ella—. Seguro que estás pensando en hacerme montar tu caballo más salvaje.

Linc no pudo evitar una sonrisa.

—No hay ningún caballo salvaje en mis cuadras. No son caballos de rodeo. Su función es trabajar con el ganado.

Se inclinó hacia la mesilla y abrió la puerta inferior. Varios libros estaban apilados en el interior, y con la mano vendada buscó entre los volúmenes hasta encontrar el que estaba buscando.

—Toma —dijo, ofreciéndole el libro a Nevada—. Quizá te resulte interesante echarle un vistazo. Y si no te gusta, tampoco pasa nada.

Nevada tomó el libro y leyó el título en voz alta.

—*El Cuarto de milla*. ¿Es ésta la raza que crías en el rancho?

Linc asintió, y ella sonrió y aferró el libro contra sus pechos.

—Gracias, Linc. Me lo llevaré a la cama conmigo.

Mientras Linc observaba cómo salía del dormitorio, se preguntó cómo sería

si en vez del libro se lo llevara a él a la cama. Pero no podía profundizar en aquel pensamiento. Porque acostarse con Nevada Ortiz era algo que nunca jamás ocurriría.

## Capítulo 6

LA mañana siguiente, cuando Nevada se levantó de la cama, lo primero que le llamó la atención fue el olor a café. Eso sólo podía significar que Linc ya se había levantado y que estaba en la cocina. No sabía cómo había conseguido hacer café con las manos vendadas, pero iba a averiguarlo enseguida.

Después de una rápida visita al cuarto de baño, se ató la bata y se puso unas zapatillas de satén, y se dirigió a la cocina esperando encontrar allí a Linc. Pero la cocina estaba vacía.

Se sirvió una taza de café con abundante crema y salió por la puerta trasera para echar un vistazo al jardín.

La imagen de Linc sentado en una silla verde la pilló por sorpresa. Un momento antes, al comprobar que no estaba en la cocina, había supuesto que estaría en el porche delantero. Linc parecía sentirse más cómodo en el exterior, y seguramente disfrutaba mucho tomándose su café de la mañana al aire libre, pero Nevada no había esperado encontrárselo en la parte trasera.

Salió al jardín con su taza de café y se acercó donde él estaba sentado con sus largas piernas extendidas. No se había molestado en ponerse el sombrero, y los primeros rayos de sol arrancaban destellos dorados en sus cabellos castaños. Llevaba puesta una camisa y unos vaqueros, ambos sin abrochar, pero de alguna manera había conseguido subirse la cremallera para sujetárselos en las caderas.

—Buenos días —lo saludó, intentando no fijarse en lo sexy que parecía. Sus anchos hombros y recia mandíbula no podían compensar su malhumor, se dijo a sí misma. Además, por lo que ella sabía, era un hombre que prefería la soledad a la compañía y a quien no le gustaban mucho las mujeres. Sería una

estupidez tener fantasías con él.

—Buenos días —respondió él.

—Siento no haberme despertado a tiempo para ayudarte a vestirme —le dijo ella—. ¿Por qué no me llamaste?

Linc la miró mientras ella se sentaba en una silla cercana. Su bata blanca se ceñía a sus curvas y su pelo negro le caía por los hombros como las hojas de una parra silvestre. Su rostro estaba desprovisto del maquillaje del día anterior, mostrando la verdadera suavidad de su piel rosada y sus largas pestañas. Sus labios le recordaron a los pétalos de rosa que su tía Amelia cultivaba en un rincón del jardín.

Nevada Ortiz era una mujer de una exquisita belleza natural, pensó Linc. Como el sol naciente en el cielo azul de Nuevo México.

—No fue necesario despertarte —dijo al cabo de un momento.

—Has estado usando mucho tus manos —lo reprendió ella—. Espero no encontrar daños en la piel cuando te cambie los vendajes esta noche, porque de lo contrario tú y yo vamos a tener problemas. No me apetece recibir una reprimenda de dos doctores.

—¿Dos doctores?

—El doctor Olstead y la doctora Hastings.

—Tranquila —dijo él con el ceño fruncido—. No he hecho presión con los dedos. Los siento mucho mejor. De hecho, creo que están más flexibles esta mañana.

Nevada lo observó sobre el borde de la taza y se sorprendió al ver su aspecto relajado. La severa expresión que había lucido casi todo el día anterior había desaparecido, y sus ojos verdes parecían mucho más amables. A Nevada la alegró ver el cambio, pero al mismo tiempo se percató del mayor riesgo que suponía para su propia tranquilidad mental.

—Estupendo. Te sorprenderás de lo rápido que vas a recuperarte. Sé que te parece llevar una eternidad con los vendajes. Pero en el futuro, cuando pienses en todo esto, te darás cuenta de que no fue para tanto. Y siempre será mejor que morir achicharrado —tomó un sorbo de café y lo miró por el rabillo del ojo—. ¿Crees que el incendio fue un accidente?

Él volvió a fruncir el ceño mientras contemplaba el amanecer sobre las colinas.

—No lo sé —admitió—. El establo fue construido en los años sesenta y había sido renovado en varias ocasiones. La instalación eléctrica se renovó el



año pasado, tan sólo. No me explico qué pudo provocar el incendio. Pero no puedo creerme que alguien prendiera fuego a las cuadras intencionadamente, con todos los caballos atrapados... —la expresión se le endureció—. Sería capaz de matar a quien hiciera algo así.

El tono de su voz era tan amenazador que Nevada lo observó con más atención. Era un hombre muy reservado, pero no parecía tener ningún escrúpulo para enfrentarse a sus enemigos, fueran quienes fueran.

—Bueno —dijo—. Estoy segura de que fue un accidente.

Se quedó callada un momento, mientras recordaba los otros sucesos acaecidos en el rancho.

—Pero el año pasado ocurrieron tantas cosas en T Bar K que cualquiera se preguntaría si está pasando algo más.

—Sí. Yo también pensé lo mismo.

Nevada siguió bebiendo su café, y durante los próximos minutos sólo se oyó el graznido de las urracas en un pino cercano.

La sensación de estar a solas con Linc en medio de las montañas era algo totalmente nuevo para Nevada. Aztec no era una gran urbe, ni mucho menos, pero había mucha más actividad que en aquel rancho perdido. A esa hora de la mañana, Nevada ya estaría de camino al trabajo, con una mano en el volante y la otra sosteniendo una taza de café. Los pacientes de todas las edades, ancianos achacosos, adultos irritados y bebés llorones, llenarían la sala de espera, y ella tendría que tratar a cada uno de ellos con paciencia y amabilidad hasta que la doctora Hasting llegara a la consulta.

Los días de Nevada eran frenéticos y llenos de trabajo. Y por la noche casi nunca se quedaba en casa viendo la televisión. Solía salir con sus amistades a cenar, a ver una película o a un concierto. En su opinión, la vida era demasiado corta y ofrecía demasiada diversión para malgastarla a solas.

Sin embargo, había algo acogedor y extremadamente íntimo en estar allí sentada al sol de la mañana, sin nada más que un pijama y una bata y con un hombre arrebatadoramente sexy a escasos centímetros. Y el hecho de que sus vaqueros y su camisa estuvieran desabrochados hacía la imagen aún más atractiva.

—Me está entrando hambre —dijo él de repente—. ¿Sabes preparar el desayuno?

Demasiado para estar tomándose su café tranquilamente, pensó Nevada con resignación. Pero no estaba allí para quedarse sentada admirando a su

paciente. Aquél era su trabajo, no una escapada romántica.

—Claro. Mi madre no sabía ni hervir agua, pero mi abuela era una cocinera estupenda y me obligaba a trabajar en la cocina desde que era una niña pequeña. Decía que a una mujer nunca le faltaría trabajo si sabía cocinar — esbozó una sonrisa irónica—. Gracias a Dios, ya dejé atrás mi empleo en el Wagon Wheel.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Linc.

—¿Trabajaste como cocinera en el Wagon Wheel?

Ella asintió y se levantó lentamente de la silla.

—Durante un año. Te dije que había trabajado en una cafetería, ¿recuerdas?

—Sí, pero no sabía que trabajaste de cocinera y que lo hiciste en el Wagon Wheel. Siempre sirven una comida deliciosa.

Ella se echó a reír.

—Gracias por el voto de confianza. Dentro de unos minutos podrás juzgar por ti mismo si aún conservo mis facultades culinarias.

Volvió a entrar en la casa y fue a su dormitorio a vestirse. No estaba dispuesta a preparar el desayuno en pijama. Eso sería típico de una esposa, y no quería hacerle creer a Linc que albergaba ilusiones matrimoniales con él ni con ningún otro hombre. Sería una situación muy embarazosa.

Se puso unos vaqueros azules y una camiseta amarilla y se ató el pelo a la nuca con una horquilla marrón de carey. Se aplicó un poco de maquillaje y corrió a la cocina para empezar con los preparativos del desayuno.

Estaba friendo el beicon y las salchichas cuando oyó cómo se abría y cerraba la puerta trasera, seguido por las pisadas de Linc acercándose más y más, hasta detenerse detrás de ella.

Su proximidad hizo que los nervios se le pusieran de punta, como si fueran virutas metálicas junto a un imán. Respiró hondo y se volvió para mirarlo.

—Enseguida estará listo —dijo, intentando no mirar su pecho desnudo y los recios abdominales que revelaba la camisa abierta—. ¿Quieres unas tortitas? ¿O prefieres huevos fritos? ¿O una tortilla, mejor?

Aquél no era el comportamiento que se había esperado en su enfermera, pensó Linc. Como si fuera un rey y pudiera tomar cuanto se le antojara. ¿Estaría intentando impresionarlo por alguna razón? Al fin y al cabo, no había ninguna necesidad de que se molestara en preparar las comidas, pues Marina estaría encantada de enviarles provisiones, especialmente por la cantidad de sobras que solían acabar en el barracón. Al cocinero no le hacía ninguna

gracia cuando los manjares de Marina aparecían en su cocina. Era muy celoso de su trabajo y no le gustaba verse eclipsado por una mujer. Pero Nevada era enfermera y no tenía obligación de preparar nada. Linc no sabía si sentirse complacido por su actitud o desconfiar de sus motivos.

—Las tortitas estarían bien. Pero... um... te agradecería que me ayudaras a abrocharme esto —dijo, señalándose la camisa.

Nevada dejó el tenedor y se acercó a él. Antes de que pudiera agarrar la camisa, el corazón empezó a latirle con fuerza y la respiración se le entrecortó.

—Lo siento —murmuró—. Debería haberme dado cuenta antes.

Linc se puso rígido cuando ella le agarró la camisa. Aquella mañana olía a madreSelva y rocío, y él se preguntó si aquellos labios rosados sabrían tan dulces y húmedos como parecían.

Se maldijo a sí mismo. No era un hombre que fuera por ahí fantaseando con una mujer o imaginándose la forma de su cuerpo bajo la ropa, pero eso era exactamente lo que estaba haciendo con Nevada. Y no sabía cómo iba a mantener la cordura pasando todo un día con ella... y mucho menos dos semanas.

—No pasa nada. Quizá dentro de poco pueda hacerlo yo mismo —dijo, deseando que fuera al día siguiente, y ahogó un gemido cuando sus pequeños dedos le rozaron involuntariamente el estómago.

Al oírlo, Nevada dejó caer las manos y dio un respingo hacia atrás.

—¿Qué pasa? ¿Te he hecho daño? —le preguntó con preocupación.

Linc gruñó en silencio.

—No. Sólo ha sido una... punzada en la mano, nada más —mintió. No quería admitir que el roce de sus dedos lo había abrasado aún más que las llamas que quemaron el establo.

—Oh, será mejor que retire la venda para echar un vistazo —sugirió ella, alargando otra vez la mano hacia la camisa.

—No, maldita sea —espetó él—. Sólo ha sido una ligera molestia. Nada de lo que preocuparse.

Pero él sí estaba preocupado, pensó. Llevaba en un estado de alteración permanente desde que Nevada apareciera el día anterior, y sólo de pensarlo se odiaba a sí mismo y a Victoria por haberle enviado a aquella mujer. Por dos centavos podría llamar a su prima y decirle que buscara a otra persona. Pero, ¿qué excusa podría darle? ¿Que aquella enfermera le resultaba demasiado

atractiva? ¿Que por primera vez en su vida había conocido a una mujer a la que no podía sacarse de la cabeza?

—De acuerdo. Pero dime si vuelve a dolerte, por favor —le pidió ella—. Y ahora, si... aspiras un poco, te abrocharé los vaqueros.

Mientras le abrochaba el botón de la cintura, Linc apartó la mirada de su cabeza y la dirigió hacia la ventana. Esa vez no podía impedir que lo tocara, y lo único que podía hacer era permanecer quieto mientras ella buscaba la cremallera, justo encima de su entrepierna.

El corazón le latía desbocado, bombeando sangre hirviente a las partes de su cuerpo que menos necesitaban calor en esos momentos.

—Si supieras cuánto odio esto, te darías prisa en acabar —le ladró finalmente—. Y no me gustaría desayunar beicon quemado.

Ella apretó los labios, le subió la cremallera de un tirón y se volvió hacia la cocina.

—¿Crees que me gusta vestirme? —murmuró mientras le daba la vuelta al beicon.

—No lo sé. ¿Te gusta?

Ella lo miró por encima del hombro, boquiabierta.

—Sigue haciéndome preguntas como ésa y tendrás que apañártelas tú solo para desayunar —le advirtió con dureza.

Él la miró en silencio por unos segundos llenos de tensión. ¿Qué demonios estaba haciendo? Se había estado esforzando para llevarse bien con aquella mujer. No había sido su intención ofenderla, ni tampoco hacerle una pregunta tan provocativa. Pero algo extraño le ocurría cada vez que ella lo tocaba. Su personalidad salía volando por la ventana y dejaba tras de sí a un paleta sin modales.

—Maldita sea, Nevada —masculló, pasándose una mano vendada por el pelo despeinado—. Dilo de una vez. Soy un paciente horrible.

Ella devolvió la atención a la sartén y sirvió el beicon en un plato.

—Olvídalo. Lo entiendo.

Pero Linc no soportaba la idea de haber herido sus sentimientos. Avanzó hacia ella y le puso las manos en los hombros.

Los vendajes le impidieron sentir el calor de su cuerpo y la suavidad de su piel, pero podía imaginarse la sensación. Y bastó para que se le hiciera un nudo en el estómago.

—¿De verdad? —le preguntó en voz baja.

Ella se giró lentamente y levantó el rostro con una mirada desafiante. Pero una extraña expresión ensombrecía sus ojos.

—Sí, eso creo. No te gusta tenerme cerca ni que te toque.

Linc intentó que la sorpresa no se reflejara en su rostro. No había esperado un comentario tan directo, ni que ella lo examinara tan a fondo.

—Escucha, Nevada, no es que no me gustes...

—Que te guste o no no tiene nada que ver —lo interrumpió ella—. No te gusta cómo te hago sentir. Y tienes miedo de que yo sienta lo mismo hacia ti.

Linc tragó saliva. Se le había formado un nudo en la garganta y el corazón seguía laténdole a un ritmo frenético.

—Ya que parece saber tanto sobre mí, dime... ¿cómo me siento?

Nevada le recorrió el rostro con la mirada y se dio cuenta de que no debería haber iniciado aquella conversación. Iba a llevarlos a confesar cosas que ninguno de los dos necesitaba oír ni sentir. Pero no podía evitar la pregunta sin parecer más tonta de lo que ya parecía.

—Creo que te parezco atractiva —dijo sinceramente.

Él arqueó lentamente sus oscuras cejas y ella se estremeció de asombro cuando las manos vendadas se deslizaron hacia su cuello y le sujetaron delicadamente el rostro.

—¿Y yo qué te parezco a ti, Nevada Ortiz?

Se lo preguntó en voz tan baja que ella apenas pudo oírlo. Pero sí lo oyó. Y no podía ignorarlo.

—Me parece un hombre muy apuesto y varonil, Linc. Y seguro que te lo han dicho muchas mujeres.

Vio cómo se le dilataban los orificios nasales y por un momento pensó que lo había vuelto a enfurecer. Pero entonces su expresión se suavizó y los pulgares vendados empezaron a acariciarle las mejillas. En el fondo de su mente, Nevada se dio cuenta de que deseaba sentir el roce de su piel contra la suya, sin las vendas interponiéndose entre ellos. Quería saber cómo sería estar en sus brazos y ser besada por sus labios.

—¿Todos tus pacientes te parecen lo mismo que yo?

Nevada esbozó una ligera sonrisa.

—Nunca había tenido un paciente como tú.

Fue el turno de Linc para sonreír.

—¿Qué significa eso? ¿Que sigues intentando halagarme?

—Nunca ha sido mi intención halagarte. Sólo intento responder a tus

preguntas.

—Claro.

Lo dijo con una voz cargada de escepticismo, pero aunque Nevada quería apartarse de él y acabar con aquella conversación sin sentido, sus piernas se negaban a obedecer.

—Es la verdad —dijo, humedeciéndose los labios—. He atendido a muchos pacientes, pero todos estaban ingresados en un hospital o una clínica, guardando reposo o con alguna invalidez. Ninguno era tan fuerte y varonil como tú.

Cuanto más hablaba, más coloradas se ponían sus mejillas. Su rubor sorprendió a Linc. Había admitido que había tenido muchos novios. No podía sentirse avergonzada por hablar de las relaciones íntimas entre un hombre y una mujer.

—¿Así es como me ves?

La mezcla de deseo y miedo le atenazaba la garganta, y el roce de sus manos en la cara bastaba para provocarle estragos en su interior. ¿Qué pasaría si intentaba algo más?

—Déjalo ya, Linc. No puedo ser tu enfermera si sigues con esto. No funcionará.

—No, no funcionará —murmuró él—. Pero intenté decírtelo ayer. Deberías haberte subido a tu coche y alejado de aquí cuando te lo dije.

Su mirada se concentró en sus labios, y Nevada sintió cómo se le derretían los huesos.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó con voz muy débil.

—¿Qué crees que voy a hacer? —preguntó él.

—¿Buscarte a otra enfermera para que me sustituya?

—Es demasiado tarde para eso... Y demasiado tarde para esto también.

Nevada vio cómo inclinaba la cabeza hacia ella, pero no podía creer que fuera a besarla... hasta que sintió el roce de sus labios.

El contacto fue como una cerilla encendiéndose en una habitación a oscuras. El espacio que los rodeaba pareció iluminarse, y pequeñas llamas chisporrotearon sobre sus labios mientras la boca de Linc la dominaba y exploraba hasta dejarla sin aliento.

En mitad del beso, las manos de Linc abandonaron su rostro y se desplazaron hasta su trasero. Nevada se tambaleó ligeramente cuando tiró de ella hacia él y la rodeó con sus brazos. Sus pechos entraron en contacto y

Nevada se sintió invadida por un incontenible arrebató de rodearle el cuello con los brazos y aferrarse a él para siempre. Sintió que la cocina se desvanecía y que empezaba a flotar en una nube de terciopelo, cuando el repentino sonido del teléfono los hizo separarse de un salto.

Se miraron el uno al otro en silencio, hasta que Linc se dio la vuelta y agarró torpemente el auricular de la pared.

Nevada respiró hondo y se volvió hacia la sartén. Gracias a Dios había apagado el fuego para no quemar las salchichas. Al volver a encenderlo, se dio cuenta de que las manos le estaban temblando y de que no conseguía llenarse de aire los pulmones. ¿Qué le había hecho aquel hombre? No era la primera vez que la besaban. O al menos eso creía ella. Al parecer, ninguno de sus pretendientes se había percatado de la poca química que había entre ellos. Y eso era todo lo que había entre ella y Linc, se convenció a sí misma. Química. Pura química sexual y nada más. Él era un macho en celo, y su libido también la excitaba sexualmente a ella.

—Era Marina —dijo él al colgar el teléfono—. Quería saber si tenía que traernos el desayuno.

Nevada se preguntó cómo podía mostrarse tan tranquilo cuando a ella le vibraba todo el cuerpo. Seguramente porque él no sentía lo mismo que ella. Tal vez el beso sólo había sido un impulso del que ahora se arrepentía.

—¿Qué le has dicho? —le preguntó, odiando su propia voz.

—Que no se moleste y que tú ya estabas preparando algo, aunque todavía no sabía lo que era.

Durante los minutos siguientes Nevada se ocupó de freír los huevos en otra sartén, sin pensar en la insinuación. Cuando finalmente se dio cuenta de que Linc no se había estado refiriendo al desayuno, se dio la vuelta para dirigirle unas cuantas palabras bien escogidas. Pero la cocina estaba vacía.

Respiró aliviada. No necesitaba enzarzarse en otra guerra dialéctica con él. Y tampoco necesitaba volver a besarlo.

Pero deseaba hacerlo. Y aún peor... seguro que él lo sabía.

## Capítulo 7

ROSS llegó poco después de que hubieran acabado de desayunar. Los dos primos se sentaron en el porche delantero a tomar café mientras Nevada limpiaba la cocina e intentaba convencerse de que todo iba a salir bien.

Durante el desayuno, ninguno de los dos había mencionado el beso, y tal vez fuera mejor así. Quizá si se comportaban como si nada hubiera ocurrido, podrían olvidarlo y seguir adelante.

Y ella tenía que seguir adelante con el trabajo que tenía entre manos. Porque Linc no era un hombre al que le interesara tener ningún tipo de relación con ella. Ni siquiera le gustaban las mujeres. Nevada no necesitaba echar a perder su vida dedicándose a un hombre al que le resultaba indiferente.

En el porche, Linc intentaba escuchar lo que Ross le contaba sobre la feria de ganado a la que había acudido el día anterior en Farmington. Normalmente estaría muy interesado por el ganado y los caballos que había en venta, pero aquel día apenas podía prestar atención. Había sido un idiota al besar a Nevada, y ni siquiera sabía por qué lo había hecho. Lo único que sabía era que había querido besarla desde que ella salió de su coche y lo encaró con las manos en las caderas. Ahora sería una verdadera tortura mantener las distancias. Pero no tenía otra opción. Las quemaduras no eran nada comparadas con el sufrimiento que podría provocarle aquella enfermera.

—Linc, ¿estás seguro de que te encuentras bien?

Giró la cabeza y vio a Ross examinándolo con ojos entornados.

—Por supuesto. O al menos lo estaría si pudiera quitarme estos malditos vendajes y ponerme a trabajar.

Ross bajó la mirada a los brazos y manos vendados.

—Sí. Supongo que debe de ser un suplicio —dijo, sonriendo



maliciosamente—. Pero no creo que fuese tan malo tener a Bella haciéndolo todo por mí. Bañándome, ayudándome a vestirme... —se interrumpió bruscamente cuando Linc desvió la mirada hacia las montañas lejanas—. Oh, de modo que es eso lo que te molesta. No te gusta que la señorita Ortiz se ocupe de algo tan personal.

Linc miró furioso a su primo.

—¿Acaso te gustaría a ti?

Ross se echó a reír.

—¿Ésa es una pregunta trampa? Hace tiempo me habría encantado, pero ahora soy hombre de una sola mujer. Y tú también lo serás, Linc. Un día de éstos, antes de que seas demasiado viejo para hacer el amor con una mujer.

Linc se levantó de la silla y se acercó a uno de los postes que soportaba el tejado del porche. Apoyó el hombro en la madera y miró hacia la casa del rancho, donde sus padres habían vivido juntos tiempo atrás.

—No sabes de lo que estás hablando, Ross. Ese tipo de cosas no me interesan en absoluto. Ni ahora ni nunca. Lo sabes muy bien.

—No, no lo sé. Lo que sé es que te estás perdiendo la vida. Y nunca he entendido por qué.

Linc miró a Ross por encima del hombro.

—¿Para eso has venido? ¿Para intentar psicoanalizarme? Porque si es así, ya te puedes ir largando. No necesito tu terapia para nada.

—Claro que no... Está claro que tu mente funciona de maravilla —replicó Ross con sarcasmo—. Creía que Nevada te habría sacado de ese pozo en el que estás metido, pero ya veo que no ha hecho ningún progreso hasta ahora. Pobre mujer... Como sigas así, acabará arrancándote los vendajes antes de tiempo.

Linc abrió la boca para responderle, pero la cerró de golpe al darse cuenta de que sus protestas sólo servirían para darle la razón a Ross. Se bajó el ala del sombrero y cambió de tema.

—¿Compraste ayer los suplementos vitamínicos? No quiero que ninguna yegua se quede sin ellos.

—Sí. Veinte sacos. Todos los que había en el almacén.

—¿Skinny se está quedando por las noches con la señorita Lori?

—Sí. Y está agotado.

Skinny era el vaquero más viejo del T Bar K, y a excepción de Marina, había trabajado en el rancho durante más tiempo que cualquier otro. Linc sabía

que el hombre tenía casi setenta años y que necesitaba descansar, pero sólo confiaba en él, y en sí mismo, para cuidar a la joven yegua.

—¿Crees que no lo sé? —espetó—. Pero, ¿qué demonios puedo hacer? Hay un ochenta por ciento de probabilidades de que la señorita Lori se ponga a parir por la noche. Y a falta de un veterinario Skinny y yo somos los únicos que podemos atenderla. Es joven y será su primer potro. Skinny estará atento y sabrá lo que hay que hacer.

Ross suspiró profundamente y se levantó para acercarse a Linc.

—Escucha, Linc, ya sé que echas de menos a los caballos...

—¿Lo sabes? —lo interrumpió Linc bruscamente—. Dudo que sepas hasta qué punto —añadió en tono más suave—. Los caballos son mi vida.

Ross guardó silencio durante unos segundos y puso la mano en el hombro de Linc.

—Quizá éste sea un buen momento para pensar en ello.

Sorprendido por el comentario de su primo, Linc se volvió hacia él, pero Ross ya estaba caminando hacia su camioneta.

—Te veré mañana —se despidió por encima del hombro.

Linc levantó la mano en un gesto de despedida mientras Ross le daba la vuelta a la camioneta para regresar al rancho. Deseaba desesperadamente acompañar a su primo al trabajo. A esa hora de la mañana el rancho estaría tranquilo, pero en breve los corrales y establos bullirían con la actividad de los vaqueros y animales. Zahones de ante con flecos sobre los vaqueros. Espuelas tintineando, fieltro empapado de sudor, crines al viento y el polvo mezclándose con los olores del desayuno. Aquélla era la hora del día que más le gustaba. Cuando todo empezaba de nuevo y él iba de un extremo a otro de las cuadras, acariciando los hocicos de los caballos y susurrando palabras amables. Amaba esa vida con cada fibra de su ser. Y aunque Ross pretendiera entender lo que sentía, no podía saber hasta qué punto llegaba la devoción de Linc por el rancho o por los caballos. Al fin y al cabo, Ross tenía a Bella, y su mujer se había convertido en el amor de su vida, sustituyendo al T Bar K.

A la hora del almuerzo, Nevada seguía llena por el copioso desayuno, pero aun así le preparó a Linc un cuenco de sopa de verduras y un sándwich de ternera.

Mientras él comía, ella se ocupó de otros menesteres en su dormitorio. Pero cuando oyó cómo volvía a salir al porche, salió de la habitación y lo interceptó en la puerta principal.

—No te molestes en volver a sentarte en el porche —le dijo—. Ya has descansado bastante por hoy.

Él la miró furioso.

—Puede que seas mi enfermera, Nevada, pero no vas a decirme dónde y cuándo puedo sentarme.

Ligeramente irritada, Nevada le clavó un dedo en el pecho.

—Tienes razón en lo primero, socio. Soy tu enfermera y por tanto has de seguir mis órdenes. No eres un hombre enfermo; simplemente, no puedes usar las manos... todavía —respiró hondo y retrocedió un paso—. Y si tienes la esperanza de volver a trabajar algún día, necesitarás hacer un poco de ejercicio.

Él esbozó una sonrisa irónica.

—Estoy seguro de que una chica como tú sabe la clase de ejercicio que necesito.

Una chica como ella... Linc Ketchum no sabía nada de su vida privada, y ella no se imaginaba de dónde había sacado la idea de que era una mujer promiscua o algo peor. Hasta donde ella sabía, tener amigos no era algo denigrante ni inmoral. Pero no estaba dispuesta a defenderse o darle explicaciones a aquel hombre. Que pensara lo que quisiera. Ella se marcharía de allí muy pronto y él podría descargar su malhumor en otra persona.

—La verdad es que sí.

Linc arqueó las cejas y ella entrelazó el brazo con el suyo y tiró de él hacia la puerta.

—¿Qué haces?

—Vamos a dar un paseo —respondió ella.

—¿Un paseo? —exclamó él—. Y un cuerno. No somos dos chicos bajándose del autobús de la escuela ni tú necesitas ayuda para llevar los libros, así que puedes salir a pasear tú sola y dejarme a mí en paz.

Ella frunció los labios en una mueca desaprobatoria.

—Entonces ¿prefieres quedarte aquí sentado y ponerte fofó y débil? Le prometí al doctor Olstead...

—Oh, está bien, está bien —concedió él—. Vamos. Pero es una estupidez. Un hombre no camina. No cuando puede montar a caballo o conducir una camioneta.

—Cosas que no puedes hacer en este momento —observó ella dulcemente.

—Te gusta recordármelo, ¿verdad?

La expresión de Nevada se tornó seria mientras lo hacía bajar los escalones.

—No necesito recordarte tu estado. Ya te compadece demasiado de ti mismo sin que nadie lo haga por ti.

Linc se detuvo y la miró fijamente.

—¿Que me compadezco de mí mismo? Jamás he sentido compasión por mí.

—¿En serio?

—Sí, completamente.

—Mmm. Hace unos minutos, cuando estaba en la cocina, me pareció oír cómo le levantabas la voz a Ross. ¿Es así como hablas normalmente con él?

Linc apretó los labios.

—No, pero...

—Te sientes frustrado porque no puedes ir a trabajar con él, ¿verdad?

—Eso es —murmuró él. También se sentía frustrado porque cada vez que la miraba a la cara quería besarla y saborear la dulzura de sus labios. Pero eso no era culpa de Nevada. Ni tampoco tenía la culpa de los malditos vendajes. Linc no podía seguir pagando su irritación con cualquiera que se cruzara en su camino. Y menos con aquella mujer, quien sólo estaba allí para ayudarlo. Si su padre pudiera verlo ahora, se avergonzaría del comportamiento de su hijo. El propio Linc estaba avergonzado.

—¿Te ayuda estar siempre tan enfadado? —le preguntó ella.

Una expresión avergonzada cruzó el rostro de Linc, antes de negar con la cabeza.

—Lo siento, Nevada. Parece que lo único que he hecho desde que llegaste es gruñir y luego intentar disculparme. De verdad que no me compadezco de mí mismo. Sé que estaré bien en unos días, y estoy muy agradecido por ello. Pero...

En vez de acabar la frase, le apretó el brazo con los dedos vendados y la hizo avanzar.

Nevada caminó a su lado, esperando que continuara hablando. Pero Linc permaneció en silencio.

—Estás agradecido. Pero... ¿Pero qué?

Él respiró hondo y levantó el rostro hacia el cielo. Nubes grises empezaban a nublar el horizonte, y Linc las observó con atención. Normalmente las tormentas no empezaban hasta julio, por lo que el buen tiempo debería continuar hasta que regresaran del paseo.

Volvió a mirar a Nevada.

—¿De verdad quieres saberlo?

Ella asintió.

—Por eso te lo he preguntado.

Él se encogió de hombros y volvió a detenerse.

—Muy bien, Nevada. Voy a ser sincero contigo. Odio ser incapaz de trabajar y de cuidar de mí mismo. Pero no es eso lo que realmente me fastidia. Eres tú.

A Nevada no debería haberla sorprendido su confesión. No después de lo que había ocurrido en la cocina aquella mañana. Aun así, no se había esperado que Linc fuera tan claro y directo con ella, y se sintió más afectada de lo que quería admitir.

—Lo siento —dijo con voz tensa. Y lo decía en serio. A pesar del mal humor de Linc, a ella le gustaba. Respetaba todas las cosas que había hecho en su vida y los valores por los que se regía—. No quiero causarte más problemas de los que ya tienes.

Él cerró los ojos por un momento y Nevada aprovechó la oportunidad para fijarse en sus labios y recordar su beso. Nunca había sentido nada igual, y aunque era lo bastante lista para no repetirlo, ansiaba ladear la cabeza y ofrecerle su boca.

—Nevada, ya sé que me he comportado como un cretino. Y no te culparía si fueras a decirle a Victoria que su primo es un monstruo.

Apartó la mirada de ella y, por primera vez desde que se conocieron, a Nevada le pareció estar viendo al ser humano que era, en vez de a la bestia que había intentado asustarla. Parecía estar invadido por una profunda inquietud, y por algo más que parecía una necesidad desesperada.

Con mucho cuidado, le tocó el brazo sobre el vendaje.

—No tienes por qué ser tan duro contigo mismo, Linc. Lo entiendo. De verdad que lo entiendo —le dijo con voz suave.

Él soltó un gruñido.

—Eres muy joven. ¿Cómo puedes entenderlo?

Ella tragó saliva cuando sus miradas se encontraron.

—Porque cuando me besaste tuve miedo

Una mezcla de incredulidad y remordimiento cruzó el rostro de Linc, quien alargó una mano para tocarle la mejilla.

—Nevada, nunca tuve intención de asustarte. Ni siquiera recuerdo cuándo

fue la última vez que besé a una mujer. Supongo que he olvidado cómo tratar a las mujeres.

Ella sacudió la cabeza y respiró profundamente.

—No me asustaste, Linc. No como tú piensas. Tenía miedo porque me gustó... mucho.

Durante los instantes siguientes, el silencio sólo fue interrumpido por la brisa que susurraba entre los árboles y el graznido de una urraca. Nevada se preguntó qué se le estaría pasando a Linc por la cabeza. Seguramente pensaba que era una mujer promiscua.

Fuera lo que fuera, no importaba. Lo único importante era que Linc se recuperase lo antes posible y ella pudiera marcharse de aquel rancho con su corazón ileso.

—A mí también me gustó.

La suavidad de su voz la sorprendió incluso más que sus palabras, y se atrevió a mirarlo por encima del hombro.

—Pero no volverá a pasar —declaró ella con firmeza.

—No. No tengo ningún interés en mantener una relación con una mujer. Y estoy seguro de que tú también tienes tus propios planes.

No tenía ningún plan serio, y mucho menos con un hombre, pensó ella. Pero no quiso darle explicaciones. A Linc no le importaban sus planes. Sólo intentaba prepararse para soportar las próximas dos semanas viviendo con una enfermera.

—Desde luego —murmuró, esforzándose por esbozar una sonrisa y ocultar su desazón—. ¿Estás listo para caminar un poco? Ya sé que no te apetece, pero te vendrá bien. Y me gustaría conocer los alrededores. ¿Hay algún sendero por aquí que podamos seguir?

Él asintió, visiblemente aliviado.

—Hay un camino que sale de la parte trasera de la casa. No está en muy buen estado, pero la vista es muy bonita.

—Estupendo —dijo ella alegremente—. Vamos.

Linc le miró los pies, sorprendido al ver que se había cambiado las sandalias por unas botas negras.

—Llevas botas de vaquero.

Ella se echó a reír.

—Pues claro. Puede que no sea una vaquera, pero me gusta la moda del Oeste. Y estas botas son muy buenas para caminar. Tienen suelas que se

agarran perfectamente.

—Bien —dijo él con una débil sonrisa, y la llevó hacia el sendero.

El camino que Linc recordaba estaba tan cubierto por la maleza que les costó unos minutos encontrarlo. Pero finalmente descubrieron una vereda cubierta de agujas de pino y hojas de álamos. Los primeros metros discurrían entre las piedras y la densa vegetación, pero luego el paisaje cambiaba bruscamente al iniciarse el descenso por la ladera de la montaña.

—¿Seguro que quieres continuar? —preguntó Linc mientras ella lo seguía de cerca—. Aquí empieza a ponerse difícil, y luego se pondrá aún peor. Parece que la lluvia ha creado barrancos muy traicioneros.

Las piedras y la grava habían provocado que Nevada resbalara más de una vez, pero no estaba dispuesta a dar media vuelta. La vista que los rodeaba era cada vez más espectacular.

—No me preocupa —le aseguró—. ¿Adónde conduce este sendero?

—Hace muchos años que no recorro este camino, pero recuerdo que termina en un prado. Un poco más abajo hay un sitio donde siempre me detenía antes de llegar al prado. De niño solía ir allí a ser yo mismo.

Nevada apartó la mirada del camino para echar un vistazo a su amplia espalda y largas piernas. ¿Cómo habría sido de niño?, se preguntó. La muerte de su padre debía de haberlo afectado mucho. Pero la pérdida de un ser querido era algo que no podía evitarse. Lo más preocupante era que, según Marina, Darla Ketchum había abandonado a su hijo al quedarse viuda.

—Parece que nunca has sido una persona muy sociable.

—La verdad es que no. Me gustan las personas, pero también me gusta estar solo.

—Veo que no te pareces en nada a tu primo Ross. Nunca tuve la oportunidad de conocer a su hermano Hugh antes de que muriera. Y sólo he visto a Seth en un par de ocasiones. ¿Eres como alguno de ellos?

Linc negó con la cabeza.

—Quizá me parezca un poco a Hugh. Era un tipo muy tranquilo.

Pero a pesar de su corta vida, Hugh había tenido tiempo de casarse y de ser padre, pensó Nevada. Aparte de sus primos, Linc no parecía tener otros parientes cercanos. Y dormir con los trabajadores del rancho no era la idea que Nevada tenía sobre un hogar.

Él la miró por encima del hombro.

—¿Y tú, Nevada? ¿No tienes hermanos?

Ella sacudió la cabeza.

—No. Después de tenerme a mí, mi madre sufrió unos problemas que le impidieron tener más hijos. Me habría encantado tener un hermano o una hermana. A veces es muy triste ser hija única. Pero bueno, mi madre es el tipo de mujer que no necesitaba más hijos. Y creo que ni siquiera me necesitaba a mí —añadió en tono abatido.

Linc se detuvo y se volvió para mirarla.

—Esa acusación es muy grave.

—No tanto. Sólo estoy siendo realista. Como ya te he dicho, mi madre tuvo muchos problemas con mi padre, quien no era precisamente el mejor hombre en el mundo.

Apartó la mirada y descubrió que se sentía avergonzada por confesarle todo aquello a aquel hombre. Hablar de sus padres era difícil, incluso con sus conocidos de toda la vida.

—Abusó de ella en muchos aspectos.

La tristeza cubrió los ojos de Linc.

—Lo siento, Nevada.

Ella se encogió de hombros y volvió a mirarlo.

—Yo también. Pero fue hace mucho tiempo y ahora intento que no me afecte. Mi padre siguió su camino y mi madre el suyo. Al menos se acabaron las peleas, los gritos, los engaños y las amenazas. Nunca...

Su expresión volvió a ensombrecerse.

—¿Nunca qué? —la acució Linc, sorprendiéndose por sentir curiosidad.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Nada —dijo con una ligera sonrisa—. Nunca querría volver a pasar por eso.

Linc asintió y se dio la vuelta para reanudar la marcha. Mientras caminaba, no pudo evitar pensar en sus propios padres y en lo mucho que una parte de la historia de Nevada se parecía a la suya.

Aún podía oír las amenazas y las exigencias que su madre le profería a su padre. Incluso ahora, cuando una mujer levantaba la voz en presencia de Linc, se estremecía por dentro. De ninguna manera se sometería a sí mismo o a un niño a una angustia semejante.

—Lo entiendo.

—¿Lo entiendes? —preguntó ella—. Me cuesta creerlo. A ti te educó una buena familia.



—Incluso las buenas familias tienen problemas, Nevada.

Ella se estaba preguntando lo que había querido decir con aquel comentario cuando el bosque que los rodeaba se abrió al borde de un escarpado precipicio.

Linc se detuvo y se volvió hacia ella.

—El terreno está tan erosionado que no sé si deberíamos seguir.

Nevada miró a su alrededor. A su izquierda había un pequeño bosquecillo de abetos, troncos caídos y pedruscos cubiertos de musgo. A su derecha, cien metros de caída libre hasta el próximo saliente de la montaña.

—¿Es éste el lugar al que venías de niño?

—No. Está un poco más lejos —dijo él. Se acercó a ella y la agarró del brazo—. Vamos. Creo que deberíamos regresar.

—Pero yo quiero verlo. Y no me caeré —le aseguró ella—. Mis pisadas son tan seguras como las de una mula.

Linc sacudió la cabeza.

—Eso es lo más absurdo que he oído. Se supone que yo soy el paciente y que tú eres la enfermera. ¿Qué estamos haciendo aquí, al borde de un precipicio?

Ella sonrió.

—¿Estás cansado?

—Claro que no. Pero...

—Yo soy la enfermera y me estoy asegurando de que hagas un poco de ejercicio. Y por lo que puedo ver, parece que aún no has tenido bastante.

Linc no pudo evitar una carcajada.

—¿Eres siempre así?

—¿Así cómo?

Los ojos de Linc se entornaron en una mueca de regocijo.

—¿Eres siempre tan alegre y aventurera?

Era tan delicioso oírlo reírse que Nevada se sintió como si estuviera flotando en una nube, en vez de estar en un pedregoso sendero.

—Casi siempre. Es mucho más divertido que estar triste y enfadado —la tarde era calurosa y Nevada se secó el sudor de la frente con el antebrazo—. ¿Alguna vez has sido feliz, Linc?

Él volvió a reírse y Nevada se dio cuenta de que aquel sonido tan agradable podía crearle adicción. Era una risa profunda y masculina, como los rasgos de su rostro curtido.

—¿Te refieres a si siempre he sido un maldito gruñón?

La sonrisa de Nevada fue tan tímida y encantadora que Linc descubrió de repente lo agradable que era pasear con ella por el bosque. Nunca había hecho algo semejante con una mujer, y aquel paseo le estaba gustando mucho más de lo que jamás se hubiera imaginado.

—Yo no he usado esas palabras. Has sido tú —le recordó ella.

Él se encogió de hombros y apartó la mirada, mientras la realidad de su vida volvía a invadir sus pensamientos. No estaba seguro de saber lo que era la felicidad. Pero una cosa sí sabía con seguridad: no era el mismo hombre acosado y derrotado que había sido su padre.

—Normalmente soy feliz, Nevada. Y eso es todo lo que un hombre puede esperar.

Una breve sonrisa asomó a los labios de Nevada.

—Bueno, supongo que es lo mismo que puede esperar una mujer —se adelantó y lo agarró con cuidado de la mano vendada—. Pero sería aún más feliz si me llevaras a ese sitio donde solías ir de niño a soñar despierto.

Linc sintió algo cálido en su interior y tuvo que reconocer que se alegraba de que Nevada lo hubiera sacado de su acritud, y que los dos hubieran podido hacer las paces.

—De acuerdo. Seguiremos bajando. Pero agárrate a mi mano. No quiero que te despeñes.

Nevada negó tristemente con la cabeza.

—No puedo. Si me resbalo, intentarías sujetarme y eso no sería bueno para la piel de tus dedos. Pero no te preocupes por mí, Linc. Como ya te he dicho...

—Tus pisadas son tan seguras como las de una mula —la interrumpió él—. E igual de testaruda, también —le dio la espalda y se señaló el cinturón—. Agárrate a las presillas del pantalón. Y no discutas. El siguiente tramo es muy peligroso.

Nevada entrelazó los dedos en las presillas de los vaqueros, pensando que nada podría ser más peligroso que las extrañas emociones que empezaban a recorrerla. Linc Ketchum era su paciente. No podía sentir nada por él, salvo la preocupación propia de una enfermera por su bienestar. Pero la escalofriante verdad era que a cada paso se sentía más hipnotizada por él, y la única duda era cuánto tiempo pasaría hasta que perdiera su corazón por completo.

## Capítulo 8

LINC NO había exagerado sobre los peligros del camino. El sendero se había reducido a una estrecha y serpenteante cornisa. En muchos lugares la tierra había cedido en enormes grietas. Podía verse el suelo rocoso al fondo, pero Nevada intentaba no mirar abajo y se concentraba en poner un pie delante del otro.

En más de una ocasión durante el peligroso descenso, quiso agarrarse a la cintura de Linc como si la vida le fuera en ello. Pero pensó que a él no le haría ninguna gracia un contacto tan íntimo. Y después de la tregua que habían alcanzado, ella no quería hacerle pensar que intentaba remover las brasas que había dejado el beso.

Por suerte, el sendero se ensanchó de repente y volvieron a pisar suelo más seguro. El sonido del agua llamó la atención de Nevada, quien vio una pequeña cascada a su izquierda, sobre un borde de piedra rojiza. El agua caía desde una altura de tres metros a un estanque de superficie cristalina rodeado de piedras y troncos caídos.

—¡Oh, es precioso! —exclamó—. ¿De dónde sale el agua? En verano ya se ha derretido toda la nieve.

Él señaló hacia un resquicio en la pared rocosa.

—Hay un manantial allí arriba. Hasta donde yo sé, nunca se ha secado.

Fascinada, Nevada soltó el cinturón de Linc y se acercó a la cascada.

—No sé mucho sobre la naturaleza, pero no creo que sea muy corriente encontrar un manantial en un clima tan árido. No es que sea un clima desértico, pero tampoco estamos en una zona tropical.

Linc se acercó a ella.

—Tienes razón. Creo que es algo excepcional. Nunca he descubierto ningún

otro manantial en los miles de acres del rancho.

Ella ladeó la cabeza para mirarlo, y a Linc le dio un vuelco el estómago al ver el brillo de placer en sus ojos.

—Es maravilloso, Linc —dijo Nevada—. Gracias por traerme aquí —miró a su alrededor buscando un sitio para sentarse—. ¿Podemos descansar unos minutos antes de volver? Me temo que aún me queda mucho para ser una cabra montesa.

—Claro. Pero no te acerques demasiado al borde del precipicio. Dudo que nadie pudiera sobrevivir a una caída desde tanta altura. Ni siquiera una cabra montesa.

A unos metros de distancia, había un tronco caído junto a la pared rocosa, y Linc lo señaló con la mano.

—Vamos a sentarnos ahí.

Ella asintió y los dos se acomodaron en el tronco de pino. Nevada suspiró de placer y estiró las piernas mientras se secaba el sudor de las sienes.

—Nunca imaginé que hubiera un lugar como éste por aquí —dijo, contemplando la preciosa vista que se extendía ante ellos—. Desde aquí se puede ver el prado y las vacas. ¿Podemos ver los caballos también?

Linc se echó hacia atrás el sombrero negro.

—No. Varios de los caballos están pastando ahora, pero están en otra parte del rancho.

—¿Cuántos caballos tiene el rancho? —preguntó ella con curiosidad.

—Creo que unos doscientos diez.

—Guau... Ésos son muchos caballos.

—Bastantes —corroboró él—. Y sin incluir a las yeguas de cría ni los potros.

—¿Por qué tantos caballos? —preguntó ella, pero enseguida lo miró con una expresión de disculpa—. Lo siento, Linc. Ya sé que mis preguntas te parecen tontas. No sé nada sobre los ranchos, pero me resulta un tema muy interesante.

La mirada de Linc se posó en su rostro, y por un segundo Nevada creyó percibir un atisbo de sorpresa en sus ojos. Pero enseguida apartó la mirada y ella perdió la oportunidad de analizar su expresión.

—Tenemos tantos caballos porque el T Bar K sigue haciendo las cosas igual que se hacían hace sesenta o sesenta y cinco años. No verás helicópteros ni todoterrenos reemplazando a los caballos por aquí. Nuestros vaqueros lo

hacen todo a lomos de sus monturas. Es una tradición que seguirá viva mientras haya un Ketchum en esta tierra.

Su declaración revelaba mucho sobre sus sentimientos por aquel rancho y cuánto significaba para él su herencia. Era un rasgo que Nevada encontraba admirable. Casi todos los hombres que conocía no mostraban el menor interés por su pasado ni sus raíces. Pero algunos eran como ella; sus raíces estaban podridas.

—Háblame de este lugar —le pidió—. ¿Cómo empezó?

Él volvió a mirarla y esa vez lo hizo con el ceño fruncido.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Claro. ¿Por qué te lo preguntaría si no? El T Bar K es muy grande y famoso, pero desconozco su historia.

Tal vez estaba realmente interesada, pensó Linc. O tal vez sólo estaba fingiendo para adularlo un poco.

Se maldijo a sí mismo por pensar de aquella manera. ¿Por qué iba a querer adularlo? No quería nada de él. Y no necesitaba halagarlo para conseguir su atención. Lo único que tenía que hacer era desabrocharle la camisa para conseguir que se derritiera como un copo de nieve al sol.

—Bueno... todo empezó con mi padre, Randolph, y su hermano Tucker. Los dos nacieron y se criaron en Texas. Su padre, Nate, era un importante ganadero, dueño de un rancho cerca de Goliad que había pasado de generación en generación. Era una tierra muy rica y valía una fortuna.

Nevada ya estaba completamente cautivada por el relato.

—Oh, entonces ¿por qué se vinieron a Nuevo México?

Él sacudió la cabeza con una mueca de regocijo.

—Creía que las enfermeras tenían más paciencia...

—Está bien. Sigue. Te prometo que no interrumpiré más.

—Mis primos y yo hemos oído muchas historias de nuestros padres. Pero no estamos seguros de lo que pasó realmente. Todos pensamos que no querían que supiéramos la verdad del asunto.

—Mmm. ¿Por qué pensáis eso?

Linc metió las manos vendadas entre las rodillas y perdió la vista en la distancia.

—No lo sé. Creemos que ocurrió algo escandaloso, pero tuvo que ser después de que Nate tuviera problemas económicos y empezara a vender sus terrenos. Fue durante los años de la Depresión, y la tierra no valía mucho.

Randolf y Tucker apenas eran unos críos, pero recordaban que fueron tiempos muy duros. Finalmente, Nate consiguió recuperarse de alguna manera, y al empezar la guerra volvió a haber una gran demanda de ganado. Empezó a enriquecerse y volvió a comprar la tierra que había vendido.

—Parece que las cosas empezaron a ir bien —comentó Nevada.

—Demasiado bien, diría yo —dijo él con una mueca—. Cuanto más dinero se tiene, más problemas aparecen. En cualquier caso, y aquí es donde la historia se vuelve más turbia, nuestra abuela, Sarah, sorprendió a Nate engañándola con otra mujer. Y...

—¿Engañándola? ¿Pero no eran muy mayores?

—Supongo que algunos hombres nunca son demasiado mayores para eso. Finalmente, Sarah exigió el divorcio y su mitad del negocio.

—A ver si lo adivino —dijo Nevada—. Nate se negó.

Linc asintió.

—Creo que el rancho se convirtió en un infierno después de eso. Un día, nuestro abuelo apareció muerto en un bosquecillo de huisaches. Le habían pegado un tiro.

Nevada se quedó horrorizada.

—Oh, no... ¿Qué ocurrió? ¿Lo sabes?

Linc negó tristemente con la cabeza.

—La gente pensó que Sarah le había disparado y que le había pedido a su amante que escondiera el cuerpo.

Nevada no podía creerse lo que estaba oyendo.

—¿Ella también tenía un amante?

La expresión de Linc reflejó su disgusto.

—Sí. Supongo que para vengarse. ¿No te parece maravilloso descender de una familia tan buena y cariñosa? —preguntó con sarcasmo.

Así que los padres de Linc no habían sido los únicos con problemas conyugales, pensó Nevada. No era extraño que Linc tuviera tan mal concepto de las relaciones entre hombres y mujeres. Seguramente pensaba que todos los matrimonios estaban tan corrompidos como los de sus abuelos y sus padres.

Quería decirle que no era así, que había parejas casadas que se profesaban amor verdadero y para siempre. Sólo tenía que fijarse en sus primos. Pero no dijo nada. Sería una hipocresía por su parte, después de haberse prometido a sí misma que sería una mujer libre e independiente.

—¿Qué le pasó a Sarah? ¿La acusaron por la muerte de su marido?

—No. Al parecer, no se encontraron pruebas suficientes. Así que, después de que enterraran a Nate, Randolph y Tucker decidieron que no querían recibir ninguna parte del rancho. Le dijeron a Sarah que podía quedarse con todo y se marcharon.

Fue el turno de Nevada para negar tristemente con la cabeza.

—Creían que ella había matado a su padre.

—¿Acaso tú no lo crees? —preguntó él, aparentemente sorprendido.

—¿Cómo podría saberlo sin conocer todos los hechos? No se pueden sacar conclusiones tan precipitadamente. Podrías estar equivocado.

—Ya me he equivocado otras veces y no es tan grave. Es mejor equivocarse con una persona que estar muerto. Si Noah Rider nos oyera ahora, estaría de acuerdo con lo que digo.

Noah Rider era un viejo capataz que había sido asesinado en el T Bar K dos años antes. Su cuerpo había sido descubierto en el cauce seco de un arroyo, a varios kilómetros de la casa del rancho. El suceso había suscitado un gran interés, y el marido de Victoria, Jess, había recibido un disparo que casi le costó la vida mientras investigaba el crimen. Nevada recordaba lo difíciles que habían sido aquellos momentos para la familia Ketchum. Pero parecía que los problemas no eran nada nuevo para el clan.

—Así que tu padre y tu tío se vinieron aquí y fundaron este rancho —comentó en voz alta—. ¿De dónde sacaron el dinero para construirlo?

Linc sacudió ligeramente la cabeza mientras miraba el horizonte.

—Ésa es otra parte de la historia que tampoco está muy clara. Mi padre siempre me dijo que él y su hermano recibieron una compensación de su madre. La familia de Sarah poseía muchos pozos petrolíferos y ella les había dado a sus dos hijos una parte de los beneficios. Pero Tucker contaba una versión muy distinta. Decía que el dinero empleado en construir el rancho había pertenecido a Nate, y que cuando se marcharon de Texas se llevaron una parte de los bienes de su padre.

—Qué extraño que sus historias fueran tan distintas —dijo Nevada—. ¿A quién crees más? ¿A tu padre?

Linc asintió.

—No sólo porque fuera mi padre —explicó—. Sino también porque Tucker siempre estaba exagerando. En cualquier caso, ya no importa. Levantaron este rancho de la nada y nosotros lo heredamos.

Nevada estaba fascinada por la historia, y mientras reflexionaba sobre todo

lo que Linc le había contado, se dio cuenta de que había muchas preguntas que le hubiera gustado hacerle de su familia. Sobre todo en relación a la madre de Linc. ¿Qué papel había jugado en todo aquello? ¿También ella había venido desde Texas?

Pero no quería echar a perder la deliciosa paz que reinaba entre ellos, de modo que se guardó las preguntas para sí misma. Si Linc quería hablar de su madre alguna vez, tendría que ser él quien sacara el tema.

Vio cómo Linc levantaba la vista hacia el cielo y siguió su ejemplo. Las nubes grises empezaban a arremolinarse sobre sus cabezas.

—¿Son nubes de lluvia? —preguntó—. Porque si es así, podemos tener problemas. Hay media hora de camino hasta la casa.

Linc siguió observando el cielo.

—Creo que vamos a tener problemas. Y no sé si deberíamos regresar ahora mismo o buscar algún refugio por aquí.

—¿Un refugio? —repitió ella, mirando a su alrededor. Salvo un enebro solitario que sobresalía entre las rocas, no venía nada que pudiera protegerlos de la lluvia y los rayos—. ¿Dónde vamos a refugiarnos?

Linc se levantó y señaló la cascada.

—Ésta es una de las cosas que siempre me ha fascinado de este lugar. ¿Alguna vez has visto una de esas películas donde los bandidos se esconden en una cueva oculta tras la cascada?

Nevada asintió.

—Claro. Como todo el mundo. Pero no me digas que hay una cueva detrás de esa cascada. Me parece increíble.

Él la agarró del brazo.

—Vamos. Te la enseñaré.

Tiró de ella hacia la cascada, pero ella se resistió.

—¡Linc! No puedes mojarte los vendajes. Volvamos a casa.

Él fue a decir algo, pero en ese momento se oyó un fuerte trueno que retumbó en la pared de la montaña.

Nevada dio un salto hacia el costado de Linc y lo agarró instintivamente del brazo, por encima de los vendajes.

—¿Qué vamos a hacer? No quiero que me chamusque un rayo.

—Ni yo —dijo él—. Ya me he chamuscado bastante —bajó la mirada hacia ella—. No tenemos elección. Vamos a mojarnos por la lluvia o por la cascada. Al menos en la cueva estaremos protegidos de los rayos.



Nevada asintió, y justo entonces un rayo desgarró el aire e impactó en un árbol cercano, prendiéndolo en llamas.

Linc agarró rápidamente a Nevada de la mano.

—¡Vamos!

Nevada no volvió a protestar mientras corrían hacia la cascada.

—Agacha la cabeza —le advirtió él—. La cueva tiene el techo muy bajo.

Ella obedeció y los dos atravesaron la cortina de agua helada. Una vez al otro lado, Nevada vio que estaban en una hendidura natural en la pared rocosa. El espacio era minúsculo, pero serviría para protegerlos de los rayos mortales que azotaban aquella parte del oeste.

—No es ninguna suite, pero al menos está seco —dijo Linc mientras se movían hacia el fondo.

—Gracias a Dios —exclamó Nevada—. Nunca me habría imaginado que había una cueva tras la cascada.

—Sentémonos —sugirió él—. La tormenta puede durar bastante.

Apenas había espacio para los dos, por lo que tuvieron que sentarse pegados el uno al otro y con las rodillas flexionadas.

—Lo siento, Linc —dijo Nevada mientras se secaba el agua que le goteaba del pelo—. Cuando insistí en que saliéramos a dar un paseo, no sabía que acabaríamos así.

—Olvídalo. Además, es mejor que estar encerrado en la casa o sentado en el porche.

—Lo sé. Pero sería horrible que, después de haber sobrevivido a un incendio, murieras fulminado por un rayo porque tu enfermera se empeñó en sacarte a pasear bajo una tormenta. Nadie querría contratarme después de eso...

Él la miró con expresión divertida.

—¿Crees que Victoria te despediría si eso ocurriera?

—Sin duda. Tú eres su héroe.

Linc no respondió a eso. Los cumplidos de cualquier tipo lo hacían sentirse incómodo, ya tenía bastantes problemas por estar confinado en aquella cueva con Nevada, con sus hombros, brazos y piernas presionados unos contra otros. El calor que desprendían sus cuerpos empezaba a caldear el diminuto espacio, haciéndolo sudar bajo la camisa. O quizá fuera el deseo de volver a besarla... En cualquier caso, confiaba y deseaba que la tormenta acabara pronto.

—Apenas se puede ver nada a través de la cascada, pero parece que está

lloviendo —dijo Nevada, entornando los ojos.

Linc dividía su atención entre la abertura de la cueva y el rostro de Nevada, a escasos centímetros del suyo. Su piel era tan suave como la seda más pura, y un lozano tono rosado cubría sus mejillas. Sus negros cabellos se rizaban contra la oreja y la sien, para luego caer en relucientes ondas sobre el hombro.

Era una mujer sana y hermosa, y Linc intentó convencerse de que su belleza natural era la única razón por la que quería besarla y tocarla en sus lugares más íntimos.

Ahogó un gemido de desesperación e intentó hablar con normalidad.

—Está diluviando. Puedo oírlo.

Ella escudriñó la cortina de agua que caía a un metro de ellos y miró a Linc.

—¿De verdad?

Él abrió la boca para responder, pero en ese momento otro rayo impactó en el exterior de la cueva. El trueno estremeció la montaña como los temblores posteriores de una explosión. Antes de que Nevada pudiera pensar en lo que hacía, soltó un chillido y giró la cabeza hacia el hombro de Linc.

—Oh, Dios mío... ¡Vamos a morir!

Linc la rodeó instintivamente con sus brazos y la apretó contra él.

—Shhh. No tengas miedo —la consoló con voz suave—. Sólo son truenos. Los rayos no pueden alcanzarnos aquí.

—¿Estás seguro? —preguntó ella, echando la cabeza hacia atrás para mirarlo—. ¡Estamos sentados sobre piedra! ¡Y muy cerca del agua!

—Sí, pero al menos no estamos al descubierto. No pienses en lo peor. Piensa simplemente que todo habrá acabado en unos minutos.

Antes de que ella pudiera responder, otro rayo rasgó el cielo y explotó en algún lugar sobre sus cabezas. Nevada enterró el rostro en el hombro de Linc, y él bajó la mirada a su cabeza y se dio cuenta de que no sabía cómo tranquilizar a una mujer aterrorizada. Las pocas veces que había estado en compañía de una mujer no implicaban situaciones como aquélla. Pero se imaginó que Nevada no se diferenciaba de una potranca nerviosa que necesitaba el contacto de una mano amable, así que empezó a acariciarle el pelo con los dedos.

—No te asustes, pequeña —le murmuró contra la sien—. No voy a dejar que te ocurra nada.

Normalmente, Nevada no se asustaba por las tormentas. Los rayos eran muy frecuentes en aquella parte del país. Pero nunca se había visto sorprendida por

una tormenta al aire libre. Y mucho menos perdida en las montañas, donde todo podía ser el blanco de los rayos.

Pero confiaba en Linc para mantenerlos a salvo, y la seguridad que le proporcionaban sus fuertes brazos estaba consiguiendo calmarla. El calor de su cuerpo la invadía, y su fragancia varonil seducía lentamente sus sentidos.

Al cabo de unos momentos, empezó a olvidarse de los rayos y truenos. Estar pegada a Linc le provocaba toda clase de reacciones en su cuerpo, y se dio cuenta de que deseaba apartar el rostro de su hombro y buscarle los labios.

Pero los dos habían jurado mantener una relación estrictamente profesional, y ella tenía que mantener su parte de la promesa, por mucho que quisiera romperla.

Finalmente, oyó que Linc le susurraba al oído.

—Creo que la tormenta se está alejando.

Nevada se removió en sus brazos y levantó la cabeza para mirar hacia la abertura. A través de la cascada se podía ver que el cielo empezaba a despejarse. Era hora de separarse de Linc.

—Eh... parece que lo peor ha pasado. Supongo que deberíamos salir de aquí —dijo, mientras se atrevía a mirarlo.

En el momento en que sus miradas se encontraron, a Nevada le dio un vuelco el estómago y el corazón se le desbocó.

—Sí... supongo que sí —dijo él en voz baja.

Nevada se humedeció los labios, y la mirada de Linc se posó en ellos.

—Siento haberme comportado como una gallina histérica —dijo, pero no lamentaba estar allí, en sus brazos, con el cuerpo apretado contra el suyo. Le parecía el lugar perfecto para estar, y tenía que reprimirse para no rodearle el cuello con los brazos y rozarle la mejilla con la suya.

—Es normal tener miedo de los rayos. No te sientas mal por haberte asustado —una sonrisa curvó sus labios mientras le acariciaba el rostro con su mano vendada—. ¿Estás bien ya? ¿Te sientes capaz de volver a casa?

A casa... De repente aquella palabra adquiría un nuevo significado para Nevada. Nunca había sentido que tuviera un hogar verdadero, pero con Linc empezaba a imaginarse cómo sería, y la idea era tan atractiva que la asustaba más de lo que quería admitir.

—Claro. Deja que me levante...

—Espera. Te ayudaré —dijo él, y antes de que ella pudiera moverse, se puso en pie y le tendió la mano.

Nevada negó con la cabeza.

—Linc, te olvidas de que no puedes hacer presión con las manos.

—Maldita sea, ¿quieres olvidarte por un minuto de mis quemaduras y dejar que te ayude? —espetó él.

Ella hizo lo que le pedía, pero no le permitió tirar de su peso más de lo necesario. Una vez que estuvo en pie, se dispuso a rodearlo para atravesar la cascada, pero él la detuvo con una mano en la cintura.

Nevada lo miró e intentó no pensar que estaban cara a cara y con las caderas en contacto.

Una ligera sonrisa asomó a los labios de Linc.

—Gracias por hacerme salir a pasear. Me ha hecho darme cuenta de que no me pasa nada que no pueda curarse en unos días.

Ella le sonrió.

—Entonces parece que los dos nos hemos hecho sentirnos mejor el uno al otro.

La mano de Linc se movió sobre sus costillas, y a Nevada le pareció que la pequeña cueva se quedaba sin oxígeno de repente.

—Eh... será mejor que nos vayamos —dijo bruscamente.

La mano se detuvo sobre su cintura, y durante unos momentos Nevada lo miró en silencio, viendo cómo se le oscurecía la expresión y cómo se dilataban sus orificios nasales. Se dio cuenta de que necesitaba que la besara tanto como quería besarlo. El corazón le dio un vuelco y levantó inconscientemente las manos para posarlas en el pecho de Linc.

—Nevada...

—¿Qué?

Él le soltó la cintura y la agarró por el brazo.

—Nada —respondió secamente—. Salgamos de aquí antes de que haga alguna estupidez.

La sacó de la cueva y Nevada lo siguió a la cornisa. Todo estaba mojado, pero el sol empezaba a asomarse entre las nubes.

—Mira, Linc —dijo Nevada, observando el cielo—. Hay un arco iris sobre nosotros. ¿Verdad que es precioso? —miró a Linc y sonrió—. ¿Sabías que un arco iris es la promesa de un futuro mejor?

—Siempre creí que representaba la ingenuidad de las personas al perseguir cosas que nunca podrán tener.

—Pero qué cínico eres —dijo ella con un gemido juguetón—. ¿No crees en

la magia de las cosas, aunque sólo sea un poquito?

Normalmente, Linc habría respondido que no sin dudarlo. Pero eso era antes de haber tenido a Nevada entre sus brazos. Antes de haber saboreado sus labios y haberse sentido como si flotara en una nube mágica donde lo único que importaba era hacer el amor con ella.

Irritado consigo mismo, la hizo girarse hacia el sendero embarrado.

—Será mejor que volvamos antes de que Marina llegue con la cena y se lleve un susto por no encontrarnos.

La expresión de felicidad por el arco iris se borró rápidamente del rostro de Nevada, y empezó a subir por el sendero.

Tras ella, Linc se odiaba a sí mismo por ser un cobarde. Por no ser capaz de reconocer lo mucho que deseaba hacer el amor con ella. Pero el recuerdo de su madre marchándose para no volver nunca más bastaba para hacerle guardar las distancias.

## Capítulo 9

**D**URANTE los tres días siguientes, Nevada y Linc siguieron una especie de rutina. Linc había solucionado el problema de la ducha, haciendo que uno de los trabajadores del rancho viniera a ayudarlo con la tarea, lo que también eximía a Nevada de la necesidad de ayudarlo a vestirse por las mañanas. Ella se encargaba de preparar el desayuno, y por las tardes le cambiaba las vendas y lo obligaba a hacer un poco de ejercicio.

Los paseos eran simples recorridos por el camino, sin alejarse mucho de la casa. Nevada no se ofreció a acompañarlo y él no la invitó a hacerlo, lo que seguramente era lo mejor. Los dos se estaban esforzando por aparentar una indiferencia mutua, y cada vez era más difícil.

Por la noche, después de la cena que Marina se encargaba de llevarles, cada uno seguía su rutina hasta la hora de acostarse, cuando Linc tendría que sufrir la tortura de desnudarse él solo una y otra vez.

Nevada tenía los nervios a flor de piel. Había leído más libros que en toda su vida, y la idea de tener una televisión cada vez le parecía más atractiva.

En cuanto a Linc, Nevada no sabía cómo estaría pasando el tiempo. A veces podía oírlo en el porche delantero, hablando con Ross o con algún trabajador del rancho. Los últimos dos días había ido a visitarlos un viejo llamado Skinny.

El primer día, Linc había llamado a Nevada para que lo conociera. Aquello la sorprendió bastante, pues Linc no se había molestado en presentarle a ningún otro de los trabajadores. El hecho de que quisiera presentarle a Skinny significaba que el viejo era muy importante para él. A Nevada le causó muy buena impresión. Tenía unos ojos azules y brillantes y era obvio que adoraba a Linc.

En cuanto a ella, Nevada había dejado de intentar engañarse a sí misma. Ella también adoraba a Linc, pero aún le quedaba el suficiente sentido común para callarse sus sentimientos.

El teléfono interrumpió sus divagaciones. Se levantó del sillón en el salón y corrió a la cocina.

—Nevada, soy Victoria. Estoy en la casa del rancho y he pensado en ir a hacerte una rápida visita. ¿Estás ocupada?

Nevada se echó a reír.

—¿Ocupada? ¿Qué podría estar haciendo? Esto es como estar en un funeral.

—Pobrecita... Seguro que te estás subiendo por las paredes.

—No exactamente.

—Bueno, enseguida podrás contármelo. Además, tengo que decirle a Linc que el doctor Olstead quiere verlo mañana a las once.

—Siempre tienes mucho que contar —comentó Nevada—. ¿Están los bebés contigo?

—Prepárate, porque están los dos conmigo —dijo Victoria, riéndose—. Será mejor que le consigas a Linc unos tapones para los oídos antes de que llegue.

Colgó y Nevada fue a buscar a su paciente.

Después de mirar en el porche y en el jardín trasero, finalmente lo encontró en su dormitorio, leyendo un libro. Estaba recostado contra la cabecera de la cama, sobre un par de almohadas en la espalda y con las piernas cruzadas por los tobillos. No se había molestado en quitarse las botas, y Nevada agradeció que no hubiera estado caminando sobre el estiércol.

La puerta estaba abierta, pero aun así llamó ligeramente con los nudillos en el marco.

—Siento molestarte, Linc, pero acaba de llamar Victoria. Viene para acá a verte... a vernos.

Linc se levantó y miró su reloj de pulsera con el ceño fruncido.

—¿Cómo es que no está en el trabajo a estas horas de la tarde?

—No se lo he preguntado. Seguramente la está sustituyendo el doctor Martínez. Prepararé un poco de café antes de que llegue.

Volvió corriendo a la cocina para preparar algo de comer. La cafetera estaba casi llena, y las famosas galletas de Marina estaban servidas en una bandeja cuando se oyó el coche de Victoria deteniéndose frente a la casa. Nevada se dirigió hacia la puerta principal para recibir a su jefa y amiga,

oyendo los alegres chillidos de Katrina y de Sam.

Al salir al porche, vio que Linc ya había salido a darles la bienvenida y que había conseguido subirse al pequeño Sam a la espalda, mientras Katrina saltaba impacientemente a su lado.

—Yo también quiero montar, tío Linc. Déjame montar —suplicaba.

—El tío Linc no puede cargar contigo ahora —le dijo Victoria a su hija, mientras el pequeño grupo se dirigía hacia la casa—. Ni siquiera debería llevar a Sam. Ve a buscar a la tía Nevada, vamos.

Nevada aprovechó para salir y llamar a la niña de cabellos dorados.

—¡Aquí estoy, Katrina!

Katrina soltó un grito de entusiasmo y corrió hacia Nevada para lanzarse en sus brazos.

Nevada se echó a reír y levantó a la niña de tres años y medio en el aire. Luego la volvió a dejar en el suelo y le dio un beso sonoro en la mejilla.

—¡Hola, tía Nevada! ¡Qué bien hueles! ¡Y qué guapa estás! ¿Crees que estoy guapa? Mamá me compró un vestido nuevo —se levantó la falda rosada por los costados y se giró sobre las puntas de los pies.

Nevada volvió a besarla en la mejilla.

—Oh, ojalá tuviera un vestido como éste. Eres la niña más bonita del mundo.

Katrina se volvió con una amplia sonrisa hacia los otros dos adultos que habían alcanzado el porche.

—¡Mamá, tío Linc! Nevada dice que soy la chica más bonita del mundo.

—Desde luego que lo eres —le dijo Linc a su sobrina mientras se agachaba para que Sam desmontara. El pequeño de negros cabellos sólo tenía un año, pero se mantenía en perfecto equilibrio sobre sus pies. Linc había predicho que el crío triunfaría en los rodeos, pero Victoria se oponía rotundamente a que su hijo se dedicara a un deporte tan peligroso. Incluso se ponía nerviosa cuando Jess se llevaba al pequeño a montar en su dócil caballo.

—No —dijo Katrina—. Yo sólo soy bonita. Nevada es preciosa.

Nevada volvió a reírse y le dio a la niña un cachete cariñoso en el trasero.

—Creo que tienes mucha imaginación, jovencita.

Mientras Katrina se reía y bailaba, Sam se separó de Linc y caminó hasta Nevada con los brazos extendidos.

—Nada. ¡Aiba, Nada!

Nevada se agachó y levantó al pequeño en sus brazos.



—Vamos por una galleta. ¿Quieres, Sam?

—¡Sí! —gritó el niño, con tanto entusiasmo que los adultos se echaron a reír.

Nevada se llevó al pequeño a la casa, seguida por Katrina y los otros dos adultos. En la cocina, Victoria acomodó a los niños en la mesa, con leche y galletas mientras Nevada servía café recién hecho para los demás.

—¿Por qué no estás trabajando? —le preguntó Linc a su prima.

Victoria se sentó junto a Sam.

—Tenía que ocuparme de unos asuntos personales. El doctor Martínez me está sustituyendo —miró a Nevada—. No le hizo ninguna gracia descubrir que no estabas trabajando en la clínica. Cree que no puede hacer nada sin ti.

Nevada frunció el ceño.

—Eres más exagerada que tu hija.

—Oh, pues creo que tú le gustas. Pero es demasiado tímido para decirte nada —comentó Victoria.

Linc apoyó la cadera contra la encimera y vio cómo Nevada se sentaba frente a su prima. Al ver cómo sus mejillas se cubrían de rubor, pensó que cuando Nevada se marchara de allí sería una presa fácil para cualquier hombre. La idea lo inquietó e irritó bastante, pero intentó convencerse de que la vida privada de Nevada no era asunto suyo.

—El doctor Martínez es demasiado mayor para Nevada, ¿no te parece? —le preguntó a su prima.

Victoria se volvió hacia él.

—No es mucho mayor que tú, Linc. Y es un hombre muy atractivo. Si yo estuviera en el lugar de Nevada, me sentiría halagada por recibir su atención.

—No digas tonterías, Victoria. No necesito que me busques un novio. Ya tengo a muchos hombres que quieren salir conmigo. Además, si alguna vez tuviéramos una cita, sería muy embarazoso volver a trabajar con él.

—Sí, eso es verdad —corroboró Victoria—. Y es cierto lo que dices. Ya tienes a bastantes hombres deseando que les concedas una cita sin que te busque a otro... Aunque sea un médico rico y apuesto.

—¿Para eso has venido? —espetó Linc—. ¿Sólo para hablar de los novios de Nevada?

Victoria miró boquiabierta a su primo, sorprendida por aquella reacción.

—¿Hay algún problema?

Linc se sintió repentinamente como un idiota. Frunció el ceño y se acercó a

la mesa para agarrar una galleta.

—No —respondió, sin molestarse en dar más explicaciones. ¿Cómo podía explicar aquel arrebatado de celos, cuando ni siquiera él mismo lo entendía?

Victoria siguió mirándolo fijamente.

—Bueno, la verdad es que no he venido para hablar de nada con Nevada. He venido para verte a ti y para comprobar cómo sigue tu recuperación. Nevada me ha dicho que estás de mejor humor, pero empiezo a pensar que sólo me lo dijo para tranquilizarme.

El pequeño Sam se había comido su galleta y se dedicaba a ponerse las migajas en lo alto de la cabeza. Su hermana se reía históricamente y lo animaba a seguir haciéndolo.

Nevada aprovechó las travesuras de los niños para levantarse de la mesa y llevárselos afuera.

—Vamos a buscar flores —le dijo a Victoria—. Tú quédate con Linc.

Mientras salía con los dos críos de la cocina, Linc se acercó a la mesa y se sentó frente a su prima.

Victoria dejó escapar un suspiro de disgusto.

—Enhorabuena. Has conseguido ahuyentarla sin apenas esfuerzo.

Linc levantó las manos vendadas en un gesto de impotencia.

—Yo no la he ahuyentado. ¿Por qué eres tan dura conmigo?

—Porque te lo mereces. Quería ver a mi primo Linc, y en vez de eso me encuentro con... Oh, olvídale. Al fin y al cabo sólo eres un hombre.

Sacó una tarjeta blanca del bolsillo de la camisa y la dejó sobre la mesa.

Linc la ignoró.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Jess y tú tenéis problemas?

Victoria se echó a reír.

—En absoluto. ¿Cómo puedes pensar algo así?

Linc desvió la mirada hacia la ventana, por donde podía ver a Nevada retozando con Sam y Katrina.

—A veces sucede —murmuró—. En todos los matrimonios.

—A nosotros no. Nunca. De hecho, estamos pensando en tener otro hijo.

Linc giró bruscamente la cabeza y la miró con una expresión de perplejidad.

—¡Otro hijo! ¡Pero si ya tenéis dos! ¡Y Sam es muy pequeño todavía!

Ella se encogió de hombros con expresión soñadora.

—Cierto. Pero no tenemos por qué ponernos límites, ¿no crees? Puede que queramos tener cuatro, cinco o seis.

Linc sacudió la cabeza.

—Los niños están muy bien. Pero no entiendo esa necesidad por tener más. Dan mucho trabajo.

Victoria le sonrió.

—Igual que tus potros. Pero no lo entenderás hasta que seas padre, Linc.

Él volvió a apartar la mirada, y a pesar de sí mismo, se sorprendió contemplando la imagen de Nevada recogiendo flores con los niños.

—Eso no pasará nunca —murmuró.

Pasaron unos momentos de silencio, hasta que sintió la mano de Victoria en su brazo.

—¿Por qué, Linc? —le preguntó con voz suave—. ¿Sabes? Cada mes, cada año que pasa, rezo porque alguien especial aparezca en tu vida.

Las emociones le formaron un nudo en la garganta. Intentó tragar saliva y miró a su prima.

—No malgastes tus oraciones en mí. Ya sabes lo que opino al respecto.

—No, no lo sé. Sé que nunca has superado que tu madre volviera a casarse y se marchara, pero...

—No quiero hablar de ella, Victoria. Ahora no.

Victoria suspiró y empujó la tarjeta hacia él.

—Ésta es tu cita para mañana. El doctor Olstead quiere cerciorarse de que tu estado está evolucionando favorablemente desde que abandonaste el hospital.

Linc podría haberle confirmado que sus manos y brazos estaban sanando bien, pero el trauma que sentía por dentro era otra historia. Desde que estuvo con Nevada en la cueva se sentía como un hombre distinto. Cuando la miraba, ya no sólo deseaba hacer el amor con ella, sino también cuidarla y protegerla. Quería verla sonreír una y otra vez, y sentir cómo lo contagiaba su alegría y felicidad.

Nunca había sentido nada parecido a lo que sentía ahora, y necesitaba desesperadamente que el doctor Olstead le curara su estado mental además de sus brazos.

—De acuerdo. ¿Me llevará Nevada a la clínica, o vas a enviar a alguien del rancho?

Victoria frunció el ceño.

—Te llevará Nevada, naturalmente. No hay ningún hombre en el rancho que quiera visitar la consulta de un médico.

—Sí, supongo que tienes razón —concedió él, e inclinó la cabeza para observar el jardín—. A Sam y Katrina parece gustarles mucho Nevada.

Una cálida sonrisa iluminó el rostro de Victoria.

—La quieren como si fuera su tía, y ella es muy buena con ellos —la expresión se le ensombreció—. Es una lástima que no quiera ser madre. Adora a los niños y sería una madre maravillosa. Pero cada uno tiene que enfrentarse a sus propios demonios, supongo.

Sorprendido por el comentario de Victoria, Linc observó a Nevada con expresión pensativa.

—¿Qué mujer no tendría demonios con una lista tan larga como la que debe de tener Nevada? —dijo. La idea de que cambiara de hombre como él cambiaba de camisa le resultaba aborrecible. No quería ser el siguiente al que estrujara y pusiera a secar.

—Oh, Linc —se quejó Victoria, sacudiendo la cabeza—. Estás muy equivocado si piensas que...

Linc la miró con ojos entornados.

—¿Qué? ¿Qué ibas a decir? —le exigió saber.

Victoria volvió a sacudir la cabeza y se levantó para llevar la taza vacía al fregadero.

—Nada. Si quieres saber algo personal sobre Nevada, tendrás que preguntárselo tú mismo.

Cosa que no estaba dispuesto a hacer, pensó Linc. Tal vez hubiera cometido un error al besarla, pero desde entonces había guardado las distancias y no había hablado con ella de nada íntimo ni personal. La soledad de los tres últimos días había sido infernal, pero podía superarlo. Era mucho mejor estar solo que con el corazón destrozado.

La cita con el doctor Olstead era a las once de la mañana, y los dos salieron con tiempo suficiente para hacer el trayecto sin prisas. Era la primera vez que Nevada volvía al pueblo desde que llegó al rancho, y miraba a su alrededor con renovado interés.

—Es curioso cómo todo te parece nuevo cuando pasas un tiempo fuera.

—Supongo que lo echas de menos —dijo él.

Nevada negó con la cabeza mientras metía el coche en el aparcamiento de la clínica.

—La verdad es que me sorprende lo poco que lo he echado de menos. A veces echo en falta una televisión, pero aparte de eso, me encanta la casa de tus padres.

La casa de sus padres... Linc nunca había pensado en la casa de aquella manera. Para él, era la casa de su padre. Darla no había formado parte de ella. Siempre había despreciado al rancho.

—Me sigo quedando con el barracón —dijo él.

Nevada intentó disimular su decepción.

—Supongo que echarás de menos a tus amigos —le dijo con una sonrisa—. Los hombres os cansáis pronto de las charlas femeninas, y por desgracia no puedo hablar de caballos contigo. Espero que el doctor Olstead te dé buenas noticias y puedas volver pronto al trabajo.

Agarró el bolso y metió las llaves del coche. Junto a ella, Linc se desabrochó el cinturón de seguridad y la agarró de la mano antes de que pudiera abrir la puerta.

—¿Sí? —le preguntó ella.

Él puso una mueca y desvió la mirada, pero aun así Nevada pudo ver que algo lo preocupaba. Tenía la mandíbula tensa y los labios apretados. Odiaba verlo así. Sobre todo cuando le había mostrado un atisbo del hombre tan atento que solía ser.

—Eh... lo que dije hace un momento sobre el barracón... No te lo tomes como algo personal. Me has prestado una gran ayuda... pero me siento más cómodo con los hombres, eso es todo.

Por alguna razón, aquellas palabras, pronunciadas con voz vacilante y entrecortada, la entristecieron más que nada de lo que pudiera recordar. Le rodeó los dedos con los suyos y lo apretó suavemente.

—Lo entiendo, Linc. No tienes por qué darme explicaciones. Todo habrá acabado dentro de poco. Y me alegro por ti.

Pero no podía imaginarse cómo se sentiría cuando volviera a su solitario apartamento. Ya no habría más desayunos juntos. Ya no volverían a compartir puestas de sol en el porche. Ya no volvería a ayudarlo a vestirse ni a cambiarle los vendajes. Muy pronto su relación con Linc habría acabado y ella podría volver a su vida normal y olvidarse de aquel hombre de voz triste y ojos anhelantes.

—Será mejor que entremos —dijo, mirando su reloj—. Ya casi es la hora de tu cita.

La clínica estaba llena de pacientes, sobre todo mujeres embarazadas y niños pequeños. Nevada los miró y se preguntó si alguna vez se sentiría lo bastante segura con alguien para formar una familia. Por su parte, Linc agarró una revista e ignoró a todo el mundo, incluida Nevada.

No pasó mucho tiempo hasta que la enfermera pronunció el nombre de Linc y lo hizo pasar a la consulta del doctor Olstead. Nevada lo acompañó. No porque él se lo hubiera pedido, sino porque era su enfermera particular y podría ayudarlo mejor si oía lo que el doctor tenía que decir. Intentó ignorar el deseo que la invadía por estar con él. Como una esposa acompañando a su marido enfermo, pensó con pesar.

Y cuando la enfermera del doctor Olstead empezó a quitarle los vendajes, Nevada tuvo que reprimir el impulso de apartar a la otra mujer y hacerse cargo de la tarea ella misma.

Pero no tenía ningún derecho ni ningún motivo para hacerlo, de modo que se sentó en una silla de plástico en un rincón mientras la enfermera y el médico examinaban los brazos y manos de Linc.

Treinta minutos después, volvían a salir del edificio, y mientras caminaban hacia el coche de Nevada, Linc esbozó una de sus raras sonrisas.

—Gracias a Dios que ya ha pasado —dijo con alivio.

—El parte médico ha sido muy bueno.

—Gracias a ti.

Ella rechazó el halago con un bufido.

—Cualquiera puede ocuparse de unas quemaduras. No ha sido nada.

Marchó por delante de él en dirección al coche, y por un momento Linc se quedó mirándola con expresión pensativa. No sabía qué había provocado aquel cambio tan extraño en ella, pero algo la había alejado de él, como si le resultara indiferente. Y se dio cuenta de que no le gustaba. Quería recuperar su calor y su sonrisa. Pero entonces se recordó que no merecía las virtudes de Nevada. No cuando su comportamiento había sido el propio de un cretino que no sabía lo que quería.

—¿Ocurre algo, Nevada? —le preguntó al subirse al coche.

Ella le lanzó una mirada fugaz y arrancó el motor.

—No, nada. ¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Pareces un poco distante.

La mano de Nevada se detuvo sobre la palanca de cambios.

—¿Y? No creo que eso te moleste.

Metió la marcha atrás y el coche se puso en movimiento.

—El doctor Olstead ha dicho que puedo ir al rancho a ver los caballos — dijo él.

—Sólo si mantienes las distancias —le recordó ella.

—Sí. Bueno, de todas maneras no creo que vaya. Quizá Skinny pueda ocuparse de los nuevos potros y demás.

Nevada mantuvo la vista fija en el tráfico.

—¿Por qué no ibas a ir? El doctor Olstead te ha dado un parte magnífico, no una sentencia de muerte.

—Ya, pero por alguna razón tú estás intentando matarme —frunció el ceño —. ¿Se puede saber qué te ocurre?

Nevada lo miró brevemente, y ella misma se preguntó qué le ocurría. ¿Se estaba comportando de un modo ausente porque veía cómo se acercaba el final de su relación? ¿O porque el único beso que habían compartido había bastado para que se derrumbaran todas sus ideas preconcebidas sobre los hombres?

—Nada, ya te lo he dicho. Estoy bien. Supongo que la visita a la clínica ha hecho que añore el trabajo —mintió.

El trabajo junto al doctor Martínez, pensó Linc, mirando por el parabrisas con expresión severa.

—Supongo que te alegrará volver a trabajar con Victoria. Seguro que es una buena jefa.

—La mejor.

«Si quieres saber algo personal sobre Nevada, tendrás que preguntárselo tú mismo». Las palabras de Victoria resonaron en su cabeza y volvió a mirar a Nevada.

—¿Te apetece ir a comer al Wagon Wheel?

Ella pisó el freno de golpe y el coche se detuvo bruscamente ante un giro a la izquierda.

—¿Me estás pidiendo que vaya a comer contigo?

Él la sorprendió al reírse.

—Sí. ¿Por qué te extraña? Comemos juntos todos los días.

—Cierto. Pero esta vez será en un local público —no podía imaginarse por qué quería permanecer en el pueblo con ella. Pero no iba a cuestionar sus motivos. Linc necesitaba salir del rancho.

Una débil sonrisa asomó a las duras facciones de Linc.

—Podré soportarlo si tú puedes.

En el siguiente cruce, Nevada puso el intermitente y giró hacia la calle que los conduciría directamente al restaurante.

—Creo que podré sobrevivir a un almuerzo contigo —murmuró. Eran los días sin su compañía lo que la preocupaba.



## Capítulo 10

EL restaurante Wagon Wheel había sido inaugurado en los años cincuenta, y aparte del nuevo enlosado y las ocasionales manos de pintura, había permanecido inalterable a lo largo del tiempo. La comida era excelente, y se respiraba un ambiente ecléctico por la mezcla de ejecutivos con corbata y rancheros con sombreros y espuelas.

Nevada y Linc encontraron una mesa al fondo del local y pidieron el plato especial de pastel de carne, patatas, maíz y bollos calientes. Apenas habían empezado a comer cuando un hombre mayor se acercó a la mesa y saludó a Linc.

Sólo fue uno de los muchos que se acercaron para hablar con Linc y preguntarle por su salud, mientras Nevada comía en silencio. Estaba muy sorprendida de que Linc conociera a casi todo el mundo, y así se lo dijo cuando salieron del restaurante para volver al coche.

—Me has sorprendido, Linc. Creía que eras una persona casera y solitaria, pero parece que conoces a la mitad del pueblo.

Él negó con la cabeza.

—Soy un tipo casero. A todas las personas que han venido a saludarme las he conocido en el rancho —explicó—. Todo el que quiere comprar un caballo en el T Bar K acude a mí. Y se puede decir que he vendido unos cuantos...

Nevada se detuvo en la acera y lo miró con interés.

—No sabía que también fueras un comerciante. Siempre he oído que no se debe confiar en un chalán —añadió maliciosamente—. ¿Es cierto?

Él se echó a reír y la agarró del brazo para hacerla avanzar.

—Depende de lo que le confíes a un chalán.

La comida del restaurante y la charla con los viejos amigos parecían haber tenido un efecto muy positivo en Linc. Estuvo muy locuaz durante todo el trayecto de regreso al rancho, y la tensión que había estado creciendo entre ellos desde el día de la cueva pareció aliviarse un poco.

Nevada estaba muy aliviada por el cambio. Ya era bastante duro ocultar sus sentimientos sin tener que andarse con cuidado en compañía de Linc.

Cuando llegaron al rancho, Nevada no se molestó en preguntarle si quería echarle un vistazo a los caballos. Simplemente se limitó a aparcar junto a un corral y apagó el motor.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó él.

—El doctor Olstead dijo que podías echarle un vistazo a los caballos siempre que no toques nada ni te acerques demasiado. Pensé que quizá te gustaría enseñarme algunos de tus caballos favoritos.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Linc.

—Sólo si te interesa de verdad. No necesito terapia, ya sabes.

—Quizá sea yo la que necesite terapia —bromeó ella, y lo tocó delicadamente en el brazo—. Me interesa de verdad, Linc. De lo contrario, no me habría detenido aquí.

Él sonrió y se bajó el ala del sombrero.

—Muy bien —dijo, agarrando la manilla de la puerta—. Vamos.

Los hombres que estaban trabajando en el patio se sorprendieron al ver a Linc. Cuando se acercaron corriendo a saludarlo, Nevada les recordó con mucho tacto que tenían las manos sucias y que no podían tocar a su jefe por el riesgo de infección.

A ninguno pareció importarle, y todos se mantuvieron a una distancia prudente mientras hablaban con Linc.

Finalmente, Linc los mandó de vuelta al trabajo y él y Nevada se dirigieron hacia un corral vallado donde varias yeguas comían en un pesebre lleno de alfalfa.

—No tenías que hacerlo por mí —le dijo Nevada—. No tenemos prisa.

Él se encogió de hombros.

—No te preocupes por los hombres. Todos tenían que volver al trabajo.

Al llegar al corral, Linc señaló las yeguas. Había dos negras, tres alazanas y tres ruciasfsfsaf, todas en avanzado estado de gestación.

—Éstas son algunas de las yeguas que parirán dentro de poco. Hace poco

más de un mes las metimos en este corral para poder vigilarlas.

—Son muy bonitas —dijo Nevada mientras contemplaba a las elegantes criaturas con sus largas crines y colas—. ¿Las yeguas suelen tener problemas al parir?

—Normalmente no. Casi todos son partos rutinarios. Pero a veces se producen complicaciones, y en esos casos sólo tienes unos minutos para intentar solucionarlo. La gestación dura unos once meses, aunque a veces los potros nacen antes de tiempo. Y cuando eso ocurre... es realmente doloroso.

La emoción que desprendía su voz hizo que Nevada lo mirase mientras él observaba las yeguas. Y en aquel momento descubrió que su cuerpo robusto y curtido escondía un corazón inmenso. Si alguna vez llegaba a amar a una mujer, lo haría con todo su ser. No había medias tintas para Linc Ketchum.

Pero Nevada no quería pensar en que amara a una mujer, a menos que esa mujer fuera ella. Y como eso nunca ocurriría, intentó no darle más vueltas y concentrarse en los caballos.

Linc le rodeó la espalda con un brazo y la llevó hacia el extremo de un gran establo, donde una valla encerraba a veinte castrados. Tres estaban ensillados y atados a un poste de madera, y Linc explicó que los vaqueros que habían estado montándolos habían ido probablemente al barracón para comer y que luego volverían a salir.

—El resto sólo es una pequeña parte del total. Éstos son los castrados que usan los vaqueros a diario. Han trabajado muy duro y por eso requieren muchos cuidados: grandes cantidades de pienso y de heno, friegas con linimento y atención veterinaria. Pero todos son muy fuertes. No encontrarás ningún caballo tímido ni esquelético en el T Bar K —le aseguró con orgullo.

Nevada señaló un caballo blanco con manchas marrones.

—Es precioso. Si alguna vez me llevas a dar un paseo, quiero montar a ése —le dijo.

Él sonrió por la elección.

—Se llama Spotted Bird. A veces puede ser muy difícil, pero si lo acaricias y le das alguna golosina, no te dará ningún problema

—¿Como tú? —bromeó ella con un brillo en los ojos.

Linc se echó a reír.

—Sí. Como yo —admitió. La tomó del brazo y la condujo hacia la parte delantera del establo.

—Vamos. Quiero que veas a la señorita Lori.

Ella lo miró inquietud.

—No creo que debas entrar en el establo.

Él puso una mueca y levantó los brazos.

—Ya sé que debo tener cuidado. Pero mira mis brazos, Nevada. ¿Qué infección puedo contraer con todos estos vendajes?

Nevada examinó sus miembros y comprendió que la visita al establo sería mucho más terapéutica que preocuparse por las infecciones.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Entremos. Quiero ver a esa señorita Lori que te tiene tan preocupado.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Linc, y Nevada se dio cuenta de que la felicidad de aquel hombre se había convertido en algo muy importante para ella.

Linc la hizo pasar al interior del establo y recorrieron un ancho pasillo, impregnado con el penetrante olor a virutas de madera de pino. A cada lado había filas de casillas, la mayor parte de las cuales estaban vacías.

—Al menos este establo se salvó —dijo Nevada mientras miraba a su alrededor. Todo estaba extraordinariamente limpio, y podía olerse el desinfectante usado para las paredes y los abrevaderos—. ¿Dónde estaba el establo que se quemó?

—Te lo enseñaré cuando salgamos. Estaba a unos cincuenta metros de aquí. Gracias a Dios ninguna de las chispas alcanzó los demás edificios.

Llegaron a una valla con una verja cerrada. Linc la abrió e hizo pasar a Nevada a una zona aislada del resto de la estructura donde había una yegua negra con una estrella en la frente. En un rincón, Skinny estaba sentado en una silla de madera, inclinada sobre sus patas traseras y apoyándose en la valla. El viejo estaba tocando una armónica y acabó la breve melodía antes de dejar el instrumento y saludarlos.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí... —una sonrisa profundizó aún más las arrugas de su rostro y se levantó para dirigirse hacia ellos—. Creía que no podías acercarte a los establos.

Linc apuntó con la cabeza a Nevada.

—Me ha dado permiso.

Los ojos de Skinny brillaron de aprecio mientras miraba a Nevada.

—Es usted muy inteligente además de guapa, señorita Nevada. ¿Le permitirá quedarse un rato?

Nevada sacudió la cabeza con gran pesar.

—Lo siento, Skinny. Sólo se puede quedar unos minutos. Quería enseñarme a la señorita Lori.

El viejo vaquero señaló con un dedo a la yegua negra.

—Pues ahí la tiene. Es preciosa, ¿verdad?

—Mucho —corroboró Nevada—. ¿Puedo acariciarla?

—Por supuesto —le aseguró Linc—. Acércate a ella lentamente, de costado, y no la mires a los ojos hasta que te haya olido.

Nevada se separó de los dos hombres y caminó hacia la yegua, que estaba mascando alfalfa de un gran saco. Lentamente, para no asustarla, siguió las instrucciones de Linc. Al cabo de unos segundos pudo alargar el brazo y acariciar suavemente el cuello del animal.

La señorita Lori giró la cabeza y miró a Nevada con unos ojos marrones y confiados. Nevada sintió una emoción que nunca se habría imaginado, y de repente entendió la profunda conexión que Linc sentía con sus caballos. Ellos eran su verdadera familia, y con ellos se sentía seguro porque todos lo querían incondicionalmente. Nunca le harían daño a propósito.

—Le gustas —oyó que Linc le murmuraba al oído.

Se había quedado tan fascinada con la yegua que no lo había oído acercarse.

—Me alegro. ¿Qué haría si le acariciase la cara? ¿A los caballos les gusta?

La pregunta pareció divertir a Linc.

—Pues claro que les gusta. ¿Acaso a ti no?

Ella lo miró con la nariz arrugada.

—Depende de quién me acaricie.

Un brillo sensual ardió en los ojos de Linc. Le agarró la mano y la posó en el hocico de la yegua.

—Eres muy quisquillosa, ¿verdad?

Nevada ahogó un nervioso gemido cuando el pecho de Linc se rozó contra su espalda.

—Más de lo que crees —murmuró.

Él no dijo nada y ella giró la cabeza para mirarlo por encima del hombro. Su expresión se había ensombrecido, y Nevada sintió un escalofrío.

—Tengo que hablar con Skinny de unas cosas —dijo él—. Estaré listo para marcharme en un par de minutos.

Ella asintió y volvió la mirada hacia la yegua, diciéndose a sí misma que no podía seguir comportándose como una adolescente ingenua.

Era una locura permitir que los cambios de humor de Linc Ketchum la

afectaran tanto. Por lo que el doctor Olstead les había dicho aquella tarde, Linc podría quitarse los vendajes al cabo de una semana y desempeñar algunas tareas ligeras. Al menos, podría usar sus manos para atender sus propias necesidades. Eso significaba que el trabajo de Nevada habría acabado. Y lo mejor que podría hacer ella en aquel momento era prepararse para salir.

Linc se mantuvo en silencio durante el corto trayecto hasta el rancho, y Nevada no intentó iniciar una conversación. Ella tampoco estaba de humor para hablar. Se sentía derrotada y furiosa consigo misma.

Durante los últimos diez años de su vida, desde que tenía quince, se había cuidado sola y no había dependido de nadie económica ni emocionalmente. Había superado la pobreza, la soledad y la carencia de afecto familiar. Se había construido su propia vida. Tenía un trabajo que le encantaba. Y aunque no nadaba en la abundancia, tampoco tenía problemas para salir adelante. No necesitaba la compañía permanente de un hombre en su vida. Ni la de Linc ni la de ningún otro.

Más tarde, después de haber cenado y de que Nevada hubiera lavado los platos, sonó el teléfono. Era Jess, el marido de Victoria y ayudante del sheriff del condado de San Juan.

—¿Se ha acostado ya Linc? —preguntó

—Creo que no. Voy a buscarlo —respondió ella, y dejó el teléfono para salir corriendo de la cocina.

Lo encontró en el porche delantero, leyendo un libro bajo el débil resplandor que emitía una lámpara de aceite. A principios de la semana lo había sorprendido haciendo lo mismo, y le había preguntado por qué no entraba en la casa a leer con más luz. Él le había dicho que se sentía mejor en el exterior, y que los pioneros que colonizaron aquellas tierras se las habían apañado muy bien con lámparas de aceite.

Nevada no había discutido en aquella ocasión, y tampoco iba a hacerlo ahora.

—Tienes una llamada —le dijo—. Es Jess.

Linc se levantó y apagó la lámpara antes de dirigirse hacia la puerta.

—Gracias —dijo por encima del hombro.

Nevada lo siguió al interior, pero en vez de volver a la cocina e invadir su intimidad, se fue a su habitación y empezó a prepararse para acostarse. Se

lavó los dientes y la cara, y estaba sentada en el tocador cepillándose el pelo cuando oyó que llamaban al marco de la puerta.

El corazón le dio un vuelco al ver la expresión acongojada de Linc.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —le preguntó.

Él entró en la habitación y se sentó a los pies de la cama, algo que nunca había hecho antes. Era obvio que estaba muy preocupado por algo.

—Jess llamaba para decirme que acaba de salir de una reunión con el sheriff Pérez y con el jefe de bomberos —la miró fijamente a los ojos—. El fuego en el establo fue provocado.

Por unos segundos Nevada no supo qué decir, horrorizada porque alguien pudiera hacer algo tan espantoso.

—¿Provocado? —repitió finalmente—. No puedo creerlo... ¿Están seguros?

Linc asintió. Su expresión era de congoja absoluta, casi fatalista.

—Sí, están seguros. El jefe de bomberos dice que había dos focos, uno en cada extremo del edificio, y que se usó algún producto químico para avivar las llamas.

—No puedo creerlo —volvió a decir ella, aturdida—. ¿Quién haría algo así? ¡Podrías haber muerto!

Linc ignoró las implicaciones sobre su seguridad personal.

—Los caballos —dijo con incredulidad—. ¿Cómo podría alguien incendiar un establo lleno de animales inocentes? No...

Se detuvo y sacudió la cabeza con consternación. Las noticias de Jess lo habían dejado muy afectado.

Sintiendo la necesidad de consolarlo, Nevada se levantó del tocador y se sentó junto a él en el borde del colchón.

—Lo siento, Linc. Lo siento muchísimo. Tu familia ya sufrió demasiado con el asesinato de Rider y cuando dispararon a Jess. Me resisto a creer que hay alguien ahí fuera dispuesto a haceros daño.

—A hacerme daño a mí —corrigió él—. Normalmente me quedaba toda la noche en el establo. Antes de que fuera arrasado por las llamas, era allí donde tenía a las yeguas preñadas y a nuestro mejor semental. Gracias a Dios, aquella noche no había en el establo ningún potro recién nacido —soltó un débil gruñido y se pasó la mano por el rostro—. Jess va a enviar a unos agentes para que protejan los otros edificios hasta que Ross pueda contratar a guardias privados. Maldita sea... ¿qué impresión se llevarán todos los que

vengan a comprar caballos y ganado? ¡No se atreverán a poner un pie en el rancho!

Nevada nunca había visto un incendio de cerca, pero podía imaginárselo. La idea de que alguien lo hubiera provocado para matar a Linc la hacía estremecerse.

Alargó una mano y se la puso en la rodilla.

—Linc, intenta no pensar en ello —le pidió—. Deja que el sheriff Pérez se haga cargo. Encontrará al responsable.

Él tomó aire profundamente y lo soltó en una temblorosa espiración.

—Espero que así sea. Porque si lo encuentro yo primero, lo estrangularé con mis propias manos.

El tono de su voz era tan amenazador que Nevada no tuvo ninguna duda de que hablaba en serio. De repente, tuvo tanto miedo por él que lo agarró del brazo con las dos manos.

—Linc, por favor, no hagas ninguna estupidez. Ya has sufrido heridas muy graves. No... no quiero que te ocurra nada más.

Lentamente, la expresión amenazante de sus ojos empezó a desvanecerse y la miró con asombro.

—Si no te conociera, pensaría que lo dices en serio —le dijo en voz baja.

Sin previo aviso, a Nevada se le hinchó el corazón de emociones y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Lo digo en serio, Linc. Lo digo completamente en serio.

La habitación había estado tranquila hasta entonces, pero en los segundos siguientes no se oyó el menor sonido, mientras la mirada de Linc le recorría lentamente el rostro. Finalmente, su atención se concentró en sus labios, desatándole una ola de calor por todo el cuerpo. El deseo hirvió en sus venas y, sin poder impedirlo, se inclinó hacia él y levantó el rostro hacia el suyo.

—Nevada... Nevada.

Su nombre fue lo único que dijo antes de inclinar la cabeza y juntar los labios con los suyos.

La besó dulce y delicadamente, y luego se retiró para volver a mirarla. Nevada sintió cómo le ardía el rostro de deseo, y supo que él podía verlo. Era imposible seguir ocultándolo. Lo deseaba demasiado.

—Hazme el amor, Linc.

Las manos vendadas se posaron en sus hombros.

—No sabes lo que estás diciendo.



La mirada de Nevada no vaciló.

—Sé exactamente lo que estoy diciendo.

En el fondo de su mente, Linc sabía que con Nevada corría un riesgo aún mayor que en el establo en llamas, pero durante los últimos días el deseo por poseerla se había hecho casi irresistible. Y estaba agotado por el esfuerzo constante que suponía resistirse a ella.

Pero, ¿por qué debería seguir resistiéndose?, se preguntó a sí mismo. Los dos eran adultos razonables. Lo que ocurriera aquella noche entre ellos no tendría por qué tener consecuencias al día siguiente. Y tal vez, sólo tal vez, si se acostaba con ella podría aliviar el dolor de su entrepierna.

Sin pensarlo más, tiró de ella hacia él y ella se arrojó voluntariamente en sus brazos.

Linc la besó una y otra vez, hasta que ella se abrazó a su cuello y tiró de ambos hacia el colchón.

Yaciendo cara a cara, Linc retiró la cabeza lo justo para mirarla fijamente a los ojos.

—Te he deseado desde el momento que te vi. Pero, ¿estás segura de que tú también me deseas? —le preguntó.

Ella soltó un sensual gemido y levantó una mano para acariciarle la mejilla.

—Te deseo, Linc. Te deseo más que nada —le dijo, con una sinceridad que terminó de derribar la resistencia a la que se había estado aferrando.

—Pequeña... Preciosa mía —murmuró él.

Sus dulces palabras de afecto le llenaron el corazón de regocijo, y cerró los ojos mientras él volvía a besarla.

La ávida boca de Linc hizo estragos en sus sentidos, y antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo, sus dedos empezaron a desabrocharle la camisa y sus palmas se extendieron sobre el vello de su musculoso pecho.

Gimiendo de placer, Linc se separó de sus labios y fue bajando por su cuello.

—Maldita sea —murmuró—. No puedo desnudarte. Mis manos no pueden sentir tu piel. Y quiero sentirte, Nevada. Me muero por sentirte.

Sus palabras fueron como un poderoso afrodisíaco.

Todo lo que Nevada quería era complacerlo, darle todo lo que le pidiera y deseara. Nunca había sentido nada parecido, y la realidad de lo que estaba pasando hacía que todo el cuerpo le vibrara de amor.

Y era amor, se dijo a sí misma. No sólo deseaba el cuerpo de Linc. Deseaba

su corazón. Que su alma se fundiera con la suya Que los dos estuvieran juntos para siempre.

—Yo seré tus manos. Túmbate boca arriba y deja que yo te desnude —le susurró fervientemente—. Deja que yo te haga el amor.

Él hizo lo que le pedía y observó con ojos llameantes cómo Nevada empezaba a quitarle las botas y la ropa.

Linc llevaba boxers bajo los vaqueros. Nevada se los dejó puestos, pero aun así podía ver la forma de su erección. La imagen de su deseo masculino hizo que todo el cuerpo le ardiera y que las mejillas se cubrieran de rubor.

—¿Te estás poniendo colorada? —le preguntó él burlonamente, viendo sus torpes movimientos al intentar desabrocharse la blusa.

Nevada le dio rápidamente la espalda.

—No, es la luz... De hecho, creo que deberíamos apagar la lámpara.

Empezó a bordear la cama para alcanzar la pequeña lámpara que reposaba en la mesilla. Pero antes de que pudiera dar dos pasos, Linc la agarró del brazo.

—Olvídate de la lámpara —murmuró con voz ronca—. Quiero verte. Llevo días deseando verte.

Nevada nunca se había desnudado delante de un hombre, y la idea de estar en una posición tan expuesta y vulnerable bastaba para avergonzarla. Pero la impaciente petición de Linc la hizo sentirse hermosa y deseada, y quería complacerlo como se merecía.

La blusa azul cayó al suelo, seguida por sus vaqueros. Debajo llevaba un conjunto de ropa interior amarillo, de encaje y satén, que apenas le ocultaba los pezones y el vello oscuro entre los muslos. El color de la lencería resplandecía como oro líquido contra su piel bronceada, y Linc gimió de placer cuando ella se tumbó a su lado.

—El resto te será fácil quitarlo —le susurró ella.

Él se rió y la hizo tumbarte de espaldas.

—Tendré que arrancarlo a mordiscos.

Durante los próximos minutos, eso fue exactamente lo que Nevada pensaba que haría, mientras él exploraba con la boca cada resquicio y curva de su cuerpo. Finalmente, Linc levantó la cabeza y habló en voz baja y espesa.

—Oh, cariño... Tengo que hacerte mía. Toda mía.

Con sus dedos vendados tiró de la ropa interior, y aunque ella podría ayudarlo a quitarse lo que faltaba, sabía que Linc necesitaba hacerlo por sí

mismo.

Una vez que el satén y el encaje desaparecieron, Linc se dispuso a colocarse sobre ella, pero Nevada le puso rápidamente una mano en el pecho y lo empujó de espaldas contra el colchón.

—No puedes hacer presión con las manos —le recordó.

—Pero...

No acabó la frase, porque Nevada se sentó a horcajadas sobre su cintura y le acarició los hombros con su largo pelo negro.

—Mi pequeña sirena... —murmuró él—. Debería haberlo sabido.

Llevó las manos hasta sus pequeños pechos, y aunque los vendajes se interponían entre sus respectivas pieles, el contacto excitó a Nevada más de lo que hubiera creído posible.

Con un profundo gemido, bajó un hombro para que Linc pudiera alcanzarle el pecho con la boca. La invitación bastó que él supiera lo que necesitaba, y gustosamente la complació al morderle suavemente el pezón endurecido.

—Oh, Linc... No... no sabía que sería así.

Él se retiró ligeramente y vio cómo echaba la cabeza hacia atrás, con los ojos fuertemente cerrados. Estaba tan rígida como las cuerdas de un violín esperando el roce del arco.

—Claro que lo sabías, nena. Ven aquí...

Ayudado por Nevada, se quitó los boxers y la agarró por las caderas para guiarla hacia su rígida erección.

Los pliegues carnosos de su cuerpo estaban húmedos, ardientes, y el placer de penetrarla prendió un fuego líquido en sus venas. Hasta la última fibra de su ser lo acuciaba a acelerar el ritmo, pero nunca había creído que aquel momento llegara, y quería que durase lo más posible.

El sudor le empapaba el rostro, y Nevada comenzó a pronunciar su nombre una y otra vez, con voz ahogada, como una súplica agónica para que pusiera fin a su tormento.

Finalmente, Linc dio una última embestida y el delicioso cuerpo de Nevada se cerró en torno al suyo como una mano posesiva y cariñosa.

Nevada se mordió el labio, pero no pudo impedir que se le escapara un sollozo. Pero no fue aquel sonido lo que paralizó de repente a Linc. Fue la fina barrera con la que se había topado en el momento de unir sus cuerpos.

Era virgen... ¡Virgen!

—¡Nevada! ¿Qué...? ¿Por qué no me lo dijiste?

Empezó a apartarse, pero ella no se lo permitió, sino que se inclinó hacia abajo y le tomó el rostro entre las manos.

—Porque no importa.

## Capítulo 11

CÓMO que no importa? Es...

—Es lo que quiero —lo interrumpió ella—. Y no querrás detenerte ahora, ¿verdad?

Debería detenerse, pensó Linc. Debería retirarse en aquel preciso instante, salir de la habitación y no volver a mirarla. Pero su cuerpo se negaba a escuchar la voz de su conciencia. Sobre todo cuando ella empezó a mover las caderas.

—Sabes que no quiero detenerme —murmuró, y con un gemido de rendición, empezó a moverse al mismo ritmo que ella.

Nunca en su vida había sentido un placer tan intenso, y aunque sabía que debía hacerlo despacio y con suavidad para iniciar a Nevada en el sexo, no podía contener ni ocultar su deseo voraz.

Tiró de su cabeza hacia abajo y le devoró la boca mientras le agarraba el trasero con las manos para imprimir un ritmo aún más rápido.

La respiración de Nevada se aceleró, igual que la suya. Su larga melena oscura se agitaba hacia delante, cubriéndolos a ambos en una cortina de negro satén.

Finalmente, los brazos de Nevada no pudieron seguir sosteniéndola y cayó exhausta sobre Linc.

—Lo siento, Linc. Mis brazos... —murmuró con voz jadeante.

—Shhh —susurró él mientras la hacía girarse sobre su espalda—. Deja que yo lo acabe.

—Tus manos...

—Mis manos es lo último que tiene que preocuparte ahora —le dijo él. Se colocó sobre ella y apoyó su peso en los codos—. Ya veras cómo disfrutas...

Nevada quiso responderle, pero no pudo. Los movimientos de Linc la dejaban sin aliento, transportándola a un lugar desconocido hasta entonces.

Una sucesión de brillantes estrellas empezó a desfilarse en el interior de sus párpados cerrados. De repente, sintió que ascendía volando hacia aquel cielo aterciopelado, y entonces algo explotó en lo más profundo de su ser, como una lluvia de estrellas fugaces.

Justo en ese momento las embestidas de Linc se hicieron más frenéticas, y con un fuerte gemido la agarró contra él y vació en ella el torrente de cálida esencia masculina.

Pasó un rato antes de que Nevada pudiera articular palabra. Para entonces, Linc se había tumbado junto a ella y la miraba con ojos medio cerrados.

Ella se giró de costado y se inclinó para darle un beso en los labios. Nunca había experimentado una sensación tan deliciosa. Quería seguir besándolo, pero intuía que él quería decir algo. De modo que se retiró y esperó.

—¿Por qué eras virgen, Nevada?

La pregunta le pareció tan ridícula que se echó a reír.

—Era virgen porque nunca había hecho el amor con un hombre. Ésa es la explicación médica.

—¡Maldita sea, no quiero una razón clínica! Eras...

Ella le puso un dedo en los labios

—No es tan extraño, Linc. Simplemente, nunca había conocido a un hombre con el que quisiera hacer el amor.

Él puso una mueca de dolor, y ella se preguntó qué significaría su reacción. ¿Se estaría arrepintiendo de haberle hecho el amor?

—Pero... me habías hecho creer que... me hablaste de tus amigos y...

—Y tú te precipitaste con tus conclusiones. Igual que mucha gente que me conoce. Sólo porque tengo amigos parece que soy una mujer fácil o algo así — puso los ojos en blanco—. Pero nada más lejos de la verdad.

—¿Por qué?

Ella arqueó las cejas interrogativamente y él volvió a repetir la pregunta.

—¿Por qué? ¿No sentías ningún tipo de deseo por ellos?

Nevada suspiró.

—Linc, no voy por ahí experimentando con los hombres. De hecho —se mordió el labio y apartó la mirada.

—¿Qué? —la acució él.

—He tenido mucho cuidado de limitar mis relaciones con los hombres a una

simple amistad. Es lo que siempre he querido. Y así quería que siguiera siendo. Pero entonces apareciste tú y lo cambiaste todo.

Él no se podía creer lo que estaba oyendo. Desde el primer momento había creído que Nevada era una mujer muy experimentada, que trataba a los hombres como meros pasatiempos. Al menos, eso era lo que había creído creer. Una parte de él había intentando ignorar a la mujer amable y servicial que se esmeraba por anteponer las necesidades de Linc a las suyas propias. Y ahora tenía que enfrentarse al hecho de que le hubiera ofrecido su inocencia y que él la hubiera tomado tan despreocupadamente.

Se acercó a ella y le apartó el pelo de la frente.

—Tendrías que habérmelo dicho, Nevada. Habría...

—¿Qué? —lo interrumpió ella—. ¿Habrías salido corriendo de la habitación, como si yo tuviese algo contagioso?

—No lo sé —admitió él con sinceridad—. Pero al menos podría haber sido más delicado contigo.

Ella dejó escapar un gemido y se apretó contra él, rodeándole la cintura con un brazo.

—Has sido delicado, Linc. Ha sido perfecto... Perfecto —repitió en un susurro mientras se frotaba la mejilla contra su pecho.

La adoración que se percibía en su voz llenó de pánico a Linc. No debería ser así. Ella no debería mostrarse tan encantada y cariñosa. Y él no debería sentir el irresistible deseo de abrazarla y no soltarla nunca más.

—Puede ser mucho mejor... cuando encuentres a un buen hombre.

Ella echó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos.

—Ya he encontrado a un buen hombre.

Una sensación dulce y espeluznante a la vez sacudió a Linc.

—No sabes lo que estás diciendo —susurró con voz ronca—. No me conoces. No sabes cómo soy.

Ella le sonrió con una muestra de afecto y sensualidad.

—Entonces quizá deberías permitirme que te conozca mejor...

Era el momento de poner punto y final a lo que estaba sucediendo entre ellos, se dijo Linc. De lo contrario, los dos acabarían sufriendo. Pero ni siquiera la perspectiva de una desgracia segura podía apartarlo de ella.

—Quizá —concedió, y con un murmullo de placer unió los labios a los suyos.

Cuando Nevada despertó a la mañana siguiente, se encontró sola en la cama. El sol entraba por la ventana y podía oler a café, salchichas y tortillas. Linc parecía estar muy ocupado en la cocina.

Linc... Repitió varias veces el nombre en su cabeza mientras estiraba los músculos agarrotados y se levantaba de la cama. Linc era el hombre a quien nunca pensó que encontraría. Y se dio cuenta, con una punzada de pánico, de que no quería compartir su vida con ninguna otra persona. Él la hacía sentirse especial, y necesitaba que él sintiera lo mismo.

Después de ponerse la bata y lavarse la cara, salió del dormitorio y fue a la cocina. Encontró a Linc sentado a la mesa, con las manos vendadas en torno a una taza de café.

Él levantó la mirada y ella le sonrió y lo besó en la frente.

—Buenos días —lo saludó.

—Buenos días.

—Huele a comida. ¿Ya has desayunado?

Él sacudió la cabeza, evitando mirarla a los ojos.

—No. Te estaba esperando.

—Linc —lo reprendió ella dulcemente—. No tenías que esperarme. Además, deberías haberme despertado. He dormido demasiado. Espero que no me hayas necesitado para nada.

Oh, desde luego que la necesitaba, pero no como enfermera, pensó Linc. Pero se guardó esa verdad para sí mismo. Nevada no podía descubrir lo que para él había significado hacerle el amor. Si lo supiera, podría controlarlo a su antojo. Y él no podía permitir que algo así ocurriera. No podía repetir los mismos errores de su padre.

—No, no he tenido ningún problema —dijo, y se puso en pie intentando ignorar la mano que ella tenía posada en su hombro—. He hecho unos tacos. Voy a servirlos.

Nevada lo miró con una expresión de desconcierto, y una punzada de remordimiento traspasó a Linc.

—¿Linc? ¿Ocurre algo?

—No, no ocurre nada —dijo él—. Tengo hambre, eso es todo. ¿Tú no?

Ella lo observó con el ceño fruncido.

—Sí, claro. Pero...

Se detuvo cuando él se giró para servir el café en una taza.



—Toma —dijo, tendiéndosela—. Sírvelte la crema y yo traeré los tacos a la mesa.

—Linc, ¿no vas a darme un beso de buenos días? —preguntó. Sin duda se merecía aquel saludo de él.

Él volvió a apartar la mirada.

—¿No crees que anoche ya tuviste bastantes besos? —preguntó él secamente.

Aturdida por aquel cambio tan radical, Nevada se dirigió en silencio hacia la mesa y se sentó en el extremo del banco.

Tras ella, Linc reunió los platos y una cesta de tacos y lo llevó todo a la mesa. Nevada no dijo nada mientras él empujaba la cesta y uno de los platos hacia ella. Se limitó a tomar un taco y empezó a comer.

Transcurrieron unos minutos de silencio, y finalmente él habló, con voz fría y distante.

—Mira, Nevada, si te has levantado esta mañana pensando que íbamos a jugar juntos a las casitas, lo siento mucho, pero no va a ser así.

Era curioso que hubiese elegido aquellas palabras, pensó Nevada tristemente. De niña nunca había tenido oportunidad de jugar «a las casitas». Había tenido que comportarse como una mujer adulta y ocuparse de todas las cosas que su madre se mostraba incapaz de hacer. En muchas ocasiones había tenido que ir limpiando detrás de su padre borracho y ayudarlo a acostarse. Y se había jurado a sí misma que nunca permitiría que otro hombre la decepcionara o le hiciera daño de ninguna manera. Por desgracia, no había podido mantener su promesa...

—No creía que estuviéramos jugando a nada —dijo seriamente—. Y tampoco creía que lo primero que recibiría esta mañana sería un insulto por tu parte.

Una expresión avergonzada cruzó el rostro de Linc. Dejó su taco sobre la mesa y se acercó a ella.

Nevada se estremeció de dolor y deseo cuando él alargó una mano y la tocó en la mejilla.

—Lo siento, Nevada. No debería haber dicho eso. No sé por qué lo he hecho.

Las lágrimas afluyeron a sus ojos y bajó la mirada a su regazo.

—Está bien, Linc. Lo entiendo.

—Lo dudo —murmuró él.

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—¿Por qué dices eso? ¿Crees que no entiendo que todo esto es tan nuevo para ti como lo es para mí?

Él dejó escapar un profundo suspiro.

—Escucha, Nevada. Lo que pasó anoche entre nosotros estuvo muy bien. Pero...

—Pero para ti no significaba nada —concluyó ella.

La voz le temblaba y tenía los ojos llenos de lágrimas, pero ya no quería seguir ocultando su sufrimiento.

Él negó con la cabeza.

—Creo fuiste consciente de eso desde el primer momento.

Sí, quizá había sido consciente, pensó ella. Quizá en el fondo de su mente siempre había sabido que Linc era un espíritu libre, indomable y solitario. El sexo no significaba nada más para él. Y sin embargo, ella había sentido algo especial cuando la besaba. Al parecer, había sido una ingenua al pensar que él podía sentir algo más que placer físico.

—Linc, no me he quedado sentada de brazos cruzados, pensando en lo que iba a pasar —intentó explicar—. Pero aunque así hubiera sido, no habría cambiado nada. Habría seguido deseando que me hicieras el amor.

Él apartó la mirada con un gemido de frustración y se pasó una mano por el pelo alborotado. Parecía cansado y angustiado, y Nevada no soportaba provocarle un tormento semejante.

—No sé cómo explicártelo, Nevada. Pero lo que pasó anoche no puede volver a suceder. Y no volverá a suceder. ¿Entiendes?

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—No, no lo entiendo. ¿Por qué? Creía que lo de anoche era un comienzo.

Él tragó saliva, y antes de que ella pudiera adivinar sus intenciones, se levantó de la mesa y fue hacia el fregadero, donde se quedó mirando por la ventana de espaldas a Nevada.

—No hay ningún futuro para nosotros, Nevada. Es lo que estoy intentando decirte.

Nevada se levantó y se acercó a él. Le tomó con cuidado la mano vendada y se la llevó al rostro.

—No creo que lo digas en serio, Linc.

Él volvió a tragar saliva, intentando deshacer el doloroso nudo que se le había formado en la garganta y que se desplazaba hacia el pecho.

—Lo digo en serio —dijo categóricamente—. Llevo muchos siendo soltero, y eso no va a cambiar. Ni por ti ni por nadie.

—¿Por qué?

Él se soltó de su agarre.

—No deberías hacer tantas preguntas. Ya me has dicho que no quieres tener nada serio con un hombre. Es obvio que tienes tus propias razones para seguir siendo soltera, igual que yo tengo las mías.

Ella asintió con pesar.

—Es cierto. Nunca quise que me sucediera algo como esto. Incluso rezaba para que no ocurriera. Porque he visto lo que puede pasarle a una mujer que dependa total y exclusivamente de un hombre. Mi madre adoraba a mi padre. Durante largo tiempo se negó a ver sus defectos, y cuando sus infidelidades y borracheras fueron demasiado frecuentes para poder ignorarlas, lo seguía amando tanto que no podía abandonarlo. La situación era horrible. Ahora es ella quien bebe para intentar olvidarlo —sacudió la cabeza y buscó su mirada—. Por eso estoy tan asustada... porque me he enamorado de ti.

Linc se quedó aturdido por su revelación, y aunque una parte de él seguía diciéndose que no quería ni necesitaba el amor que Nevada le brindaba, el corazón empezó a latirle de emoción.

—Nevada, lo de anoche no fue amor...

—¡No, Linc! No lo estropees todo ahora. Por lo que a mí respecta, fue amor. Y no intentes decirme que lo único que estoy sintiendo es una atracción física. He estado sintiendo algo por ti desde el día que llegué al rancho. Intenté detener mis sentimientos desde el principio, pero no pude. Y ahora he descubierto que no quiero detenerlos.

Linc se estremeció por dentro, y por una vez se alegró de que sus manos estuvieran ocultas por los vendajes. Le temblaban tanto como las de un hombre que hubiera bebido demasiado.

—Lo siento, Nevada. No fue mi intención hacerte daño. Lo ocurrido anoche pasó y ya está, y ahora tenemos que olvidarlo por el bien de ambos.

—¿Por qué? Creía que había sido maravilloso... ¿No fue igual para ti?

Linc se apartó de ella y perdió la mirada en las lejanas montañas de San Juan. No podía decirle la verdad. No podía permitir que supiera que su mundo se había vuelto del revés desde que le hizo el amor. Él siempre había creído que el sexo no era más que sexo, un acto de placer entre un hombre y una mujer. Pero en brazos de Nevada había experimentado algo mucho más

poderoso que el placer. Había sentido una profunda conexión espiritual, y estaba aterrorizado.

—Sí, Nevada. Fue especial —admitió en voz baja—. Pero eso no importa.

Ella se acercó con decisión y lo obligó a girarse para encararla.

—¿Que no importa, dices? —le preguntó airadamente—. ¿Hay algo que te importe, Linc? ¿Hay alguien en esta tierra por quien sientas algo, aparte de ti mismo?

Una sombra ocultó la expresión de Linc, como una cortina cayendo sobre el escenario al final de una escena dramática.

—Esa acusación es muy grave.

—No es nada comparado con lo que me gustaría decirte —replicó ella.

—¿Qué te pasa, Nevada? Eras virgen, de acuerdo, pero no podías ser tan ingenua como para pensar que el sexo equivalía a una proposición de matrimonio.

Nevada tuvo que apretar los puños para no abofetearlo.

—¡Sólo he sido ingenua al pensar que tenías corazón!

—Ya deberías saberlo, después de haberme medido tantas veces la presión sanguínea —espetó él.

La furia y el dolor le hirvieron la sangre a Nevada.

—Muy bien, pues puedes estar seguro de que no volveré a hacerlo. ¡Es evidente que sólo tienes hielo en las venas!

Él se dispuso a responder, pero Nevada ya había oído más de lo que podía soportar.

—Ahórratelo, Linc. No quiero seguir oyéndote —masculló, y se dio la vuelta para salir de la cocina.

Cuando llegó a su habitación, las piernas le temblaban tanto que apenas podían sostenerla. Se sentó en el borde de la cama y enterró la cara en las manos.

Aquella mañana había sentido una explosión de alegría al despertar. Hacer el amor con Linc había sido lo más maravilloso del mundo. Pero la felicidad ni siquiera había durado hasta el desayuno.

Estaba intentando convencerse a sí misma de que Linc no merecía ni una sola de las lágrimas que resbalaban por sus mejillas, cuando oyó que llamaban a la puerta del dormitorio.

Lo ignoró a propósito y fijó la mirada en la pared.

—Nevada, ¿puedo pasar?

Ella no respondió. No podía hacerlo. Si se atrevía a hablar, no podría seguir conteniendo los sollozos que le estremecían el pecho.

Pasaron unos momentos de silencio, hasta que sintió la mano de Linc en su espalda, acariciándole el pelo enmarañado.

—Lo siento, Nevada. Soy un idiota. No sé qué más decir.

Nevada sacudió la cabeza, incapaz de mirarlo.

—No. Podrías decir más si quisieras. Si has decidido que yo no te gusto... entonces dímelo. Es lo único que te pido. Dame la verdadera razón por la que me estás apartando de ti.

Su mano seguía acariciándole la espalda, y ella sólo podía pensar en la noche anterior y en todas las caricias que había recibido de Linc. Y entre todos esos besos, caricias y susurros, una certeza había invadido su corazón. Linc era su otra mitad. El hombre que estaba destinado a amarla, a darle hijos y a protegerla de la dura realidad del mundo.

Linc suspiró y habló con voz baja y suave.

—De acuerdo. Me has hablado de tu familia, de tus padres y de los problemas que tenían entre ellos. Mi caso fue bastante similar. Para mis padres el matrimonio era como una sentencia a cadena perpetua. Después de ver por lo que pasaban, supe que nunca querría lo mismo para mí. Ni para un hijo mío.

Ella giró la cabeza y lo miró con una expresión esperanzada que le traspasó el corazón a Linc.

—Así pensaba yo también, Linc. Y por eso era virgen. Pero estar contigo ha cambiado mi forma de pensar. Me encanta estar cerca de ti y vivir contigo. Y no quiero que eso cambie.

—Tiene que cambiar —dijo él rotundamente—. Soy incapaz de correr ese riesgo, ni contigo ni con ninguna otra mujer.

Una mezcla de congoja y furia endureció los rasgos de Nevada.

—¿Por qué? ¿Por tu madre? ¿Crees que yo sería como ella?

Linc dio un paso atrás.

—¿Qué sabes tú de mi madre?

Nevada intuyó que estaba pisando terreno muy peligroso, pero no se dejó intimidar. Aquél no era el momento para sortear el tema más delicado.

—Sólo lo que tú me has contado —admitió—. Pero es suficiente para entender que debió de romperte el corazón al marcharse de aquí.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Marina. Está preocupada por ti, porque últimamente ha estado soñando con tu madre.

—¡Bah! —espetó él—. Los sueños de Marina son sólo eso... sueños. A esa vieja le encantan los cotilleos y removerlo todo.

—¡Linc! Lo único que la pobre Marina remueve es la cacerola de la cena. No seas injusto con ella. Te quiere mucho.

Linc agachó la cabeza y se pellizcó la nariz.

—Sí, tienes razón. Siempre se ha preocupado más por mí que mi propia madre.

—Me resisto a creer que tu madre no te quisiera. Hasta la mía se preocupaba por mí a su manera, aunque sus propios problemas le impidieran ser una buena madre. Quizá fuera el mismo caso que tu madre.

Linc volvió a levantar la cabeza para mirarla, y por primera vez en su vida se dio cuenta de que necesitaba hablar de su madre.

—Mi madre odiaba este rancho, y no había día en que no se lo recordara a mi padre. Quería que se trasladara a algún sitio con luces y aceras, una ciudad donde pudiera comprarse zapatos de tacón y hacerse la manicura.

Nevada puso los ojos en blanco.

—Podría haberlo hecho aquí, si hubiera querido.

Linc imitó su expresión.

—No como ella quería. Procedía de una familia rica de San Antonio. Era la personificación de la clase alta de Texas. Era lógico que no encajase aquí, y cuanto más intentaba forzarla mi padre, más empeoraba las cosas.

Nevada pensó en lo que le estaba contando.

—Debió de saber dónde se metía cuando se casó con tu padre. Este tipo de vida no debería haberla sorprendido... Quizá tus padres tenían otros problemas. Cosas de las que nada sabías.

Linc sacudió la cabeza.

—Ningún problema, por grave que fuera, tendría que haberla sacado de aquí para siempre.

Nevada abrió los ojos como platos.

—Marina me dijo que tu madre se casó poco después de quedarse viuda y que intentó llevarte al este con ella. ¿No quisiste ir?

—No. Era muy joven por entonces, y este rancho había sido siempre mi único hogar. Mis primos eran como hermanos, y no quería separarme de ellos. Desde que era un crío supe que quería ser como mi padre y mi tío. Quería ser

un vaquero, un ranchero con un montón de caballos que todo el mundo quisiera comprar. Si me hubiera ido con mi madre a alguna ciudad, me habría consumido o convertido en un delincuente rebelde.

Nevada estaba de acuerdo. Linc no era el tipo de hombre que se contentara con mirar farolas en vez de cielos estrellados.

—Entiendo por qué te quedaste aquí —le dijo con voz suave—. Éste es tu hogar, y el hogar es algo con lo que siempre he soñado. Un hogar verdadero con una familia que llenara la casa de amor y de risas y que se mantuviera unida para superar los tiempos difíciles.

Una expresión de angustia cubrió los verdes ojos de Linc.

—Siento que nunca lo hayas tenido, Nevada. Ojalá pudiera ser yo quien te lo diera. Pero no puedo, y sería desastroso para los dos si lo intentara.

En vez de discutir, Nevada optó por cambiar de tema.

—¿Cuánto hace que no sabes nada de tu madre?

Él dejó escapar una amarga carcajada.

—Más de veinte años. Estaba muy disgustada conmigo porque decidí quedarme en el rancho. Durante varios meses recibí algunas cartas y llamadas telefónicas, pero de repente cesó toda comunicación. Ninguno de los que estamos aquí ha vuelto a oír nada de Darla Ketchum Carlton.

—Eso es muy extraño.

—Es más que extraño. Es absolutamente mezquino y despreciable —dijo él con un suspiro. Se levantó y empezó a caminar por el dormitorio—. Pero supongo que yo no fui un buen hijo. Me quedé aquí con la tía Amelia y el tío Tucker. Se convirtieron en mis verdaderos padres y a ella se la dejó al margen. Quizá sea yo el que ha estado siempre equivocado, Nevada. No lo sé. Por eso... —se detuvo y la miró con tristeza—. Es mejor que viva solo y que no intente hacer feliz a ninguna mujer. Especialmente a ti.

## Capítulo 12

**D**URANTE el resto del día, Nevada no supo qué hacer. Era evidente que no podía cambiar la forma de pensar de Linc, ni podía persuadirlo con palabras. Salvo cuando le cambió los vendajes y compartieron la cena que Marina les había llevado, Linc la había evitado por completo. Y por la noche, Nevada llegó a la conclusión de que había sido una ingenua al creer que él sentía algo especial por ella. No era así, y no tenía sentido arrojarse en sus brazos. Quería su amor, no sólo su cuerpo.

Aquella noche, mientras lo ayudaba a desnudarse, lo tocó de forma más impersonal posible y acabó rápidamente la tarea sin mirarlo a los ojos. Más tarde, se fue a la cama sintiéndose fría y vacía por dentro, y mientras yacía bajo las sábanas sólo podía pensar en las sensaciones tan maravillosas que la habían invadido al entregarse a Linc.

Estuvo dando vueltas y más vueltas, y cuando finalmente estaba a punto de quedarse dormida, un ruido procedente de la habitación de Linc la hizo incorporarse en la cama. ¿Había sido un grito?

Se levantó rápidamente y corrió hacia su habitación sin ponerse la bata. Las luces de los rodapiés del pasillo le permitieron ver el contorno de su cuerpo en la cama. El pánico la asaltó al ver cómo se retorció sobre el colchón.

—Linc —susurró mientras corría a su lado.

Al inclinarse sobre él pudo oír cómo murmuraba unos nombres y algo sobre unas llamas.

—¡Despierta, Linc! —le sacudió el hombro con fuerza, hasta que Linc dejó de moverse y la miró con ojos vidriosos.

—¿Nevada? ¿Qué... qué estás haciendo?

Ella se sentó en el borde de la cama.



—Estabas gritando en sueños. Tenías una pesadilla. ¿Estás bien?

Él miró a su alrededor, como si no supiera dónde estaba.

—Sí, creo que sí —se tocó la frente con el brazo y lo retiró empapado—. Estoy sudando.

—Estabas diciendo algo sobre unas llamas y unos nombres que supongo que se referían a tus caballos. Junie y Angel.

Él asintió y apoyó la cabeza en la almohada.

—Eran dos de mis mejores yeguas. Las últimas a las que saqué del establo en llamas, justo antes de que el techo se desplomara.

Antes de que pudiera detenerse, Nevada alargó una mano y se la puso en la frente mojada.

—Intenta no pensar en ello —murmuró con dulzura—. ¿Quieres que te traiga algo? ¿Puedo hacer algo por ti?

Él apartó la mirada hacia la pared.

—No. A menos que puedas quitarme estos malditos vendajes. Y luego podrías volver a tu vida y yo a la mía.

A Nevada se le encogió el corazón mientras se levantaba lentamente de la cama.

—Lo siento. Ojalá pudiera complacerte. Lamento lo de tus quemaduras... y me arrepiento de haber ayudado a una amiga —dijo con voz ahogada, y salió corriendo de la habitación.

A la mañana siguiente, cuando entró en la cocina, descubrió que Linc ya había desayunado y que había conseguido abrocharse los vaqueros sin su ayuda. En cuanto a la parte superior del cuerpo, era la primera vez que Nevada lo veía solamente con una camiseta. Era como verlo desnudo, pero no le dijo nada al respecto, ni lo reprendió por haber ejercido presión en los dedos para abrocharse los vaqueros. Sabía por qué lo hacía, y en aquel momento supo que sus días juntos habían llegado a su fin.

Después de mordisquear una tostada con mermelada, regresó a su habitación y llamó a la consulta de Victoria.

—¿Qué ocurre? —preguntó su amiga en cuanto oyó la voz de Nevada—. ¿Se ha hecho daño Linc?

—No, nada de eso. Te llamo para saber si vas a estar en consulta toda la mañana. Me gustaría ir a hablar contigo. Es muy importante.

—¿Quieres decir que vas a dejar solo a Linc? ¿No podemos hablar por teléfono, Nevada?

Aunque estaba encerrada en su habitación, Nevada miró alrededor para asegurarse de que Linc no estuviera escuchando a hurtadillas.

—Prefiero que nos veamos. Es un asunto demasiado personal.

Victoria soltó un suspiro.

—Vaya, parece que se trata de algo muy serio.

Era algo muy serio, se dijo Nevada a sí misma. Nunca había sentido una angustia semejante en toda su vida.

—Te lo contaré cuando llegue —dijo—. Dame una hora. Si estás con un paciente, esperaré en tu consulta.

—De acuerdo —aceptó Victoria.

Después de despedirse rápidamente y colgar, Nevada se apresuró en hacer su equipaje y dejó las maletas junto a la cama. No iba a transportarlas por la casa y mostrarle a Linc cuáles eran sus intenciones hasta que hubiera hablado con Victoria. Su amiga la había contratado para aquel trabajo y se merecía una explicación.

Minutos más tarde, le dijo a Linc que tenía que ir al pueblo a hacer unos recados y bajó de las montañas en su coche, intentando no pensar en que muy pronto se despediría para siempre de aquel paraje. ¿Alguna vez dejaría de verlo como un hogar?

En la clínica se encontró a Victoria atendiendo a un paciente, de modo que la esperó en su despacho. No pasó mucho tiempo antes de que Victoria se reuniera con ella.

—Muy bien, ¿de qué se trata? —le preguntó, agarrándola por los hombros—. Quieres dejarlo, ¿verdad? Lo noté en tu voz cuando me llamaste.

Nevada agachó la cabeza.

—Lo siento, Victoria. Ya sé que no significa nada, pero hay circunstancias que... bueno, digamos que no puedo quedarme por más tiempo bajo el mismo techo que Linc. Él no me quiere en su casa. Y me siento muy incómoda, por decirlo así.

Con la confusión reflejada en su rostro, Victoria soltó a Nevada y fue a sentarse al sillón de cuero tras su escritorio.

—¿No te quiere allí? Creía que los dos os llevabais bastante bien.

Nevada sintió cómo se ponía colorada.

—Y así era. Pero las cosas han cambiado.

Victoria apoyó los codos en la mesa y observó a Nevada con preocupación.

—¿En serio? ¿Qué cosas? ¿Se ha enfadado Linc por algo? ¿O has sido tú?

Nevada se masajeó la frente con dedos temblorosos.

—Es difícil de explicar.

—Nevada, no tengo ni idea de lo que está pasando, pero llevas trabajando como enfermera el tiempo suficiente para saber que los pacientes pueden ser muy difíciles. Estoy segura de que Linc se comporta a veces como un ogro, pero si alguien puede tratarlo, eres tú.

Nevada soltó un largo suspiro.

—Pero después de que Jess llamara y le dijera que el incendio había sido provocado, las cosas cambiaron.

—Oh —murmuró Victoria, recostándose en el sillón—. No me extraña. Aquel incendio lo afectó profundamente. Los caballos son su vida, y ahora ha descubierto que alguien quiere acabar con ellos y con él también. Las noticias han debido de inquietarlo mucho.

Nevada cerró los ojos y habló en voz baja y tensa.

—Sí. Estaba muy afectado. Vino a mi habitación para hablar de ello. Y...

Se detuvo, sin saber cómo seguir, y abrió los ojos para ver a Victoria sonriéndole.

—Y te besó —concluyó su amiga alegremente.

Nevada gimió y sacudió la cabeza.

—Oh, Victoria, ojalá sólo hubiera sido un beso. Hemos... hemos hecho el amor. Y ahora la situación se ha hecho insoportable. Por eso he venido... Para decirte que no puedo quedarme más tiempo con Linc. Es demasiado doloroso. Él no me quiere allí.

Sin decir palabra, Victoria se levantó y rodeó la mesa para pasarle un brazo por el hombro a Nevada.

—Oh, cariño, no me extraña que parezcas tan desdichada.

Nevada miró a Victoria con los ojos llenos de lágrimas.

—No sabía que fuera tan doloroso, Victoria. Me he enamorado de Linc. Pero él no quiere tener ninguna relación conmigo.

Su amiga le dio una palmadita en el hombro.

—Es normal. Linc siempre ha sido muy independiente. Pero me ha decepcionado. Tú eres exactamente lo que necesita en su vida. ¿Te ha dicho por qué no quiere tener nada contigo?

Nevada se secó los ojos con el dorso de la mano.

—En pocas palabras, no quiere pasar por lo mismo que sus padres. Parece que tuvieron un matrimonio problemático.

—Bueno, por lo que me contó mi madre, Randolph era muy posesivo y Darla quería su espacio. Luego circularon rumores de que Randolph tenía una aventura, y aquello debió de ser la gota que colmó el vaso.

Los ojos de Nevada se abrieron como platos.

—¿Lo sabe Linc?

Victoria negó con la cabeza.

—No lo creo. Adoraba a su padre. Mi madre me contó esto en secreto, mucho después de que Randolph hubiera muerto y Darla se hubiera marchado —su expresión se tornó seria—. No se lo dirás, ¿verdad, Nevada? Puede que algunas personas piensen que debería saber la verdad, pero esto ocurrió hace mucho tiempo, y su madre lo abandonó. No hay necesidad de añadir más dolor a su corazón.

Nevada entendía el razonamiento de su amiga. Pero el desconocimiento de Linc sobre lo que realmente había pasado entre sus padres borraba cualquier posibilidad de que pudiera tener un futuro con ella. Siempre albergaría un amargo resentimiento hacia su madre, a menos que ésta reapareciera para explicarse.

—No, no se lo diré. De hecho, lo único que voy a decirle es adiós.

—Oh, Nevada... ¿No puedes volver e intentar arreglarlo? Al menos durante una semana más. Para entonces ya le habrán quitado los vendajes y podrá arreglárselas él solo. Pero ahora mismo te necesita.

—¡Ja! —espetó Nevada—. Ese hombre no necesita a nadie. Y mucho menos a mí.

—Sabes que eso no es cierto. Necesita tu amor desesperadamente, aunque él aún no lo sepa.

Nevada se puso en pie, sintiéndose acorralada y confusa.

—Voy a volver al rancho por mis cosas. No puedes hacer que cambie de opinión, Victoria. Me siento muy mal por no poder acabar mi trabajo, pero tenía la esperanza de que lo entendieras, dadas las circunstancias.

Victoria levantó la vista hacia el techo.

—Oh, Nevada, claro que lo entiendo. Pero desearía que las cosas pudieran ser diferentes.

Nevada se inclinó hacia ella y le dio un beso de agradecimiento en la mejilla.

—Yo también —susurró, y salió de la consulta antes de que su amiga pudiera ver sus lágrimas.

Condujo lentamente de vuelta al rancho, con la esperanza de que el largo paseo por la naturaleza la ayudara a recuperar la compostura antes de enfrentarse a Linc.

Afortunadamente, no lo vio al llegar y corrió a su habitación en busca de sus cosas. Estaba entrando en el salón con una bolsa en las manos cuando Linc salió de la cocina. Nada más verla, se quedó paralizado y con los ojos entornados.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Creo que puedes imaginártelo —respondió ella—. Tu enfermera se marcha. Puedes quitarte los vendajes y hacer lo que te dé la gana... No estaré aquí para verlo.

Él cruzó el salón hacia ella.

—¿Cómo es posible? ¿Sólo llevas aquí una semana y ya estás harta?

Nevada puso una mueca de dolor.

—No me cargues a mí con toda la culpa, Linc. Sabes muy bien por qué me marchó. Y no finjas indignación ni nada por el estilo. Esto es lo que quieres. Sin mí podrás respirar aliviado. No te invadirá la tentación de acostarte conmigo.

Él respiró hondo y la miró fijamente.

—Quizá sea lo mejor —dijo—. Ninguno de los dos necesita seguir así.

—Estoy de acuerdo —respondió ella, adoptando su mejor actitud profesional a pesar del dolor que le traspasaba el corazón—. Adiós, Linc. Te deseo buena suerte con tus manos y tus caballos. Y espero que encuentren pronto a quien intentó hacerte daño.

Nadie podría hacerle más daño del que ella le estaba haciendo en aquel momento, pensó Linc. Pero sabía que era lo mejor para ambos. Él no servía para marido, y Nevada era una mujer que merecía tener una familia de verdad. No una simple aventura de vez en cuando.

Alargó los brazos hacia ella, sintiéndose como una estatua de madera.

—Lo siento, Nevada. Nunca fue mi intención herirte. Espero que encuentres a otro hombre... alguien al que puedas amar de verdad.

Ella se apartó de él.

—¿A quien pueda amar de verdad? —repitió—. ¿Te gusta la idea de que haga el amor con otro hombre igual que lo hice contigo?

La acusación lo removi6 por dentro, y por un instante dese6 estrecharla entre sus brazos y besarla fren6ticamente. Pero no pod6 hacerlo. Si la tocaba, los dos acabar6an en la cama, y entonces estar6 irremediablemente perdido.

—Adi6s, Nevada —murmur6, y se alej6 antes de que el dolor de su coraz6n le hiciera suplicarle que se quedara.

Al cabo de una semana, Nevada estaba en el peque6o almac6n de la cl6nica buscando un antibi6tico en la nevera cuando Victoria entr6 en la habitaci6n.

—Lo siento, Victoria. No est6 aqu6. Cre6a que lo hab6amos encargado hace un mes. Le pedir6 a Joyce que revise las hojas de pedidos. ¿Hay algo similar que podamos darle al paciente?

—S6 —respondi6 la doctora. Alarg6 un brazo sobre el hombro de Nevada y sac6 un frasco de la nevera—. Dale diez gotas de esto y an6talo en su cartilla. Voy a la consulta n6mero dos a ver a la se6ora Parkins.

—Dijo que estuvo vomitando durante dos horas esta ma6ana —le dijo Nevada—. ¿Qu6 crees que le pasa?

—Apuesto diez d6lares a que est6 embarazada —dijo Victoria, gui6andole un ojo—. Y ganar6 la apuesta... Ya he visto la prueba de embarazo.

Nevada la mir6 sorprendida.

—¿La se6ora Parkins! ¿Pero si tiene cuarenta y dos a6os!

V6ctoria se llev6 una mano a la boca para ahogar una carcajada.

—¿Nevada! Eres una buena enfermera. Deber6as saber que cualquier mujer a la que le funcione bien el aparato reproductor puede concebir, sea cual sea su edad.

—Se va a llevar una conmoci6n —murmur6 Nevada.

—Seguramente, pero la felicidad ser6 a6n mayor —dijo Victoria con una sonrisa—. Y hablando de felicidad, ¿cu6ndo volver6 a ver una sonrisa en esa cara? Parece que hubieras organizado una fiesta de cumplea6os y nadie hubiera asistido.

—Lo intento, Victoria. Intento convencerme de que Linc Ketchum no merece la pena. Pero mi coraz6n no quiere o6r a mi cabeza.

V6ctoria suspir6 con pesar.

—Lo s6, cari6o. Antes de que Jess y yo resolvi6ramos nuestras diferencias, yo tampoco estaba de humor para nadie.

—S6, pero Jess te amaba. Y los dos conseguisteis arreglarlo. Pero no hay

esperanza para Linc y para mí.

—Yo no diría eso, Nevada. Aún no. Ross dice que Linc no se comporta como él mismo. Eso sólo significa una cosa, y es que te echa de menos.

Nevada inyectó una jeringa en el frasco, intentando ignorar la sugerencia de Victoria. No tenía sentido albergar falsas esperanzas.

—Victoria, ¿crees que si se pudiera localizar a la madre de Linc, él querría verla?

—No lo sé. Nunca he pensado mucho en ello. Darla se marchó cuando éramos muy jóvenes, y Linc nunca habla de ella.

—Porque es muy doloroso para él —replicó Nevada—. Y, sinceramente, no creo que pueda amar a una mujer hasta que resuelva el conflicto interno que tiene con su madre. Tiene que comprender que ella no lo abandonó porque no lo quisiera.

Victoria frunció el ceño pensativamente.

—Puede que tengas razón.

—He estado pensando, Victoria. Dándole vueltas a la idea de buscar a su madre. ¿Qué te parece?

—No sabría por dónde podrías empezar a buscarla. Le preguntaré a Ross y a Seth por si tienen alguna idea —se apartó el puño de la bata para mirar su reloj—. Ahora tengo que volver al trabajo. ¡La señora Parkins lleva quince minutos esperando!

Aquella tarde, después de salir del trabajo, Nevada decidió ir al bufete de Neil Rankin. Pensaba que se encontraría la oficina cerrada, pero la puerta estaba abierta y Connie seguía sentada en su mesa.

La hispana corpulenta de pelo gris sonrió al ver a Nevada.

—Vaya, hola, enfermera. ¿Qué quieres hoy?

—Hola, Connie. Tengo que hablar con Neil, si tiene un minuto.

Connie señaló la puerta cerrada tras ella.

—Pasa. Hace una hora que vio a su último cliente. Creo que está acabando un poco de papeleo antes de que cerremos.

—Gracias —dijo Nevada, y fue hacia la puerta para llamar con los nudillos.

—Adelante. Estoy vestido —respondió Neil.

Nevada sonrió y entró en el despacho del abogado. Neil estaba sentado tras

un gran escritorio de roble cubierto de papeles. Llevaba unas gafas con montura de alambre y tenía su pelo rubio alborotado sobre la frente. Parecía tan cansado como ella.

—Hola, Neil. ¿Te interrumpo?

Al oír su voz, Neil levantó la mirada.

—¡Nevada! —exclamó—. ¡Qué manera tan estupenda para acabar el día!

Ella sonrió y esperó a que rodeara el escritorio para tomarla de las manos. Comprendía por qué la gente acudía a él en busca de ayuda. Era el tipo de hombre que siempre daba consuelo y esperanza.

—Eres un adulator, Neil Rankin. Seguro que le dices lo mismo a todas las mujeres que vienen a verte.

Él se echó a reír y la agarró del codo para llevarla hacia uno de los sillones frente al escritorio.

—Ni muchísimo menos. Sólo a las que se parecen a ti.

Nevada se acomodó en el sillón mientras Neil volvía a su asiento.

—Espero que sólo te hayas pasado por aquí para saludarme... Odiaría pensar que necesitas asesoramiento legal.

Nevada negó con la cabeza.

—Asesoramiento legal no, pero sí necesito ayuda. Y no sabía a quién más acudir.

Él la observó con interés.

—Bueno, me alegra que tengas tanta confianza en mí. No sé si estará justificada, pero dime qué problema tienes y haré lo que pueda.

Nevada se inclinó hacia la mesa.

—Quiero que me ayudes a encontrar a alguien. Una persona que vivía aquí, en el T Bar K.

Neil levantó las cejas con curiosidad.

—¿En el rancho? Pero seguro que Victoria puede ayudarte a encontrarla...

—No, ella no sabe nada de esta mujer. Va a hablar con sus hermanos, pero dudo que alguno sepa más que ella.

Neil agarró un bolígrafo y un bloc amarillo.

—¿Esa mujer tiene un nombre?

—Darla Ketchum. Darla Ketchum Carlton, para ser exactos.

Neil se echó hacia atrás en el sillón.

—¿La madre de Linc?

Nevada asintió.



—La misma. Quiero encontrarla... para él.

El abogado soltó un débil silbido.

—Quizá deberías pensar bien en lo que haces, Nevada. Darla Ketchum es un tema muy espinoso. Sobre todo en relación a Linc.

Nevada puso una mueca.

—Eso ya lo sé. Hemos tenido una discusión sobre ella y sobre las razones por las que se marchó del rancho.

Neil se encogió de hombros.

—Bueno, por lo que tengo entendido, se volvió a casar poco después de que muriera Randolph.

—¿Sabes el nombre de su segundo marido? ¿Vivía aquí?

Neil se frotó la barbilla.

—Si no recuerdo mal, no era de aquí. Porque recuerdo a Ross diciendo algo sobre el hombre que venía de Texas en una limusina negra. Se llevó un gran alivio cuando Linc no se marchó en aquel coche —sonrió—. Es curioso cómo esos detalles se quedan grabados en los niños. Y eso es lo que éramos en aquel tiempo... unos críos. Yo no debía de tener más de dieciséis o diecisiete años, y Linc era un poco más joven.

Qué horrible debió de ser para Linc perder a sus padres a una edad tan temprana e impresionable, pensó Nevada. No era extraño que la soledad hubiera moldeado su carácter y su vida.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo tristemente—. Me pregunto por qué nunca ha podido superarlo.

—¿Te refieres a la marcha de su madre? —preguntó Neil.

Nevada asintió.

—Cree que lo abandonó deliberadamente, y que rompió todo contacto con él por no haberse ido del rancho con ella.

—Hmm. Es un asunto muy serio, Nevada. No creo que debamos intervenir.

Nevada se inclinó aún más y miró al abogado con ojos suplicantes.

—Ésa es la cuestión. Nadie ha tenido el valor de enfrentar a Linc con su problema. Han permitido que lo encierre en su interior y se cree un trauma para toda la vida. Perdió a su padre y luego su madre se marchó. ¿No crees que merece saber lo que pasó? ¿No crees que lo ayudaría aceptar lo que ahora se niega a encarar?

Neil levantó las manos con las palmas hacia arriba.

—Mira, Nevada, estoy totalmente de acuerdo contigo. Pero me gustaría

saber por qué estás tan empeñada en esto. No sabía que tuvieras una relación tan íntima con Linc.

Nevada bajó la mirada a sus manos unidas.

—No lo conocía hasta que me convertí en su enfermera. Supongo que no sabías que fui al rancho a cuidar de él después de que le dieran el alta.

—Había oído que se estaba recuperando en casa. Quería pasarme a hacerle una visita, pero no he tenido un solo momento libre. Y la semana pasada estuve fuera del pueblo —miró pensativamente a Nevada mientras golpeaba el bloc con el bolígrafo—. ¿Qué os ha pasado a ti y a Linc? ¿Intimasteis demasiado y él se echó atrás?

Ella asintió, aliviada de que Neil lo entendiera sin tener que contarle detalles embarazosos.

—Eso es.

—Debe de importarte mucho para que estés decidida a encontrar a su madre.

—Muchísimo.

Neil se inclinó hacia delante y le ofreció una sonrisa alentadora.

—Muy bien. Dame toda la información que tengas y veré qué puedo hacer. No soy detective, Nevada, así que no esperes ningún milagro. Pero tengo algunos amigos que se dedican a buscar personas desaparecidas.

—Estaré muy agradecida por cualquier tipo de ayuda —dijo Nevada—. Pero quizá debería saber cuánto va a costarme. Tengo algún dinero ahorrado. Si no es suficiente, podría pedir un préstamo y...

Él levantó una mano para hacerla callar.

—Nevada, eso es lo último de lo que tienes que preocuparte. No tengo intención de cobrarte nada. Y en cuanto a mis contactos, les encantan los desafíos.

Nevada puso una mueca.

—Sí, pero seguro que también les gusta el dinero. ¿Cómo se ganarían la vida si no?

—Créeme. Ninguno de ellos tiene dificultades para salir adelante. Tienen muchos clientes ricos. Ya sabes... padres de críos mimados que se escapan de casa por diversión.

Ella dejó escapar un suspiro de alivio.

—De acuerdo. Si tú lo dices, no me preocuparé por el dinero.

Neil dejó el bolígrafo y sonrió con incredulidad.

—Las mujeres no dejáis de sorprenderme. No entiendo por qué os tomáis tantas molestias por los hombres.

—Linc es muy importante para mí —respondió ella.

La expresión de Neil se cubrió de afecto.

—Sí. Tanto que estás dispuesta a perder todos tus ahorros por él.

Nevada respiró profundamente.

—Él lo merece.

Neil se echó a reír.

—¿Sabes? Yo también creo que se lo merece.

## Capítulo 13

CASI dos semanas más tarde, la señorita Lori se puso de parto al filo de la medianoche. Linc se había estado quedando con la yegua durante varias noches, para darle un descanso a Skinny. Pero aquella noche Skinny se había negado a acostarse. El viejo vaquero había predicho que la luna llena provocaría el parto, y había acertado.

Linc se levantó de la silla y fue al jergón de paja donde estaba recostado Skinny para sacudirle suavemente el hombro.

—Skinny, despierta. La señorita Lori ha empezado.

Por un momento el viejo miró aturdido a su alrededor, hasta que vio a la yegua batiendo la cola y moviendo la cabeza.

—¡Maldición! ¿Se ha tumbado ya?

—Una vez, pero se ha vuelto a levantar.

Los huesos del viejo crujieron mientras se ponía en pie y se frotaba las manos.

—¡Ya falta poco! Apuesto a que es una potranca negra con una estrella en la frente.

Linc sonrió con ironía.

—Menuda apuesta... La señorita Lori es negra con una estrella en la frente.

Riendo, Skinny se apoyó en su rodilla buena hasta alcanzar el costado de la yegua. Linc vio cómo su viejo amigo le frotaba cuidadosamente la barriga y la ijada. El viejo nunca quería perderse ningún nacimiento. Era un momento muy especial para él, igual que para Linc.

Una hora después, y como Skinny había predicho, había nacido una potranca negra con una estrella en la frente. Todo transcurrió sin problemas, y los dos hombres apenas habían tenido que intervenir.

En cuestión de minutos, la yegua estaba de nuevo sobre sus patas, limpiando a la potranca de las secundinas. No pasó mucho tiempo hasta que la cría estuvo también sobre sus largas y escuálidas patas, arrimándose al costado de su madre en busca de leche.

Skinny soltó una risotada y palmeó a Linc en el hombro.

—Es preciosa, Linc. Lo has conseguido de nuevo.

—No sólo lo he conseguido yo, Skinny. Tú y los otros sois la razón de que tengamos los mejores caballos en seis estados —le dio una palmada en el brazo—. Y ahora, ¿qué te parece si nos tomamos un café?

Los dos hombres se dirigieron hacia la cocina del barracón. Linc calentó el café y se sentaron en la gran mesa de madera. Skinny estuvo hablando de la nueva potranca hasta que se dio cuenta de que Linc apenas decía nada. Entonces dejó la taza en la mesa y lo miró con sus ojos azules.

—¿Qué te ocurre, chico? Hace doce meses que estamos criando a la señorita Lori, y en todo este tiempo la has contemplado como un padre orgulloso. Se supone que tendrías que estar bailando de alegría.

Linc puso una mueca.

—Skinny, ¿cuándo me has visto bailar? Nunca. Y no me ocurre nada. Estoy contento. La potranca es genial. Va a ser un ejemplar fuerte y hermoso. ¿Qué más quieres que diga?

Skinny sacudió la cabeza y murmuró algo contra la taza.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Linc.

El viejo levantó la cabeza y frunció el ceño.

—Nada. Sólo estaba pensando... Bueno, pensaba que ahora que tienes que volver al trabajo, las cosas serían diferentes. Como antes. Te conozco desde que llevabas pañales. Pero no eres el mismo.

Linc suspiró de frustración y se levantó para buscar algunas sobras en los armarios.

—Maldita sea, Skinny, no hace tanto que me quemé las manos. Y tuve suerte de no haber muerto en el incendio. Eso cambia a un hombre.

—¿Y quién tuvo la culpa? —preguntó Skinny—. Nadie te pidió que fueras un héroe y rescataras tú solo a las yeguas. Los chicos del barracón iban en tu ayuda. Si hubieras esperado un poco...

—Ninguna de las yeguas seguiría con vida —concluyó Linc con voz cortante—. Y el hijo de perra que provocó el incendio sigue ahí fuera, impune. ¿Cómo esperas que sea yo mismo?

Encontró la mitad de una tarta de manzana en la nevera, desgajó un pedazo y volvió a la mesa. Mientras comía, Skinny se cruzó de brazos y lo miró con expresión disgustada.

—Si fuera tú, no creo que me estuviera culpando por haber estado a punto de matarme. Sí, la idea basta para poner los pelos de punta, pero no es ése tu problema, y los dos lo sabemos.

Linc detuvo la mano con la tarta a mitad de su boca.

—¿De qué demonios estás hablando, Skinny? ¿Y desde cuándo eres un maldito psicólogo?

Skinny se echó hacia atrás su sombrero de fieltro y se pasó una mano por el rostro cubierto de arrugas.

—No sé lo que es un psicólogo, ni quiero saberlo. Pero hasta un tuerto podría ver que echas terriblemente de menos a tu preciosa enfermera.

Linc se dispuso a acusarlo de senilidad, pero en vez de eso se metió el resto de la tarta en la boca e intentó ignorarlo.

No le sirvió de nada, pues Skinny volvió a empezar.

—Era una buena chica, Linc. Demasiado buena para ti, supongo.

—Así es —murmuró Linc—. Se mudó a pastos más verdes.

—No la culpo. No tenías mucho que ofrecerle. Mírate a ti mismo. Tienes cuarenta años, ¿y qué eres? Ella, tan joven y lozana, debió de pensar que estabas a un paso del asilo.

—Tengo treinta y ocho, Skinny. No soy ningún viejo.

—Bueno, no un viejo como yo, eso está claro. Pero una joven como ella quiere tener hijos propios, y no puede tenerlos con un hombre que se pasa las noches en una mecedora.

Linc no quería imaginarse a Nevada teniendo hijos o acostándose con otro hombre. No quería pensar en ella de ninguna manera. Pero durante las dos últimas semanas no había podido pensar en otra cosa. Ella estaba siempre en su mente, dominando sus pensamientos hasta casi volverlo loco.

—Muy bien, viejo. Ya he oído bastante. Tú puedes quedarte aquí sentado hablando todo lo que quieras. Pero yo me voy a la cama.

—¿Dónde vas a dormir esta noche? —le preguntó Skinny mientras Linc se levantaba—. ¿Vas a volver a la casa de tus padres?

—¿Y qué si lo hago? —espetó Linc.

—¿Crees que la enfermera va a regresar para que te sientas mejor?

Linc apretó los dientes y llevó la taza al fregadero.

—No. ¡Y no quiero que vuelva!

—Eres un condenado embustero, Linc Ketchum.

Nadie se había atrevido nunca a llamarlo embustero, y no podía creerse que Skinny, su mejor amigo, un hombre que había sido como un tío para él, pudiera insultarlo de aquella manera.

Se giró lentamente y volvió junto a Skinny, quien lo miraba con expresión testaruda.

—Mira, Skinny, tienes razón en lo que dices. No tengo nada que ofrecerle. Y cuando ella lo descubriera, yo me convertiría... en un hombre como mi padre. Un desgraciado.

Skinny parpadeó y apuró el resto del café.

—No, tú nunca serás como Randolph.

Era curioso que Skinny tuviera aquella opinión, cuando todo el mundo le había dicho que tenía los mismos rasgos y personalidad que su padre.

—¿Qué significa eso?

Skinny se pasó una mano por la boca como si se arrepintiera de haber hablado sin pensar.

—Significa que era distinto a ti, nada más. Y fue tu madre quien provocó la desgracia, no tu padre.

Linc frunció el ceño y volvió a sentarse.

—¿Crees que no lo sé? Siempre le estaba gritando a papá por tenerla en este rancho perdido de la mano de Dios, y le hizo la vida imposible por no sacarla de aquí.

Skinny chasqueó con la lengua.

—No tendría que haber dicho nada... pero parece que lo has echado todo a perder. Y no me gustaría que perdieras a esa enfermera. Te miraba con una adoración absoluta, como si fuera a amarte el resto de su vida. Un hombre no encuentra eso todos los días.

Linc no tenía que oírsele decir a Skinny para saberlo. Había estado con muchas mujeres, compartiendo su compañía y su lecho. Pero ninguna lo había afectado como Nevada. Ella le llenaba el corazón de dulzura, le levantaba el ánimo, lo arrancaba de su soledad interior y le despertaba el anhelo de tener niños pequeños sentados en la mesa del desayuno, montados en sus hombros y llamándolo «papi». Lo hacía soñar con noches de amor y pasión hasta el fin de sus vidas.

—Tienes razón, Skinny —dijo finalmente—. Nevada es así. Pero no puedo

pedirle que viva en este rancho conmigo. Se acabaría cansando del polvo, del aislamiento, de las largas horas que yo les dedicaría a los caballos en vez de a ella. Querría marcharse igual que hizo mi madre, ¿y entonces qué sería de mí?

—Mira, chico, si crees que... —se detuvo y se quitó el sombrero para rascarse la cabeza—. Darla no quería marcharse del rancho por esas cosas. Sí, se quejaba de ellas a tu padre, pero Randolph sabía muy bien cuál era la verdadera razón, y no le importó. Lo único que le importaba era tener todo lo que quería. Supongo que en eso era igual que Tucker.

Linc se quedó completamente aturdido y miró a Skinny como si el viejo acabara de sufrir un ataque.

—¿Qué demonios te pasa, Skinny? Cualquiera te diría que Randolph no era como Tucker. Tucker era un hombre arisco e indiferente con todo el mundo, especialmente con su esposa. Lo único que le gustaba eran las mujeres y su whisky de Kentucky. Papá no era así.

—¿Ah, no? ¿O quizá lo era y se preocupaba de ocultarlo? Era tan Ketchum como Tucker. Al fin y al cabo, eran hermanos y compartían los mismos genes. Randolph era más sociable que Tucker, cierto. Pero aparte de eso, los dos eran como dos guisantes. Si tu padre no hubiera enfermado del corazón, tú mismo lo habrías visto. Pero eras demasiado pequeño para saber lo que estaba pasando entre tus padres.

Horrorizado por la revelación, Linc alargó una mano para agarrar a Skinny por la manga.

—¿Me estás diciendo la verdad?

—Nunca te he mentado —dijo Skinny—. Y no voy a hacerlo ahora.

Linc sintió que el aire abandonaba sus pulmones y que empezaba a marearse.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

El viejo sacudió la cabeza.

—No había ningún motivo para decírtelo. Siempre tuviste a tu padre en un pedestal, y no quería que pensaras mal de él.

—Sí, pero dejaste que pensara mal de mi madre... ¡y que todo había sido por su culpa!

—Linc, nunca he estado casado. Pero una vez perdí a una mujer en un accidente. Soy viejo y quizá creas que no sé nada del amor ni de esas cosas. Pero te equivocas. Y puedo decirte que la moneda siempre tiene dos caras.

Linc se levantó y se pasó una mano por el rostro.



—Mi madre quería que me fuera con ella. Después de que papá muriera, quería que empezara una nueva vida con ella. Yo no quise acompañarla. Creía que me lo estaba exigiendo. Creía que le había destrozado el corazón a papá. Y por eso no me fui. Seguro que le hice daño. Y ahora... —sacudió la cabeza y se dirigió hacia la puerta—. No quiero seguir hablando de esto, Skinny. Me vuelvo al establo.

Horas más tarde, Linc estaba tumbado en un montón de paja del establo, viendo cómo la nueva potranca seguía a su madre. El pelaje negro se le había secado y sus patas eran más firmes. Su crin estaba de punta como la melena de un rockero, y cada vez que se acercaba a Linc sacudía la cabeza.

Si Linc no se hubiera sentido tan abatido, se habría echado a reír. Pero aquella noche el corazón le pesaba como si fuera de plomo. Había creído que la vuelta al trabajo y la posibilidad de usar sus manos lo harían feliz. Pero no había sido así. El trabajo que siempre le había encantado no le estaba reportando la misma satisfacción que sentía antes del incendio. Y tenía que reconocer que el motivo era Nevada.

Nunca habría creído posible que pudiera echar tanto de menos a alguien. La casa se había convertido en una tumba después de que ella recogiera sus cosas y se marchara. Una tumba para un muerto en vida.

Mucho después de que se hubiera marchado, el eco de su risa y de su dulce voz seguía resonando en las paredes. Al cabo de la segunda noche, había hecho el equipaje y había regresado al barracón. Allí al menos estaba Cook para ayudarlo cuando necesitaba algo, y la conversación de los trabajadores mitigaba su soledad.

Pero nada era igual a como había sido antes de que Nevada entrase en su vida. Y tenía que aceptar que todos los argumentos que le había dado a Nevada para que se alejara habían estado equivocados. Él había estado equivocado. Durante todos esos años había albergado un profundo resentimiento hacia su madre, y luego había volcado ese rencor en Nevada por el simple temor de que le hicieran daño otra vez.

Dios, qué equivocado había estado...

—¿Linc? ¿Estás despierto?

Al oír la voz de Skinny, levantó la cabeza para verlo entrar en la casilla del establo. Un haz de luz iluminaba su camino al aproximarse al montón de paja

donde Linc intentaba descansar.

—¿Qué demonios haces aquí, Skinny? ¡Son las tres de la mañana! Deberías estar en la cama.

Skinny llegó a su lado, se sentó en cuclillas y metió las manos entre las rodillas.

—Me fui a la cama —dijo—. Pero no podía dormir. Estaba avergonzado de mí mismo, y...

—Skinny —lo interrumpió él, pero el viejo siguió.

—No, Linc, déjame terminar. Lamento todo lo que te dije en el barracón. Debería haber mantenido la boca cerrada. Eres como un hijo para mí. El hijo que siempre quise tener. Sólo quiero que seas feliz. Y creía... bueno, creía que sentías algo por esa enfermera y que necesitabas un pequeño empujón. No era mi intención decirte todas esas cosas sobre tus padres.

Linc se incorporó y agarró a Skinny por el brazo.

—No te disculpes, Skinny. Hiciste lo correcto, y te lo agradezco. Te lo agradezco de verdad.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó Skinny con una mezcla de preocupación y escepticismo.

Linc se echó a reír al tiempo que su corazón tomaba una decisión.

—Eres un abuelete muy osado, ¿lo sabías? Un día de éstos voy a tener que ponerle tu nombre a mi primer hijo. Pero de ninguna manera lo llamaré Skinny, así que ya puedes ir desempolvando tu nombre real para que todo el mundo sepa cuál es.

Skinny también se rió y le dio una palmada en el hombro.

—Tranquilo, chico. Te lo diré cuando llegue el momento.

A la mañana siguiente, Nevada acababa de salir de la ducha cuando el teléfono empezó a sonar. Soltó un gemido de frustración. Sólo tenía veinte minutos para secarse el pelo, maquillarse, vestirse y llegar al trabajo. No tenía tiempo para cháchara.

Se puso una toalla en el pelo y agarró el auricular.

—¿Diga?

—Nevada, soy Neil. ¿Tienes un minuto? Quería hablar contigo antes de que fueras a trabajar.

El corazón de Nevada empezó a latir frenéticamente. Habían pasado dos

semanas desde que le pidiera ayuda al abogado para encontrar a Darla Ketchum, y desde entonces no había recibido ninguna noticia.

—¿Has encontrado a la madre de Linc? —preguntó rápidamente.

—No, aún no. Pero hemos hecho algunos progresos. Hemos descubierto que su marido murió hace muchos años. Creíamos que podríamos localizar a alguno de sus parientes, pero hasta ahora ha sido imposible. Y en cuanto a los parientes de Darla, tuvo que ser la oveja negra de la familia o algo así, porque no podemos encontrar a nadie en San Antonio con quien estuviera emparentada.

Nevada se llevó una gran decepción, pero se dijo a sí misma que aquellas búsquedas necesitaban meses o años. No se podían esperar resultados inmediatos. Y aunque Neil pudiera encontrar a Darla aquel mismo día, no era seguro que a Linc le fuera de ayuda. Hasta el momento no había vuelto a saber de él. Su silencio no la sorprendía, pero había albergado la esperanza de que Linc cambiara de opinión y se diera cuenta de que los dos estaban hechos para estar juntos.

—Bueno, al menos es un comienzo —dijo—. He estado hablando con Victoria y Marina, y según ellas nadie en la familia ha tenido noticias de Darla. La última vez fue hace muchos años, poco después de que abandonara el rancho.

—No te preocupes, Nevada —dijo Neil—. Encontraremos alguna pista. Mientras tanto, ¿has hablado con Linc?

Los ojos de Nevada se llenaron de lágrimas, y se odió a sí misma por ser tan débil y sensible. Pero siempre que pensaba en Linc se sentía invadida por una tristeza infinita.

—No. Que yo sepa, no ha hecho el menor esfuerzo por contactar conmigo —suspiró—. Supongo que estoy loca por mantener la esperanza y que debería olvidarme de él para siempre. Pero no puedo, Neil. ¿Verdad que no tiene sentido?

—Cariño, el amor nunca tiene sentido. Pero es algo muy difícil de encontrar. Resiste hasta que no puedas más. Es todo lo que puedo decirte.

Nevada parpadeó para contener las lágrimas.

—Gracias, Neil. Avísame si descubres algo.

Él le prometió que lo haría y colgó. Nevada se secó los ojos y corrió al cuarto de baño para secarse el pelo. Se quitó la toalla de la cabeza, y estaba a punto de encender el secador cuando oyó el timbre de la puerta.

Frunció el ceño y corrió a abrir. Ninguna de sus amistades se pasaría por su casa a aquella hora de la mañana. Seguramente sería el casero, quien le había estado prometiendo alfombras nuevas durante todo un año. Quizá había decidido cumplir con su promesa finalmente, pensó Nevada con escepticismo.

—¡Un momento! —gritó cuando el timbre volvió a sonar.

La contrapuerta de cristal estaba cerrada tras la puerta de madera, por lo que no tuvo tiempo de echar un vistazo por la mirilla. Abrió directamente y se quedó con la boca abierta.

—¡Linc!

En ningún momento se había imaginado que aparecería en su puerta, con el sombrero en las manos y una humilde expresión en el rostro. La imagen bastó para que las manos le temblaran mientras intentaba abrir la contrapuerta de cristal.

—Hola, Nevada. ¿Puedo pasar?

A Nevada se le había formado un nudo en la garganta que le impedía hablar. Un cúmulo de emociones empezó a invadir su corazón y a derramarse por el resto de su cuerpo, como la cascada tras la que se habían protegido de la tormenta.

—Claro, Linc.

Abrió la puerta del todo y él entró en su pequeño apartamento.

Nevada se giró nerviosamente hacia él.

—Yo... tendrás que perdonarme —dijo mientras se tocaba el pelo húmedo y enmarañado—. Acabo de salir de la ducha y aún estoy hecha un desastre.

Él dio un paso adelante y ella se fijó en sus manos, aferradas al sombrero de fieltro marrón. Los vendajes habían desaparecido y se veían las cicatrices de las quemaduras. Pero aun así le parecieron unas manos preciosas.

—Tienes muy buen aspecto —dijo él—. Un aspecto genial.

La mirada de Nevada se posó en su rostro.

—Tú también —murmuró.

Él empezó a acariciar el ala del sombrero en un gesto claramente nervioso.

—Eh... supongo que estabas preparándote para ir a trabajar. Lo siento, no lo pensé antes de llamar. No quiero interrumpirte.

Nevada pensó que le iba a estallar el corazón.

—Victoria lo entenderá. Es lo bueno de tener una jefa como ella.

—También es una buena prima —dijo él con afecto.

Nevada asintió. No pudo seguir conteniéndose y cubrió la escasa distancia

que los separaba.

—Linc, ¿qué haces aquí?

Un gemido ronco escapó de la garganta de Linc, quien levantó una mano para pasársela por el pelo.

—No sé cómo empezar ni qué decirte. Me siento como un maldito idiota, y estoy seguro de que debo de parecer algo peor.

—Pareces cansado —dijo ella con sinceridad.

—No he dormido nada. La señorita Lori se puso de parto anoche. Una potranca negra con una estrella blanca en la frente.

Nevada sonrió.

—Eso es estupendo. Enhorabuena.

La expresión de Linc permaneció muy seria.

—La señorita Lori no es la razón por la que no haya pegado ojo. Apenas he podido dormir desde que te marchaste —admitió—. No...

—Linc —lo interrumpió ella, pero él dejó el sombrero y la agarró por los hombros.

—Espera, Nevada. Déjame acabar. Ya sé que me odias a muerte, pero a pesar de todo sigo confiando en tu indulgencia.

La esperanza prendió en el interior de Nevada, y sintió que a su corazón le salían alas.

—¿Por qué? —fue todo lo que preguntó.

Los rasgos de Linc se contrajeron en una mueca de remordimiento.

—Porque he estado equivocado. He sido un estúpido. Y otras cosas que no me gustaría repetir.

Ella lo miró, sintiéndose perpleja y confusa.

—No lo entiendo, Linc. Dijiste que no podíamos estar juntos y que...

—Dije muchas cosas que no sirvieron más que para hacernos daño —admitió.

Nevada levantó las manos y le tomó tentativamente el rostro entre los dedos.

—¿Qué intentas decirme exactamente, Linc? No entiendo este cambio.

Linc dejó escapar un sonido ahogado y la estrechó entre sus brazos para hundir el rostro en su pelo mojado.

—Estoy intentando decirte que te quiero, Nevada.

Ella sacudió la cabeza, sin poder creerse lo que oía.

—Pero tú no creías en el amor...

—He aprendido muchas cosas en estas dos últimas semanas, Nevada. Una de ellas es que no puedo controlar los dictados del corazón. Te quería a pesar de mí mismo. Vivir sin ti ha sido espantoso, pero me ha hecho darme cuenta de que quiero tener lo mismo que los otros hombres. Una esposa, hijos, una familia que me quiera. Siempre me rebelé contra esa idea, temeroso de que pudiera pasarme lo mismo que a mis padres. Pero he aprendido que tengo que dejar el pasado atrás. Soy distinto a mi padre y tú no eres Darla. Creo que podemos ser felices. ¿Y tú? ¿Lo crees también?

Echó la cabeza hacia atrás para mirarla, y lágrimas de felicidad resbalaron por las mejillas de Nevada al ver el amor en sus ojos.

—No lo creo, Linc. Sé que vamos a ser felices. Los dos sabemos lo importante que es la familia, y lo necesario que es para un niño tener a dos padres que se quieran. Por eso vamos a intentarlo con todas nuestras fuerzas.

Él bajó la mirada a los brazos que la rodeaban y agachó la cabeza hacia ella.

—Algo me dice que no tendremos que esforzarnos mucho —susurró—. Creo que todo va a fluir de un modo muy natural.

Nevada no podía estar más de acuerdo y se puso de puntillas para recibir la dulce promesa de su beso. Y por un largo rato sus labios permanecieron unidos.

Linc fue el que finalmente retiró la cabeza y le ofreció una sonrisa que terminó de arrebatarse el aliento a Nevada.

—Ve a secarte el pelo y a vestirte. Tenemos que hacer cosas hoy. ¿Crees que Victoria podría darte el día libre?

—No lo sé —respondió ella con una carcajada de alegría—. Si viene mi sustituta habitual, entonces sí.

—La llamaré enseguida —dijo Linc, buscando el teléfono por la habitación—. Tú ve a prepararte. Tenemos una cita en el Ayuntamiento para conseguir nuestra licencia matrimonial.

Se apartó de ella y la hizo girarse hacia la puerta del pasillo, pero ella se volvió hacia él.

—¡Una licencia matrimonial! ¡Linc! Yo quiero casarme en la iglesia, con flores y todo lo demás. Me concederás ese deseo, ¿verdad?

La expresión de Linc se suavizó, y por primera vez en su vida supo lo que iba a ser amar, mimar y proteger a una mujer. A su mujer.

—Pues claro, cariño. Yo también quiero que tengamos una bonita boda.

Pero no me hagas esperar demasiado. Podemos conseguir la licencia hoy mismo y celebrar la ceremonia más adelante.

Ella se dispuso a besarlo de nuevo, pero en aquel momento la asaltó otro pensamiento y lo miró con preocupación.

—Linc... antes de hacer planes hay algo que debería confesarte...

Un brillo de regocijo se encendió en los verdes ojos de Linc.

—¿De qué se trata? ¿Te gusta pinchar a la gente con jeringas? —bromeó.

—No, Linc. Estoy hablando en serio. He hecho algo que debes saber —hizo una pausa para tomar aire—. Es algo sobre tu madre.

Al ver cómo fruncía el ceño, se preguntó si lo había echado todo a perder.

—¿Mi madre? No lo entiendo.

—Cuando me fui del rancho estaba muy disgustada, y decidí que no habría ninguna posibilidad para nosotros a menos que cambiaras de opinión. Tenía la esperanza de encontrar a tu madre para que pudierais solucionar vuestras diferencias. Le pedí a Neil Rankin que me ayudase a buscarla —lo agarró de la mano y la apretó fuertemente entre las suyas—. No importa lo que creas, Linc. Me resisto a creer que te abandonara sin más.

Él no dijo nada, y a Nevada se le encogió el corazón al ver cómo agachaba y meneaba la cabeza.

—¿Estás enfadado conmigo? —se atrevió a preguntarle al cabo de varios minutos de angustioso silencio.

Entonces él levantó la cabeza y la miró con ojos llenos de lágrimas.

—No estoy enfadado, cariño. Estoy emocionado por lo que has hecho por mí. Y creo que no merezco a una mujer como tú. Pero voy a intentar merecerte. Sólo te pido una oportunidad.

Ella dejó escapar una profunda exhalación de alivio.

—No sabía si había hecho lo correcto. Estabas muy resentido con ella y...

Linc le puso un dedo en los labios.

—Tengo que decirte una cosa, cariño. He tenido una conversación muy reveladora con Skinny. Parece que las cosas no fueron como yo pensaba entre mis padres. Por lo visto, mi padre no fue un marido fiel y mi madre era muy desgraciada. Por eso quería marcharse del rancho. Quería que los dos comenzáramos una nueva vida en otra parte —la boca se le torció con pesar—. Supongo que mi padre fue incapaz de renunciar a sus vicios.

—Y tu madre lo quería demasiado para marcharse —añadió ella—. Oh, Linc. Lo siento mucho... Pero quizá si logramos encontrarla las cosas podrían

ser distintas entre vosotros.

Él sonrió con dulzura.

—Mis manos aún tienen cicatrices, pero mi corazón no, cariño. Si podemos localizar el paradero de mi madre, me llevaré una gran alegría. Pero ahora mismo he encontrado a la mujer a la que voy a amar el resto de mi vida.

Los ojos de Nevada se llenaron de lágrimas de felicidad.

—¿Podemos vivir en la casa de tus padres, Linc? ¿Y convertirla en un hogar verdadero?

—Nos está esperando, a nosotros y a todos los hijos que vamos a tener. Y quizá algún día, si encontramos a mi madre, podamos presentarle a sus nietos.

De repente, la idea de vestirse, del trabajo y de la licencia matrimonial fueron empujadas al fondo de su mente cuando las manos de Linc le quitaron el albornoz azul que llevaba puesto sobre su cuerpo desnudo.

—Oh, por cierto... —murmuró él contra la curva de su hombro—. Le he prometido a Skinny que le pondría su nombre a nuestro primer hijo.

—¿Skinny? —repitió ella, riendo.

—Sí. Pero nos dirá su verdadero nombre cuando llegue el momento.

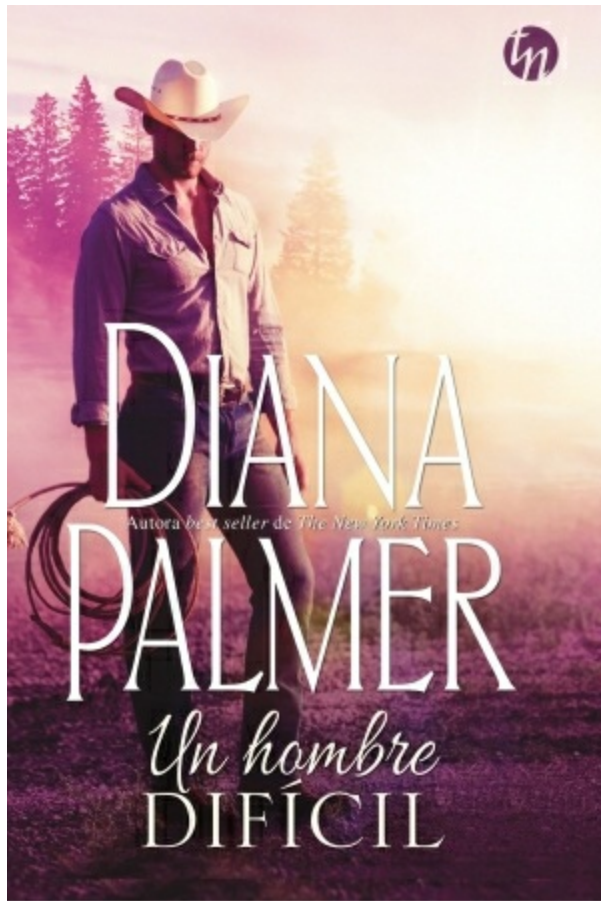
Y ese momento llegaría pronto, pensó Nevada con el corazón henchido de felicidad. Muy pronto.



Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)



# Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".The Romance Reader"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con  
un extraño**

e<sup>lit</sup>



# Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

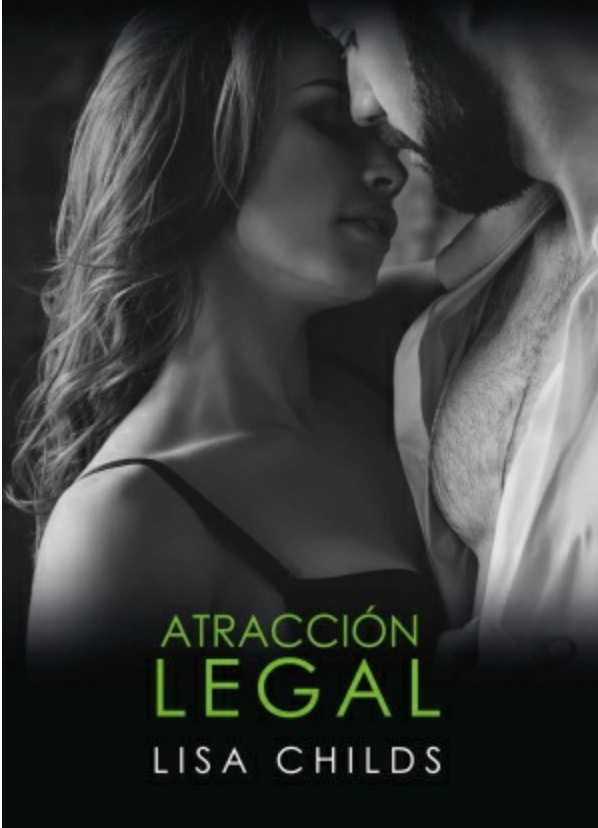
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN  
LEGAL  
LISA CHILDS

# Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

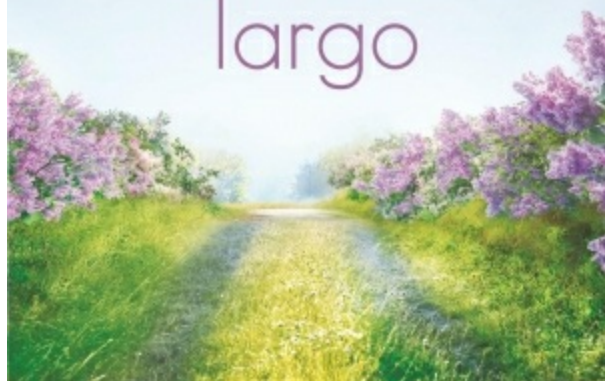


HQN™

*Autora best seller de The New York Times*

# SHERRYL WOODS

el viaje  
más  
largo



# El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee  
DESEO MEDITERRÁNEO

# Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)